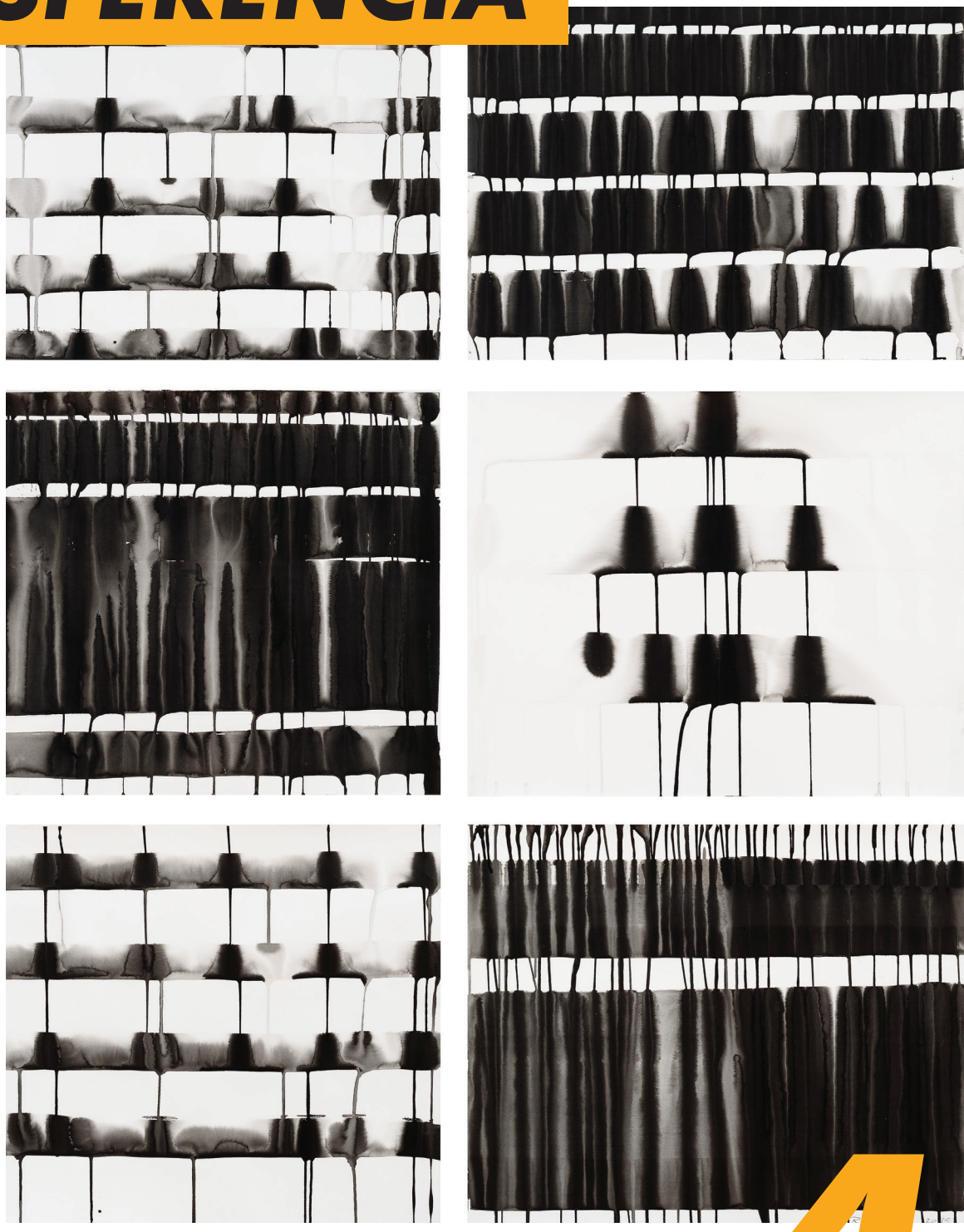
EL AUTISMO EN LA TRANSFERENCIA

LO SINGULAR
LO COLECTIVO
EL CASO
ENTRE OTROS
ENTRE LENGUAS
HUELLAS
SABER HACER



DICIEMBRE
2019

4

Índice

CERO
Editorial - 7

LO SINGULAR
De la apertura del ciclo a la producción de un vacío - Gustavo Slatopolsky - 10
Sobre cómo habitar un espacio - Paula Bianco y Mariana Grela - 18
Un agujero en el tiempo - Bruno Ricci - 22
Cuarto - Ricardo Seijas - 26

LO COLECTIVO
Cartografía de una escritura salvaje - Gisele Scacchi y Pablo Dymant - 36
emeieme - Gustavo Slatopolsky - 40

EL CASO
Escribir con flor - Martina Ciccheti - 46
Autismo y lazo - Laura D´Agostino - 50
Sobre el lugar de la enunciación en el autista - Gustavo Slatopolsky - 54
Lo que se escribe en la transferencia - Victoria de la Fuente - 58
Una niña y una lupa o la captura de una madre - Celeste Villaronga - 62

ENTRE OTROS
Versiones de la transferencia en un caso de autismo: No tan Una sola - Aracelli Marchesotti - 68
Autismo. Transferencia: Intervenciones y efectos - Claudia Esteve Viciano - 72
Sujeto supuesto Saber versus partenaire - Gracia Viscasillas - 76

ENTRE LENGUAS
A estratégia autística e a transferencia - María Rachel Botrel y Susana Faleiro Barroso - 82
La estrategia autista y la transferencia - María Rachel Botrel y Susana Faleiro Barroso - Traducción de Iassana Scariot - 86
Le reél d´une scène - Christophe Le Pöec - 90
Lo real de una escena - Christophe Le Pöec – Traducción de Pablo Dymant - 94
Huéspedes en lo inhóspito - Erick González - 98

HUELLAS
Seguir siempre cantando al sol - Lorena Buchner - 106
La transmisión en la cigarra - Romina Recalde, Julia Stepanenko y María Luz Zaffino - 110

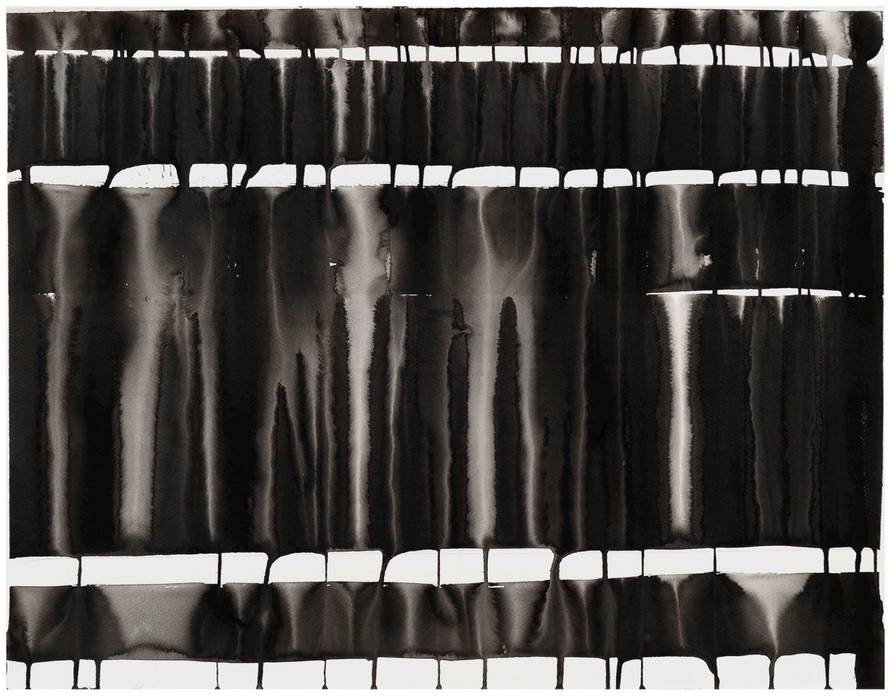
SABER HACER
Entrevista al artista: Martín Reyna - Aracelli Marchesotti - 116



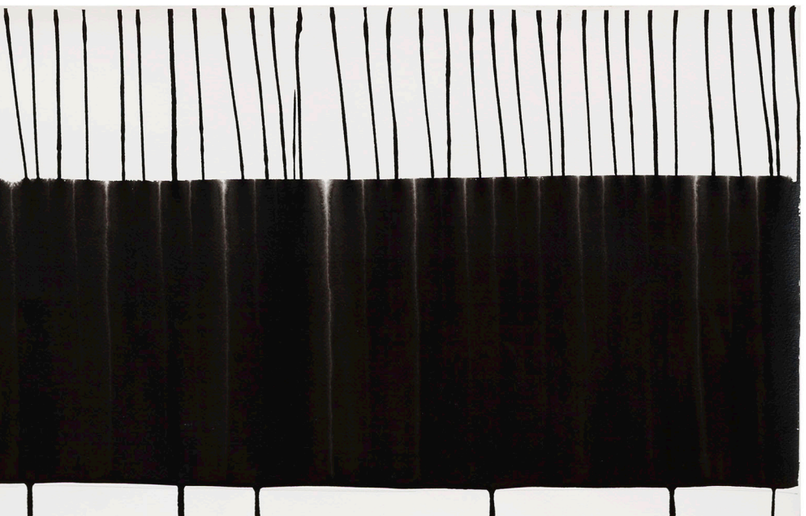


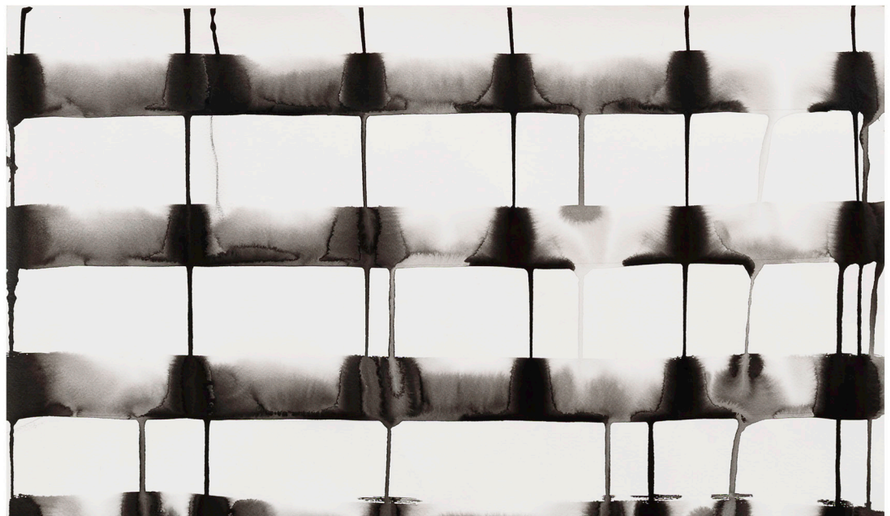

CERO












TITULO - MARTIN REYNA - AÑO

Cero

Cero

la cigarra se presenta como experiencia, espacio y un dejar venir que envuelve aquello que de autismo pueda hacerse presente en el parlêtre.

La idea de transferencia en el autismo plantea si no dificultad, al menos aclaraciones y precisiones; por el contrario, el autismo en la transferencia parece imponerse al clínico casi sin discusión a la hora de dar cuenta de las transformaciones acaecidas en el trabajo.

Los textos que siguen no desconocen la complejidad que abre servirse de un concepto forjado en el empuje al reencuentro con el objeto perdido o su transformación en erotomanía así como tampoco se resignan a dejarse tomar por los datos de la experiencia en sí, como si tal cosa fuese posible.

Entre las dos posiciones optamos por la tercera: dejarnos tomar por la experiencia para exigirle precisiones que sólo pueden advenir del concepto transformado por el estado de situación.

Como experiencia, espacio y un dejar venir que envuelve.

Como experiencia dice de un trayecto en el autismo, de su trayecto palpable y a la mano en la cigarra.
Lo que nombra la palabra autismo nada dice de aquello en lo que se transforma por su sola inclusión en el dispositivo cuando se alcanza a dejar habitar por un consentimiento.
¿No es acaso el autismo en la transferencia la experiencia de una condición inédita del ser del Otro que habilita un primer decirle que sí, para desde allí dar lugar a un trazado pulsional desde el cual poder ir hacia los otros?

Como espacio en el que se torna posible una suerte de “manos a la obra”. La cigarra como masa maleable en la que realizar agujeros, tapa-agujeros, objetos que puedan perderse de vista y ser reencontrados en otro-espacio y toda suerte de remedo en lo real de un borde necesario que permita delimitar un afuera en el cual poder depositar de manera provisoria algo de la pulsión de muerte que solo cae sobre el sujeto.

Y un dejar venir,condición de toda transferencia; hacer lo que hay que hacer, nada y todo, para que la presencia mortificante e invasiva del Otro sea lo suficientemente soportable como para habilitar el nacimiento de una suerte de amor - que habrá que discutir y demostrar - por efecto del surgimiento de esta nueva condición del Otro, también en una dimensión de “manos a la obra” que obliga a repensar el estatuto del amor en juego.

la cigarra es masa a agujerear que se propone como superficie de inscripción pero que lejos de ser pasiva, envuelve. Es por el desfiladero de esa posición imposible que algo se capta como transformación en curso de las posiciones del sujeto en el autismo arrojado a la transferencia.

Los textos que siguen dan cuenta que no es sin la transferencia que el (B)autismo del sujeto hace su entrada como acontecimiento. Y que aquello que envuelve no es otra cosa que un deseo en juego que al tiempo que prefigura la otra orilla es también puente desde el cual alcanzarla.

LO SINGULAR

PERSPECTIVE - MARTIN REYNA - 2018

De la apertura de un ciclo a la producción de un vacío.

Un tratamiento posible de la transferencia en juego.

Gustavo Slatopolsky

Recibo un mensaje de voz en el que quien habla me pregunta si no ha sido rozado por un compañero en el transcurso de los talleres en *la cigarra*.

La pregunta es de peso ya que lo primero que aclara Gastón al comenzar en *la cigarra* es que a él no se lo puede tocar ni rozar. Existe todo un dispositivo en paralelo que se activa cuando Gastón llega: se le arma un cordón para que nadie lo toque y se sienta separado del resto. Trae sus propias tizas ya que tampoco toca lo que ha sido tocado por otros. El porqué, el sentido que daría cuenta de la idea que subyace a este modo de moverse en *la cigarra*, en su casa y el mundo todo, nos escapa; se presenta con esto y se lo aloja con lo que trae.

Es preciso reconocer la economía del planteo: Gastón posee un código con el que se presenta y al que, si se consiente, es suficiente para funcionar en el lazo.

No han pasado ni dos meses desde su comienzo cuando recibo el mensaje. Le respondo en el chat que había sido el soplo del viento entrando por la ventana lo que lo había rozado en aquel momento y no algún participante de los talleres (lo que era cierto). A la mañana siguiente recibo otro mensaje, ahora escrito, en el que interroga si estoy *seguro* que no ha sido rozado.

Los whatsapp comenzaran a intensificarse de manera preocupante. Un día, angustiado ante la sensación de haber sido tocado me pide que más tarde le envíe un whatsapp donde diga que no fue así; dudo en responder a su pedido pero lo hago. Responde con un audio en el que agradece, se disculpa si resulta molesto, y me pide que envíe tres mensajes en los que diga:

No te rozaron

Sí, no te rozaron

Sí, no te rozaron

La expresión de la voz en el audio es particularmente angustiosa. Dudo qué hacer aunque sé por la madre que mis respuestas por chat suelen aliviarlo; dudo por la insistencia aluvional de una transferencia que parece empujarlo y en la que no termino de orientarme sobre el lugar en que me designa. Hago: pide tres mensajes; envío dos. Nuevo chat, inmediato:

Gustavo, falta uno

Sin convicción y con gran preocupación por las consecuencias que pudiese desencadenar se lo envío. Responde de inmediato un audio en el que grita maníaco *"¡Gracias Gustavo, me lo sacaste de encima!"*.

El día siguiente, al llegar yo a los talleres, una colega dice que Gastón le pidió que me entregue algo que trajo para mí (hay que recordar que Gastón no entra en contacto); ella me entrega un gran chocolate y Gastón me explica que es en agradecimiento por haberle sacado eso de encima.

/eso

Hasta aquí, convertirse en el protagonista que le permite "sacarse eso" no augura nada positivo. Ordenemos las ideas hasta aquí:

Estamos frente a un joven que sabe la manera en que el mundo se torna tolerable para él y que participa al mundo de un decálogo que obliga a respetar para hacerle un lugar posible; se mueve con comodidad dentro de dicho modo y no le produce ningún signo de vergüenza el hacerlo público; ninguna pregunta le retorna de dicha necesidad.

Se recorta desde dicho código que el contacto con el cuerpo de los otros torna un espacio inhabitable para él, una suerte de fobia al contacto que parece soportada en certeza delirante; "*no soporto* que me toquen" localiza *eso* que indudablemente da cuenta de una no extracción del objeto. Esta lógica metonimiza en nuevos objetos: tampoco soporta que le hagan gestos o lo rocen. Con esto llega.

El problema que se recorta hasta aquí es si este horror al contacto es *efecto* de una trama delirante que todavía no conocemos pero que localiza de manera eficaz el goce del Otro en un campo de certeza; si es la punta del iceberg de un real en busca de una trama delirante que no se consolida y por ende permanece desconocida aún en el sujeto; o si, de una manera diferente, no se trate aquí de certeza alguna sino de maniobra en lo real por resultar insoportable el contacto en-sí por hacer entrar en conexión con el sujeto lo vivo del cuerpo del otro; es decir, que dicho contacto hiciese surgir un goce en el sujeto en una dimensión insimbolizable, campo del autismo.

Al momento de responder no habíamos concluido al respecto por lo que se abrían dos perspectivas en relación al Otro y la dimensión de la transferencia. Si el estatuto en juego era el de la certeza, encarnar a aquel que cuenta con el poder de restar el objeto promueve alivio hoy pero se posiciona en el peor de los lugares en el futuro, en la perspectiva de hacer surgir, desde ese mismo poder, ahora una iniciativa

sin límites haciendo del sujeto el objeto de su invectiva. Freud/ Flechsig[1]. Mal lugar.
Por el contrario, si se toma en cuenta que es él quien da indicaciones precisas al Otro acerca de qué hacer - escribir tres veces- puede establecerse que el coordinador viene a establecer una superficie de inscripción en la que un nuevo código pasa a ser escrito.
Tenemos hasta aquí la pregunta acerca de si perplejidad/certeza o superficie de inscripción y la res puesta del sujeto en el chocolate de agradecimiento. La maniobra del coordinador -¿del analista?- lo separa de "eso". ¿Cuál es el estatuto del "eso"?

/el ciclo

Recibo un llamado de la madre. Gastón se encuentra en el bar de la esquina y no puede llegar a *la cigarra*. Me acerco al bar. Lo que encuentro me impacta. La presencia del cuerpo de Gastón en retorcimientos imposibles de reproducir; los músculos en extrema tensión lo llevan a un temblor mientras los ojos entrecerrados tiemblan y se abren de golpe para volver a cerrarse. Todo en un marco de sufrimiento extremo.
Nos enteramos entonces que por efecto del encuentro contingente con la suspensión de su sesión de análisis cuando se dirigía a la misma algo se disparó y, semejante presentación, no es otra cosa que un servirse de la musculatura en una maniobra en lo real para "cerrar un ciclo".
Lo primero que es preciso aclarar en lo que sigue es que aquello que encontré resultaba inimaginable. La aclaración viene a cuento porque precisa lo exitoso de la solución alcanzada en Gastón: si se lo roza o toca deviene la apertura del ciclo que hasta el momento desconocíamos. Si no, si el dispositivo se pliega al modo fijo en que se lo evita, nada lleva a imaginar adónde queda arrojado el sujeto cuando lo precario del anudamiento desfallece.
Nos enteramos además que esto acontece todos los días por el motivo que fuere y que, hasta que no alcance a cerrarlo, no puede proseguir la vida normalmente. Aquel día conseguirá volver a los talleres pero se le notarán las esquirlas de la batalla que acaba de acontecer.
¿Qué es "eso" que se abre de manera dramática? No es sencillo definirlo. Empieza a quedar claro aquello que no es: regresión tópica al estadio del espejo. Si bien localizado en un significante – abrir/ cerrar un ciclo – la maniobra que toma el cuerpo no es consecuencia del retorno de un significante en lo real sino de caída de una defensa que oficia de borde que localiza el goce del Otro[2] por efecto del encuentro con la contingencia. "Por el motivo que fuere" hace entrar ya una suspensión de la sesión, ya que el gato lo roce con la cola. Ser tocado entronca entonces como modo particular de la posición más general que implica todo encuentro con la contingencia que hace entrar la equivocidad ineliminable presente en lalengua[3]. Es a partir de esta consideración que debe ser interrogada la transferencia: si aquello que está en juego es la presencia de la equivocidad ineliminable, la demanda al coordinador lo torna garante de aquella operación sobre el lenguaje que permitiría el drenaje de aquello que no alcanza a ser recortado como plus de goce. El coordinador aquí reestablece el borde que localiza cuando el sujeto queda confrontado sin más margen de respuesta ante la inminencia de la apertura del ciclo. Una suerte de aparejo[4]: la palabra fija y seriable del código del sujeto pasando por el coordinador en el tamíz del whatsapp. Es ese aparejo por el que se vacía el goce sin necesidad de pasar por el traumático cierre de ciclo que involucra toda su musculatura.
La imagen mejor formalizada al respecto la presenta Donna Williams[5] articulada a la idea de su Gran Nada Negra. Escribe:
"(…) supe que no era una muerte lo que venía, sino emociones".
"Aquellos terroríficos pedazo gimientes de GNN eran sobrecarga emocional disparada por cualquier cosa, ya fuese la felicidad o la rabia, o lo que fuese entre la una y la otra."
Se lee con claridad aquello que Maleval plantea en la idea de la imposibilidad de absorver la emoción

1 Freud, S. 1910 {1911}

2 Laurent, E.. La bataille de l'autisme . Cap 4 y 5. Navarin/ Le Champ freudien 1912 . Paris

3 En el sentido en el que lo trabaja E. Laurent, como presencia de real y no de equívoco gramatical y/o semántico, propios de lo simbólico. (Laurent, E. op. cit. Pg 77)

4 El goce del autista, al no regirse por un objeto perdido, se revela "aparejado a un borde" (Maleval/Pluralidad de la transferencia en el autista, en El Psicoanálisis 32, Lo que no se sabe de la transferencia, Revista de la ELP, Barcelona,

5 Williams, D. "Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo". N.E.ED ediciones 2012. Barcelona

en el enlace con el significante (S1/a)[6]. Si algo roza o toca a B, la entrada en contacto con lo vivo de los otros produce algo del orden de la "sobrecarga emocional disparada por cualquier cosa" que describe Williams con la consecuencia que ella misma nombra como *apagón*.
"Yo estaba en un estado de sobrecarga que me produjo un **apagón**. Ya no había fondo, había perdido el sentido. Me estaba cayendo rápidamente en el vacío de la **Gran Nada Negra** (…) entré en un estado de hiperventilación con pánico, mientras *la cosa aquella que se movía, que tenía carne y hacía ruido, mi hermano*, trataba de tragarme por medio de eso que llaman *abrazar.* (…) ¿era este hombre la misma persona [que el hermano]? La lógica me decía que sí. La percepción me decía que no. Una no podía anular a la otra, así que no se podía establecer ninguna conexión y (…)irresoluble". (el subrayado es nuestro)
Se puede leer con precisión la aquel momento de desmantelamiento de la defensa que localiza el sostén de una realidad sin la función del fantasma: la pura presencia sin el auxilio de lo imaginario de esa cosa de carne que apenas se sostiene en el borde del signo; que si aún puede nombrarse hermano al mismo tiempo no permite articular la percepción a la *lógica* (pensamiento articulado en yuxtaposición de signos).
Williams no deja lugar a la duda: nada de lo que está en juego es de orden alucinatorio. Aquello que podría prestarse a confusión sería el hecho de tomar el desmantelamiento de la defensa que diluye todo orden imaginario en pedazo de carne con estatuto de iniciativa del Otro. La clave aquí está en ubicar lo que despierta en Donna el contacto al ser abrazada. Las emociones la sacuden con efecto de desanudamiento. Entrar en contacto despierta lo insimbolizable de un goce no recortado en ella, sin más. Razón de más para pensar la producción de B al forjar un aparejo que opera vaciamiento acoplado a la respuesta fija que debe reiterar el coordinador. Hasta aquí, es en lo que podemos apoyarnos para dar sustento a la idea de una transferencia que no es ni se parece a la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente[7]ni tiene carácter de respuesta erotómana[8].

6 Maleval, JC. El autista y su voz. Cap. II, Ed. Gredos, España, 2012.

7 Lacan, J. S 11. 1964

8 Lacan, J. 1966 "*Présentation des* Mémoires d'un névropathe" Autres Ecrits. Ed du Seuil, Paris

No deja de ser sorprendente la estructura similar en ambos frente a la inminencia de la caída. Williams escribe:
"Empecé a sentir el hormigueo y tomé lápiz y papel. Antes de que me atrapara – el apagón por efecto del encuentro con la Gran Nada Negra – escribí: "está bien, voy a volver, está bien, voy a volver, está bien".
Es en esta confluencia donde puede leerse que los pedidos en los mensajes de Whatsapp buscan inscribir el instante anterior que permita atajar la entrada desesperante del apagón que desanuda cualquier intento de enmarque simbólico-imaginario frente a lo real. La diferencia entre ambos es crucial: Williams se sirve del papel, B necesita hacer pasar por el Otro su propia frase.
Es allí donde habrá que buscar la pertinencia de la transferencia en juego

II/

B no quiere entrar al taller. La madre cuenta que ha tenido una pesadilla en la que tuvo un altercado con "el chico que viene a la cigarra" que suele tocar a las "chicas". Las chicas que refiere son quienes cuidan que nadie lo toque en los talleres. En la pesadilla ellas "desaparecían" y entonces el chico lo "manoseaba en las zonas íntimas". B ha decidido no dormir más para que esto no vuelva a pasar.
Mientras su madre me pone al tanto de lo ocurrido, B parece encontrarse cerrando un ciclo. Me acerco y le pregunto si ha tenido un mal sueño; se molesta y dice que no. Al entrar al taller dirá: ¡Gustavo, vos me preguntaste por un sueño, bueno, lo voy a contar! En el relato que hace a viva voz cuenta que el chico que toca a las chicas lo quería tocar a él. Al principio las chicas lo cuidaban pero después desaparecen. No queda claro si alcanza a tocarlo o no y no hay ninguna referencia a las zonas íntimas. Lo que añade a la versión materna es la intervención de otro compañero de la cigarra que interviene a las trompadas para alejar al chico y poner a B a buen resguardo: fue muy violento, aclara. Concluye con una lectura: la pesadilla ha sido una advertencia o señal de que debe estar más alerta.
¿Hemos de dar un lugar de privilegio a los sueños a la hora de desentrañar la articulación transferencia/autismo? Vaya si plantea problemas de índole lógico que exceden el planteo de este trabajo. Pero tenemos un sueño que acontece en la cigarra en el

que se hace presente lo sexual y habrá que intentar ordenar los elementos en juego.

En primer lugar, tanto la versión materna como la propia dan cuenta de la desaparición del elemento que articula la defensa **en la cigarra** para no ser tocado. Entiendo que nada podría objetar la idea de articular el sueño con la noción de transferencia si se considera que se trata de una puesta en imagen de la defensa en la figura de las chicas. ¿Porqué no hablar aquí de transferencia si el sueño se construye a partir de investiduras de su acontecer en la cigarra?

¿Se trata simplemente de una mera reproducción en imagen o habrá que hacer del sueño superficie de inscripción, simbolizada a su modo, de algo nuevo?

Por un lado una novedosa precisión: ser tocado es ahora en las zonas íntimas[9]. El sueño *produce* un recorte; deja al sujeto en posición de objeto - esto ya estaba establecido[10], siempre alguien podría rozarlo – pero ahora con un sentido confusamente sexual.

¿Resuena en algo con alguna posición novedosa en la cigarra? Por lo pronto su padre ha debido esperarlo a la salida porque se ha quedado conversando animadamente (muy animadamente) con una de las "chicas". Casi que enternece ver como pone en juego un amor - ¡amor! ¡adónde llegaremos! – que lo rebalsa. Un amor muy particular en el que se excluye[11] cualquier dimensión de contacto posible[12].

Tenemos entonces una suerte de intoxicación de la defensa; la chica que encarna el parapeto que lo protege de ser tocado ahora es objeto de animada charla.

La defensa que cae en el sueño parece posible de ser articulada a algo que irrumpe en el sujeto – lo que no deja escapatoria -, localizado ahora a nivel genital sin posibilidad alguna de responsabilidad por el goce.

Tenemos entonces algo que nace estimulado por el "contacto" limitado a lo visual y auditivo en la cercanía que busca con la "chica". B busca acercarse a ella mientras conversan hasta el límite invisible que permite que el contacto en juego no traspase lo insoportable que despierta en el acto de ser rozado[13].Es esto lo que parece localizarse por la vía del sueño en la desaparición de las chicas. B queda merced de la irrupción de un goce que solo puede alcanzar la imagen en la articulación de ser tocado *ahí* ahora que la defensa ha quedado perforada. No se trata aquí de una representación que se hace paso sino de una localización que se alcanza por primera vez: ser tocado ahí, y el lugar paradojal de las chicas, defensa y objeto a alcanzar…si hubiese cuerpo con el que contar.

¿Cuál es la gran novedad que aporta el sueño? Que se sueña.

Si se toma en serio esto, conviene precisar que aquello que pasa casi desapercibido es que el sueño lejos de reproducir lo que acontece en la realidad es *suyo*. El chico que toca a las chicas, las chicas que desaparecen y el chico que lo defiende no tienen ninguna entidad propia más que a condición de ser pensadas a la manera de una formación del inconsciente[14]. Es decir, si en la realidad todo el trabajo se signa en evitar el encuentro con el contacto, en el sueño B es alcanzado, *ahí*. ¿Con qué nombre habremos de nombrar lo que empuja el soñar, *hacerse tocar*[15]? Agreguemos que es en el sueño mismo que se restituye la defensa. Es con una pieza misma del sueño que se lleva a cabo. Todo es sueño. Todo acontece *dentro* del sueño, incluso el hecho de que la defensa vuelve a quedar erigida aunque a destiempo, cuando eso ya ha acontecido. Lo que llamamos pesadilla ya ha encontrado una resolución de "cierre" en el sueño mismo. La novedad entonces, además, es que el cierre mismo "lo toca"; un cierre que no deja de abrir un ciclo; el modo en el que se efectúa el acto para dejar fuera eso que toca hace entrar ahora el goce de quien lo protege: "fue muy violento". Aquello que lo despierta de un sobresalto a diferencia de lo que se podría creer es la violencia que introduce el cierre y no el acto de ser tocado. Cuando B despierta ya todo ha concluido en el sueño si por conclusión entendemos el riesgo del roce. Y sin embargo…

Ordenado el sueño de esta manera, lo que despierta es el fracaso de la defensa cuando triunfa. La circularidad infernal que se despliega en el sueño es consecuencia de que ya no hay manera de dejar el goce fuera. A esto llamamos progreso en la cura.

Hasta aquí: un recorrido que se origina en una demanda que suelda al coordinador en el lugar de la garantía en la otra punta del aparejo; luego del efecto de vaciamiento, la desaparición del mismo y su consecución en los bordes de lo soñado. Diferencias cruciales restan como saldo del traslado: si antes la frase escrita desde el lugar propuesto desde el sujeto y encarnado por el coordinador operaba como potencia extrema capaz de restituir una defensa sin falla, ahora, en tanto se sueña, ya no existe la posibilidad del texto prefijado desde el yo. La novedad en la transferencia es el instante de vértigo que abre el sueño y que obliga en el sujeto a la exigencia de no volver a dormir. Una manera clara de reubicar la posición, otrora inexistente: en el soñar el sujeto ya no es amo del lenguaje. El consentimiento que se deduce de la nueva posición no es ajena al tira y afloje, suave pero firme, con la que la defensa es alojada en la cigarra. En este sentido, esta nueva consistencia de la defensa, porosa y permeable a los otros y al deseo naciente, se amasa a la luz de los encuentros genuinos del día a día en la cigarra. De eso da testimonio el sueño y es ello lo que arroja luz sobre una nueva posición en la transferencia: la defensa porosa que da nacimiento al soñar por efecto de su puesta al trabajo en los talleres.

III/ alojar un vacío al interior del ciclo

La transferencia masiva sobre el coordinador y el soñar posterior van dejando lugar a un modo de enlace con la cigarra en general del que se sirve como instrumento eficaz en la producción de un vacío soportado en su pasaje por los talleres. En el taller de la palabra esto es claro. Tratándose de un juego de cuatro vueltas pautadas, en los comienzos sus palabras a alojar en su casillero en las primeras tres vueltas son siempre las mismas: nombres de personas que conoce. Esto se repite idéntico. En la cuarta vuelta, que cierra el juego, sobreviene otro *modo* de la palabra; pregunta si efectivamente es la última y suelta una palabra que resuena en el cuerpo. El tono, el cuerpo que se sacude, la mirada que busca captar el efecto de la palabra arrojada en los otros. Por lo general se trata de alguna consigna política que lo identifica a la oposición al gobierno. Su *decir* no es ingenuo, está atento a la risa que pueda producir y esto puede llegar a ponerlo colorado.

En un segundo tiempo, las vueltas del taller parecen haberse acomodado para encarnar en acto el topos del ciclo. Ahora B solo participa a condición de ser el último de cada vuelta; en las primeras tres vuelve a repetir la palabra fija que soportan su presencia sin modificación. Al llegar a la cuarta vuelta que cierra el juego – es el último de la vuelta de la última vuelta del juego – en lugar de poner a jugar esa palabra que conmueve elige dejar su casillero vacío. Esto se instala de manera fija. Todo el juego gira en torno al momento en que es preciso *cerrar*. El objeto novedoso cuyo uso produce el cierre es un vacío colocado en su casillero. Esta posición alcanzada en ser el último que cierra tomará el sesgo de cada taller. La particularidad en el de la palabra es la producción del vacío que alcanza incluso una de-*nominación* que la nombra en tanto que tal: "queda vacío".

Volvemos a encontrar el armado de un aparejo. Las vueltas regladas habilitan el cálculo sereno en el sujeto; en la cuarta se sella el uso que transforma el taller en instrumento a la mano para producir el espacio que circunscriba la falta. ¡Lo aloja el mismo instante que lo produce! La transferencia es

9 Es tan freudianamente objetable tomar los dichos de otro para buscar la lógica que orienta un sueño como servirse de un sueño buscando el sujeto en juego sin tratarse de una posición analizante que llame a la asociación libre (aunque esto último habita todos los resquicios de "La interpretación de los sueños"). Problema de método. Aquí damos por válidas ambas versiones , es decir, construimos la consistencia del sueño tomando los elementos de ambos relatos ya que no se lo instrumentaliza (no se hace un uso de él) en pos de dirección de cura alguna. Interesa simplemente aquello que permitiría leer. De todas maneras, incómodos aún en la resolución tomada, añadiremos que de objetarse, en el peor de los casos no podría concederse el recorte en el cuerpo (es lo que aporta el texto de la madre) pero el resto es coincidente.

10 En alguna ocasión ha llegado a decir que en el gesto a distancia siente un fuego por dentro

11 ¡Qué difícil de articular con las trampas del lenguaje! Solo se excluye lo que se deja por fuera por haber quedado inscripto. Aquí…aquí no se excluye el sexo porque pareciera no haber cuerpo capaz de soportar el embate. Y sin embargo es tan evidente la atracción que le produce el objeto... Un modo de amor impensable.

12 Vale aquí toda la diferencia que pueda pensarse con la *posición* en Donna Williams, quién toma a su cargo hacer lo que sea necesario hacer para atravesar el límite que le impide tocar y ser tocada por los otros.

13 Tiempo después B deberá pasar por un prolongado período en que "la chica" debió ausentarse. El día en que retorna B se encuentra durmiendo en el taller y ella se acerca a despertarlo. Le grito "no lo toques". A esta escena volverá luego B una y otra vez: "te acordás esa chica que vos le gritaste no lo toques". Esto permitirá interrogarlo acerca de qué hubiese preferido él: que no lo toque *nadie*.

14 A la manera, es decir , sin desconocer las diferencias que enmarcan la estructura en juego pero sin retroceder por ello.

15 Es evidente el sesgo retórico de la pregunta. *Hacerse* conlleva la recuperación de goce en un recorrido que bordea el vacío cavado en la pérdida del objeto. Desde ya aquí no es el caso. Sin embargo no puede eludirse la pregunta acerca de la lógica que orienta el soñar.

Una prueba que vale la pena hacer: el lector interpreta el sueño sin anteponer la estructura como condición de lectura. Solo el sueño. (Será difícil no concluir que aquello que despierta es eso que pulsa por hacerse tocar en las zonas íntimas).

ahora esa maniobra sobre el recuadro que debe escribir su palabra. El sujeto ha recobrado el lugar del agente que había quedado conmovido en el sueño pero ya no para evitar ser rozado – aunque esto insista – sino para dar rienda suelta a una iteración del objeto que a su paso produce vacío. La dirección del sujeto a partir de aquí queda enlazada a este nuevo partenaire con el que circula por los diferentes talleres.

IV/

La lógica recortada en tres tiempos permite leer tres modos de enlace con objetos de estatuto que es necesario precisar.

El coordinador en el lugar de la garantía que puede "sacar de encima" el goce que cae sobre el sujeto

La localización vía sueño de aquello que irrumpe cuando fracasa la defensa haciendo de la defensa misma una simbolización de la falla irreductible

Nacimiento de un objeto novedoso: el vacío

En a) la transferencia se lee en la presencia de un Uno recortado sobre el que se establece una dirección esencial a la hora de la regulación del goce cuando fracasa la defensa. No es difícil ubicar ese Uno en el lugar de borde que localiza el retorno del goce, una suerte de neo defensa o retaguardia: cuando cae la primera – "¿alguién me rozó?" – la función queda transferida a este nuevo borde que la restablece.

Si bien es posible establecer una estructura de simetría de ambos lugares de la defensa, la segunda obliga al sujeto a pasar por el desfiladero de la demanda; aún en la posesión de la llave de aquello a reproducir como si fuese amo del lenguaje – "Gustavo, escribí tres veces"- aquello que constituye la transferencia no le evita el vértigo del pasaje con la confrontación de la respuesta del otro. Aquí B *necesita* del otro; esto nuevo a cuenta de la transferencia

En b) se ha desprendido un Uno desde el bloque mismo que constituye la defensa; es con uno de esos ladrillos que se ha edificado el Uno del Eros, lo que tiene por consecuencia la caída de la defensa toda. La pesadilla sanciona la posibilidad de deslizamiento del lugar de la garantía. Si antes se demandaba por escrito al coordinador ahora será el acto violento del compañero quien consiga "sacar de encima" *eso*.

Vale notar que ahora la violencia no es sólo de los otros que podrían rozarlo sino que la restitución del nuevo borde redobla la violencia e incluso perturba a B.

Que la composición de los personajes del sueño - quién encarna el goce que debe quedar por fuera así como aquel que restituye la defensa – se estructure a partir de su devenir cotidiano en la cigarra da cuenta de una suerte de impensable "autismo de transferencia". La "chica", el "malo" y la reduplicación en otro malo que lo salva dan cuenta de una investidura que pone a cuenta diversos planos que operan el anclaje en el que se teje una trama que desborda el sujeto y no puede más que darse a ver, al menos por ahora, al modo de la pesadilla.

En a) es borde; en b) desborde, y restitución de una defensa porosa. Pero, insistimos, no se trata solamente de la nueva condición de la defensa. Lo fundamental es el *cómo* se la constituye; el fundamento de la mutación se sitúa en su condición de sueño.

En c) la operación toca su posición. Si antes todo su hacer iba en dirección a cuidar de no quedar "tocado" por los otros (y por lo Otro de sí), ahora hace uso de los talleres, cual objetos de los que se sirve, para producir un vacío como modo de tratamiento no mutilante del goce[16]. La estructura sigue siendo rígida y repetitiva; una vez que se escribe, opera como trabajo hacia adelante en la regulación.

¿Qué puede decirse aquí acerca de la transferencia? La investidura pasa por el taller mismo, por su estructura. A considerar: el vacío que busca es el que produce el cierre del taller, lo más parecido a colocar el punto en una frase. Así, es posible situar dos estatutos del objeto que se producen. En un juego de cuatro vueltas, las primeras palabras tienen el estatuto del objeto que se deposita sin más, pero el último, aquel que produce el cierre, produce una torsión. Los tres primeros pueden asimilarse a las vueltas de la demanda mientras que la última produce algo del orden de un agujero central. Es con esa lectura que es dable pensar una transferencia en acto que articula una suerte de "par", aún tratándose de una lógica de signos: los unos / el vacío (como Uno). Esto aproxima el armado logrado a la idea sostenida por D. Holvoet en el notable texto "Agrafou"[17] en el que sostiene que lo propio de la transferencia en el autismo sería una "tentativa de extraer un objeto, un significante que podrá hacer agujero en el Otro para que un sujeto pueda encon-

16 Maleval, JC, ibid. Cap, III

17 Holvoet, D. "Agrafou", en El Psicoanálisis 32, Lo que no se sabe de la transferencia, Revista de la ELP, Barcelona, 2018.



Sobre cómo habitar un espacio.

Paula Bianco & Mariana Grela

>>residentes psicologas Hospital Piñero

"Siempre es bueno impedir que se estreche nuestro horizonte (...) Ser psicoanalistas implica tener presente que el mundo no es exactamente como cada quien lo concibe, sino que está tomado por esos mecanismos que ustedes pretenden conocer"
Lacan, El seminario 3, Las Psicosis

El presente escrito surge como instancia de reflexión acerca de nuestro recorrido en la cigarra. Al iniciar el paso por los talleres nos ha resultado novedosa su propuesta: no pretenden una lógica grupal ni un para todos, a la vez que se sirven de los efectos de grupo. Tampoco buscan la reinserción o un resultado terapéutico a priori, éstos vienen por añadidura. Si bien los talleres tienen reglas establecidas que funcionan como ordenador, cada sujeto pone en juego su condición para hacer uso de ellas y esto es respetado y acompañado por los que allí nos desempeñamos. Partiremos de una viñeta clínica para poder pensar cómo determinadas intervenciones han posibilitado que un paciente logre hacer propio un espacio sostenido en la instalación de un lazo transferencial.

"Soy Gastón de la cigarra"

Gastón es un joven de 16 años que ingresa a la cigarra con una solución construida para soportar el encuentro con el mundo: no soporta que lo toquen, señalen, ni que le dirijan ciertos gestos. Al ingreso a cada taller aguarda en el marco de la puerta a que todos los participantes ingresen a la sala para luego dirigirse a un rincón de la misma en donde se encuentra una silla algo separada del resto. Siempre la misma silla, siempre el mismo lugar. Se muestra atento y no suele desplazarse por el espacio. Ubicado en el límite como si estuviera por fuera, decide cada vez en que momento incluirse al ser convocado. Pareciera buscar la lejanía del resto y una distancia próxima al coordinador o a los talleristas. Al inicio de cada taller pide con rigurosidad que sean enunciadas sus condiciones para poder permanecer allí: "que nadie me toque, ni me roce, ni que me señalen; tampoco me gusta que me hagan like o fuckyou, que no me hagan ningún gesto". Como intervención, los talleristas nos ubicamos a una distancia calculada funcionando como relevo en la tarea de hacer cumplir al grupo las condiciones por él enunciadas. Se crea entonces una especie de barrera móvil para que su espacio no sea invadido, dado que suele perturbarse mucho con el mínimo acercamiento de una persona u objeto a su cuerpo. Gastón se dirige a nosotros en reiteradas oportunidades durante el día buscando confirmar algunos supuestos "¿No me tocaron, no?", "¿Ese chico no me miró, no?". Ante nuestra negativa, logra por momentos aliviarse.

En un primer momento, resulta necesario hacerse depositario de su solución, para luego poder partir de la confianza y del respeto por sus invenciones, hacia espacios donde éstas se puedan trabajar. Es así como durante el taller de magia, un día acepta pasar al frente a realizar un truco. Rechaza el uso de la varita mágica al tiempo que propone mover los objetos con el pensamiento poniendo sus manos a distancia de la bolsa mágica, al estilo de un superpoder de dragonball. Por otra parte, en el taller del doble a medida, en el cual se disponen disfraces para crear personajes, él decide comenzar a participar disfrazándose con la ima-ginación para crear su personaje.

Es en el taller del tiempo donde aparece la novedad cuando solicita espontáneamente y con entusiasmo participar. En este taller los participantes arrojan un dado que indica a qué tiempo viajarán. Con asistencia, Gastón lanza el dado y el futuro se convierte en el escenario de su viaje. El coordinador se encarga de hacer un llamado telefónico que da inicio a una con-
versación entre dos que habitan un tiempo futuro y un tiempo presente. Gastón se presenta, "Hola soy Gastón de la cigarra. Tengo Asperger de leve a moderado". Al ser interrogado por su presentación, ubica en su historia una coyuntura específica en relación a un ataque de su perro a temprana edad que dejó marcas en su
cuerpo y en su modo de relación con personas y objetos. Además, localiza una situación escolar en la que ser el preferido de una maestra hizo que una compañera por primera vez le hiciera fuck you dejando una marca hasta la actualidad. Explica que por eso no le gusta que lo toquen ni que le dirijan gestos. Cuenta una serie de limitaciones en la vida cotidiana a partir de esta condición, por lo que de vivir en el futuro le gustaría tener un robot que toque las cosas por él y que abrace a la gente cuando él lo ordene.

A partir del valor de testimonio de este acontecimiento se conversa en las reuniones de equipo sobre la
posibilidad de realizar una presentación clínica con Gastón, para delinear estrategias e intervenciones.

Lecturas, intervenciones, efectos

La presentación clínica pone al equipo de la cigarra a trabajar en torno a preguntas acerca del diagnóstico, la transferencia y el lugar de la institución en la economía subjetiva del paciente. Ya desde su primer testimonio en el taller del tiempo se recortó cómo se pone a jugar algo del orden de la nominación en torno al uso peculiar que Gastón hace sobre el diagnóstico recibido previo a la llegada a la cigarra. "Síndrome de asperger" funciona como un nombre, un ordenador de su padecimiento. También, al momento de presentarse, realiza en acto un "auto-bautismo" (Lacan, 1953,119) que puede ser dirigido a un Otro como destinatario: "Soy Gastón de la cigarra". Consideramos que en este nombre en tanto que invento propio de su tratamiento en la cigarra, se visibiliza la instalación de la transferencia.

La institución es crucial para pensar este fenómeno, tomando las palabras de Laurent sobre la experiencia de los Lefort "más que hacer énfasis en la institución como garante del injerto de un orden simbólico mediante sus reglas, se trata de confiar en el acontecimiento imprevisto, lo fuera de norma. (...) Este encuentro con lo nuevo puede ser peligroso o doloroso para el sujeto por lo que la institución debe, ante todo, concebirse como un "lugar de repliegue" (Laurent, 2013, 34).

Creemos que el desafío es cómo encarnar este lugar de repliegue que respete la posición subjetiva de cada paciente y a su vez la ponga a trabajar. Ubicamos en primer lugar, la constitución de un Otro que advierte y respeta su saber hacer con el lazo, el coordinador legitima este lugar que, junto con el resto de los analistas participantes, se especifica por sostener un saber en falta. Por otro lado, en la discusión posterior de la presentación clínica, se ubica la premisa de que la institución funciona para él como un lugar de confianza donde "puede ser él mismo, donde se lo respeta y comprende". Además, lo que se destaca como prevalente en el discurso del paciente es lo relativo a su armado defensivo, como algo que "no quiere cambiar", mostrándose determinante al respecto de tal decisión. Puede transmitir algunas precisiones sobre el inicio de esta defensa y pone en primer plano cómo la cigarra lo acompaña en su condición, a diferencia del colegio donde dice que le prohibieron la entrada. Tomando sus dichos: "Me gusta venir a la cigarra, quisiera venir más días, que siga todos los años, para el futuro, que este el taller del tiempo y que siga". Se delinea la función del coordinador como ordenadora, y las asistentes necesarias para cuidarlo y ser garantes de un orden necesario e inconmovible para él.

Por último, en la presentación Gastón se detiene varias veces en la escena en la que su compañera de curso le hace fuckyou como respuesta de odio frente a ser el preferido de la maestra. Esta escena dio una pista sobre el lazo al Otro y al semejante. El lugar de "preferido", al que aspira también en los talleres, nos advierte sobre la conjunción del amor y el odio que se entrama en el lazo. El odio del semejante muestra una vertiente paranoide que le obstaculiza los intercambios. El amor del Otro, es preciso que sea no-todo. No-todo amado será el modo de establecer el lazo con él en la cigarra, respetando no obstante su lugar diferenciado de los demás.

Es desde estas posiciones en la transferencia que una serie de intervenciones sutiles pudieron realizarse y constatarse a partir de ellas algunos efectos. Destacaremos a continuación uno de ellos.

Algo imperceptible afloja

En el taller del doble a medida, Gastón decide no participar y permanece en su lugar habitual, junto a los coordinadores, mirando la escena que allí se desplegaba: niños corriendo disfrazados, otros actuando, los más pequeños diferenciando texturas y Julio que permanecía en el extremo opuesto de la habitación mirando uno por uno los dvds que había comprado en un puesto de diarios. Gastón fija su mirada en él y, convocado por una película de animé que le interesaba, atraviesa el salón. Decide iniciar un intercambio con Julio, siendo éste el primero con un compañero, en el que se muestra interesado por los gustos del otro y por compartir los propios. Se evidencia de este modo un circular inédito que, si bien sigue siendo advertido de su imposibilidad de contacto, aparece menos pesado, menos exigente. Se habilita otra escena, hasta el momento, impensada.

Creemos que aquí se ve el interjuego que se produce entre lo que el sujeto ha inventado y la posibilidad de que ese borde defensivo incluya a otros. De este modo, el mismo puede complejizarse a la vez que

desplazarse, propiciando un circuito más amplio para su mundo y la creación de nuevos recursos.

mpaubianco@gmail.com
marianabgrela@gmail.com

Bibliografía

Di Ciaccia, Antonio (2005). A propósito de la práctica entre varios, extraído de: http://es.scribd.com/doc/104719152/

Lacan, J. (1953) El seminario libro 1: Los escritos técnicos de Freud. Buenos Aires. Paidós, 1981.
Lacan, J. (1955-56), El Seminario de Jacques Lacan. Libro III: Las psicosis, 1955-1956, Editorial Paidós, Barcelona, 1984.

Laurent, E. (2013) La batalla del autismo: de la clínica a la política. Buenos Aires: Grama Ediciones.

Maleval (2015) ¿Por qué la hipótesis de una estructura autística?. En Estudios sobre el autismo II. Buenos Aires: Colección Diva.

Manzotti, M. (Comp) (2005) Clínica del autismo infantil. Buenos Aires, Ed. Grama.

Seijas, R.; Slatopolsky, G (2010) Escritura del síntoma en la psicosis infantil. Una política de lo singular en lo colectivo. En Rev. Ensayos N°3. Buenos Aires, edición GCBA, 2010.

Slatopolsky, G. (2010) "Hacia una política para las psicosis y el autismo". En Rev. Ensayos N°3. Publicación del Espacio de Investigación en Psicoanálisis del Centro 1, Buenos Aires.

Tendlarz (2015) El tratamiento psicoanalítico con niños autistas. En Estudios sobre el autismo II. Buenos Aires: Colección Diva.



Un agujero en el tiempo.

Bruno Ricci

Como en algunos cuentos de ciencia ficción, en la cigarra existe una máquina del tiempo. Un artefacto –el dado– que dentro del marco simbólico y el sostén imaginario de un juego, tiene el poder de revertir o adelantar el tiempo cronológico. Ésta invención, sostenida por el deseo de varios analistas, lleva la marca de Mario. En una presentación clínica él pide ayuda al auditorio para volver al pasado y rescatar de la muerte a una amiga. Dice: "se trata de no vivir todo el tiempo lo mismo" . Se ubica esta pérdida en lo real como un punto de ruptura, una discontinuidad en su existencia.

La frase que Mario arroja, introduce la pregunta sobre qué estatuto tiene el tiempo para él, pero también da cuenta del "penar de más" (Lacan, 1964, p. 173), que autoriza la intervención del analista.

En la presentación del tercer número de entreUnos, Roberto Mazzuca comentaba en relación las intervenciones, que no se trataría tanto de alojar el delirio, sino de que el analista pueda ubicarse "adentro del delirio" y desde ahí hacer jugar una invención. Los artefactos que circulan en la cigarra en el marco de un juego, le hacen lugar a lo más propio del sujeto y a las soluciones singulares.

El juego en tanto aparato (Salman, 2006, p. 165), como tratamiento posible de lo real y en su costado de semblante –entre simbólico e imaginario–, permite una localización de goce.

Dos preguntas orientan todo el taller. "Si te pudieras traer algo al presente, de todo lo que ves, ¿qué te traerías?". La otra "¿Se puede traer algo de otro tiempo?". Esta última pregunta introduce la única regla del juego. "Nada puede ser traído de otro tiempo, porque es imposible". "Nada puede atravesar la barrera del tiempo". Ley que encarna un límite frente a la irrupción de goce.

¿De qué manera una ficción creada a partir de la lectura de las marcas singulares de un sujeto, hace lazo y produce, en otros, efectos analíticos?

El viaje de Gastón

Gastón puede estar en la cigarra a condición de que nadie lo toque, lo señale o le haga algún gesto con la mano. Para evitar roces, se sienta siempre en el mismo rincón de la sala y debe ser el último en entrar y en salir del espacio de taller. Si el mundo se mantiene así, inmutable, él puede permanecer en el lazo. En cambio, si algún gesto o roce accidental altera este orden fijo, dirige inmediatamente y muy afectado, una pregunta hacia el coordinador o hacia algún analista presente: "¿él me rozó? ¿Ella me señaló?".

En alguna oportunidad, menciona que cuando lo tocan siente "como un fuego", del que no puede decir mucho más. Surge el interrogante respecto del si el "no ser rozado" se trata de una defensa radical a la manera del encapsulamiento autista, o bien, de un delirio.

Pareciera que el Otro no encarna el lugar del perseguidor para Gastón, sino de la garantía. Por lo que podría pensarse, siguiendo a Laurent, en un retorno del goce sobre el borde. En una "neo-barrera" corporal (Laurent, 2013, p. 85). Si se le responde que nadie lo tocó, suele aliviarse, pero a veces esto no alcanza y debe operar otra solución; un arreglo en lo real al que denomina "cerrar un ciclo". Por un instante, la mirada se le pone en blanco y hace la mueca de un grito sin voz.
Decidido a no tocar nada, alguien se ofrece a tirar el dado por él y acepta. Viaja al futuro, a la época de los Supersónicos. Cuenta que llegó al año 2035 y que se encuentra con un presidente al que nadie quiere ir a visitar. Oportunidad para bromear sobre política, algo que suele hacer, generando en el público el efecto de la risa y el aplauso. La política podría operar como el ideal bajo el cual es posible un intercambio con el otro.
De alguna manera, su viaje vira hacia un relato en el que cuenta que él es "Asperger" desde que fue mordido por un perro y que por eso tiene una cicatriz en la cara.

De todo lo que hay en el futuro, se traería al presente, un robot. ¨¿Para qué podría servirte un robot?", pregunta el coordinador. "Podría ser un robot que me abra las puertas. Yo no abro las puertas, sí las agarro con mi guante de papel, pero después me lavo las manos". "O por ejemplo, yo no te quiero dar un abrazo, pero le digo al robot andá y abrazá, y el robot va y abraza", contesta.

Se le pregunta también a Mario y dice: "Yo me trae-

ría un robot para hablar con las personas, para poder interactuar con las personas". "-¿Y vos Julio?", pregunta el coordinador. "Yo para que me haga la tarea. Cuando tengo tarea en el colegio, no la hago porque estoy distraído y mi mamá me insiste".
El robot empuja a invenciones singulares que pueden circular, pero también introduce y aloja un orden de deseo.

Cada viaje concluye con el retorno al presente y el armado, entre varios, de una línea en el espacio del pizarrón, que se ubica como el Año Cero. Un vacío de tiempo; "momento en el que no había nada". Operación que puede ser pensada como una extracción sobre lo real del tiempo. Es a partir aquí que se hace posible escribir las fechas y los acontecimientos del viaje. Se trata de invenciones frente a la irrupción de goce, impensables sin la dimensión de la transferencia y la puesta en juego de un lugar vacío. Pasado, presente y futuro quedan así entrelazados por el deseo del analista, en una ficción que puede hacer de aquello imposible de soportar, una experiencia vivible.

bruno578g@gmail.com

Bibliografía

- Lacan J. [1964] El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1995, Paidós, Argentina.
- Laurent, E. [2013] La Batalla del Autismo. De la Clínica a la Política. Grama Ediciones. Argentina.
- Salman, S. [2006] El juego, aparato del goce. Psicoanálisis con niños, Grama, Bs. As.
- Soler C. [1991] Estudios sobre la psicosis. Qué lugar para el analista. Manantial. Bs. As.
- Tendlarz S. [2016] Clínica del Autismo y de las psicosis en la infancia. Colección Diva, Bs. As.



CUARTO

Autismo de transferencia y deseo del analista.

Ricardo Seijas

>>Psicoanalista, Docente de posgrado y supervisor clínico en la cigarra y CSM Nro. 1, miembro del Equipo de Gestión del Observatorio de Políticas del Autismo. FAPOL (2018-2019)

"En consecuencia, podemos decir que detrás del amor llamado ¨de transferencia¨ está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente"
Jacques Lacan (Seminario 11, clase del 17 de junio de 1964)

Tomo este cuarto como una oportunidad de trabajar, con la ayuda de los textos de mis colegas, el problema que entreUnos 4 nos propone: el autismo en la transferencia[1] e intentar aportar algunas vías e hipótesis de solución.

Los trabajos de Ricci [2]y de Bianco y Grela[3], señalan y leen de modo muy preciso la lógica del funcionamiento del dispositivo colectivo de la cigarra: el respeto y sostén de la defensa del sujeto, el ofrecimiento de un lugar particular para alojar cada vez su singularidad, apostando a conmover la defensa con ese mismo ofrecimiento, con el fin de promover la invención de otra. Ambos textos localizan momentos fundamentales de la clínica del caso, que luego señalaré.

El texto de Slatopolsky[4] conjuga una detallada exposición de los movimientos subjetivos de Gastón por la cigarra, con una compleja lectura teórica en la que llega a proponer la existencia de un autismo de transferencia. En esta conjunción y en su audaz propuesta nos apoyamos para realizar el trabajo que sigue, y que –por insertarse en una previa, larga e intensa conversación con el autor sobre el tema- no podrá evitar redundancias, parafraseos, resonancias, orientaciones comunes y… diferencias de todo tipo, todas ellas motores y a la vez resultados de nuestra mutua transferencia de trabajo.

Coordenadas

Antes de sumergirnos en el análisis del caso debemos situar las coordenadas del problema.

Si consideramos la transferencia tal como la definió Lacan para la estructura de la neurosis: instalación del Sujeto Supuesto Saber, ubicación del analista como objeto a en su doble dimensión de causa de deseo y objeto pulsional, y el consecuente amor en su dimensión de engaño[5], sabemos que es imposible encontrar esta configuración en el autismo.

Sin embargo, es obvio para cualquier practicante de esta clínica que sí es posible arribar a un lazo entre el parlêtre autista y su analista, eficaz en la transformación del síntoma. ¿Es suficiente para considerar este lazo transferencia analítica?

Para hacerlo sería necesario definir la transferencia en términos transestructurales, lo que supone un grado inevitable de abstracción mayor, el que permita incluir en un mismo conjunto la particularidad de todas las estructuras. Viene a nuestra ayuda lo que Lacan nos propone en su última enseñanza: toda estructura puede escribirse como un anudamiento entre los tres registros, real, simbólico e imaginario, y en ese anudamiento, situarse la economía de sus goces.[6]

Partiendo de esta base, proponemos un primer axioma de la transferencia transestructural: en cada estructura hay un lugar o lugares posibles de ser ocupados por la palabra y la presencia del analista y que permite su inclusión en la economía de goce del parlêtre.

Si nos orientamos por la transferencia en la neurosis, es necesario también postular un segundo axioma: hay lugares en la estructura que posibilitan el análisis y otros que lo impiden.

Y por último: el deseo del analista propone en toda estructura algo inédito al punto de equilibrio o desequilibrio en el que se encuentra el parlêtre. ¿Cómo definir esa novedad? ¿Cuál sería la meta común a todo psicoanálisis más allá de las estructuras? Podemos decir con Arenas[7]: la búsqueda de la singularidad, que a su vez –agregamos nosotros- implica consentir en acto la inexistencia de la relación sexual. Pero aunque consideremos que el analista oferta un deseo inédito ¿qué le respondería del lado del parlêtre? Entonces, tercer axioma: es necesario un elemento homólogo en toda estructura para que sea eficaz, es decir, para que resuene en el sujeto.

Llegados a este punto de nuestra argumentación, comprendemos cuál puede ser la razón de la dificultad para encontrar la fórmula de la transferencia autista: no haber podido definir claramente la economía de goce propia de la estructura del parlêtre autista, qué diferentes posiciones componen su nudo. Hasta ahora hemos ubicado que hay neo-borde[8] y su posible vaciamiento[9] o ampliación[10], pero esta hipótesis nos deja en cierta encerrona. ¿Cuál? Al suponer que el autista se "defiende de lo real"[11] con ese neo-borde, y que el papel del analista es respetarlo y acomodarse a él para en todo caso después buscar conmoverlo, terminamos reduciendo el parlêtre autista a su defensa, y la transferencia al emparejamiento que puede producirse entre esa defensa y el analista, con una consecuencia que el tercer axioma que recién postulamos nos hace advertir: no existiría una posición en el autista…que haga resonancia con la decisión del analista de conmover la defensa.

Momento uno del autismo de transferencia

Vayamos al caso: despejada la duda diagnóstica apuesta del analista mediante[12], ubicado rigurosamente el estatuto del "eso" que la defensa busca vaciar[13] y verificados los numerosos lazos que Gastón sostiene, ya estamos en condiciones de encarar el problema en el que desembocamos recién: ¿hay una sola posición o más de una (coexistentes o conflictivas entre sí) en el parlêtre autista?

Gastón nos presenta una defensa particular: cuenta con el suficiente uso del lenguaje para demandarle ayuda al otro para sostener el tabú de contacto que necesita. Y no solo eso, cuándo por alguna razón esta defensa vacila, tiene otra: se dirige preocupado y angustiado al otro, con otra demanda: "¿Me tocó?" "¿Me señaló?". La confirmación negativa lo alivia.
En este punto, lo primero a señalar es que la defensa de Gastón ya implica lo que por ahora llamaremos un casillero vacío (lo que no es para nada evidente en otros casos): el que la defensa reserva para ser ocupado por un otro, en este caso, la cigarra. Y esta ocupación provoca una consolidación de la defensa y de la función de agujereamiento del "eso": la palabra de cualquier otro de la cigarra es suficiente para tachar lo aparentemente perceptivo (la sensación de haber sido tocado), que es el punto de irrupción del goce invasivo.
Al realizarse este movimiento en el que la cigarra pasa a formar parte de la defensa se produce una especie de contragolpe sobre el mismo Gastón: se autobautiza "de la cigarra"[14], agujereando su solitaria posición inicial. Nominación que sanciona la constitución de un nuevo nudo y lo que podríamos llamar el momento uno del autismo de transferencia. Se constituye como dice Freud, una nueva enfermedad[15] de la cual el analista forma parte fundamental. O en los términos de los nudos de Lacan, el psicoanalista se vuelve sinthome[16] del nudo del sujeto.

Pero a diferencia de cualquier otro partenaire que ocupe el lugar de sinthome, la cigarra le ofrece algo más (al mismo tiempo y bajo la forma de cada taller): otro casillero vacío para completar con algo de sí. Esta oferta es un modo en acto de decirle al parlêtre autista: "no eres solo tu defensa", o: "tu goce singular no se identifica con ella", y hace aparecer justamente otro Gastón: el de su decir "político", con el cual recupera un goce distinto y hace lazo de un modo singular (el tono, la mirada atenta al efecto cómico en los otros, el ponerse colorado).

Entonces, ya en el primer momento lógico del caso podemos situar la existencia de tres posiciones de goce en el parlêtre autista: 1) la que corresponde a la irrupción del goce invasivo y arrasador ("eso") que Donna Williams nombra como Gran Nada Negra [17], y donde podemos ubicar el punto máximo de la "retención de los objetos pulsionales"[18]; 2) la que ubicamos en la defensa misma (que permite la constitución idiosincrásica[19] del objeto pulsional), y 3) la que implicaría su "más allá", en este caso: el decir "político" (donde este extraño objeto pulsional autista se articularía con un decir singular).

En términos de enunciación: la que anularía casi toda enunciación[20], la que la rechazaría de manera localizada (lo cual supondría cierta aceptación), y la que pretende asumirla.

Entonces: ¿cuál es la forma que el deseo del analista toma en este primer momento? Doble: dejarse tomar por la defensa y a la vez, ofrecer un vacío para posibilitar la aparición de letras propias del autista distintas de su defensa, dicho de otro modo: causar la aparición de la otra posición subjetiva posible.

¿Consecuencias ?

Dos: el agujereamiento paulatino de esta primera defensa, y la creciente consistencia mayor de la posición que llamamos "más allá" de la defensa, notable en los siguientes movimientos:

-en el taller del tiempo, cuando al responder a la pregunta de qué se traería del futuro dice: "a mí no me gusta abrazarte, pero me traigo un robot y le digo que te abrace"[21], o sea que imagina el uso del doble para hacer lo que él no podría: el abrazo…al coordinador, pues a él a quien se dirige. Y en este caso…el coordinador es Gustavo!
-de los soldados de la defensa extrae "uno": una chica. Interés y conmoción del cuerpo que Slatopolsky lee como enamoramiento, compartiendo sus reservas acerca de su estatuto.
Lo que deriva en el…

Momento dos del autismo de transferencia

A estas dos consecuencias del primer movimiento transferencial debemos sumar otra, fundamental, pues implica un viraje subjetivo: Gastón extrae del conjunto indiferenciado de la cigarra, un Uno, pues elige a Gustavo como agente especial de la defensa, inventando un nuevo código que necesita de su decir...a distancia, vía escritura de mensajes. Al consentir, el analista le saca "eso" de encima produciendo una operación de vaciamiento, pero no es lo único que hace, sino que también produce dos efectos suplementarios: la irrupción de un goce nuevo articulado al lenguaje (el grito excitado: "Gracias, Gustavo, me lo sacaste de encima!"), y la decisión del paciente de hacerle un regalo como agradecimiento, una manifestación de amor de… transferencia?

Debemos detenernos aquí un momento: ¿se trata de potencia de la palabra del analista (y por lo tanto de suponer otro sin barrar, garante de la defensa)? O por el contrario, de que al subordinar su voz completamente a la demanda de Gastón, ¿ésta se convierte en objeto extraído del cuerpo del Otro (pero que, no olvidemos, es al mismo tiempo, su defensa), ubicando (al analista) en una nueva función: superficie de inscripción (al modo de una tabla de arcilla), tal como el mismo Slatopolsky[22] plantea al final citando a Holvoet? ¿Hacerle un regalo al Otro, implica que el sujeto se ha advertido de ese agujereamiento?

Este complejo movimiento inaugura un lazo que ya no es entre defensa y dispositivo, sino entre parlêtre y analista con nombre propio. Permitiendo una nueva pérdida de goce, que debemos situar entre ambos, y un goce de esa pérdida, causado (o enlazado) con el analista.

Entonces: momento dos de la transferencia, pero… sin abandonar o superar el uno, pues la cigarra, sus practicantes, siguen cumpliendo su función de soldados de la defensa, aunque más porosos.

El sueño de…transferencia: momento tres

El primer punto que queremos acentuar es lo excepcional de que un parlêtre autista sueñe[23]: el sueño como formación del inconsciente implica una renuncia en acto a ser amo del lenguaje, posición defensiva del autista que logra hablar, por lo que este sueño tiene un valor fundamental para leer en él posición o posiciones de goce.

El segundo punto a subrayar es que en el sueño se presentan tres elementos que no tienen antecedentes en la "realidad" del soñante. No se trata entonces de una simple reproducción imaginaria de lo acontecido, sino de una invención del propio parlêtre. Slatopolslky se pregunta pertinentemente, yendo al hueso del asunto: ¿Es posible considerar que haya en juego un "hacerse tocar"? Y aunque aclara que no puede tratarse del "hacerse" propio de la pulsión, igualmente queda en pie el enigma de lo que sostiene soñar que la defensa desaparezca y quedar a merced de ser tocado. Es algo que hubiera debido despertarlo o "abrirle un ciclo" y no fue así, ni siquiera en el sueño mismo (no es entonces simple caída de la defensa, sino consentimiento del sujeto a su caída). Lo que sí lo despierta es la irrupción del goce...de la defensa.

Tercero: no debemos perder de vista que esta invención implica un gran paso de lo que podríamos llamar en términos amplios y neológicos, escrituración: de la presencia real del goce y la defensa a su traducción imaginaria, incluyendo la posibilidad de la desaparición de su signo!
Cuarto: sueña con distintos elementos de la cigarra! Creemos que esto confirma en otro nivel de la estructura (¿otro nivel de escritura?) el ya instalado autismo de transferencia, a la vez que muestra la complejidad de su composición.

De estos cuatro puntos extraemos una conclusión:
El sueño supone un salto en su posición: de lo real a la invención imaginaria, de la cigarra presente a la cigarra signo, de amo del lenguaje a su renuncia, y de la defensa sostenida y limpia de goce, a poder ser tocado y localizar un goce en la imagen misma de la defensa. Es lo que Slatoposlky llama "progreso en la cura": goces que ya no puede negar –de nuevo, en acto-. Es cierto que su yo no asume la responsabilidad de ese goce, pero debemos preguntarnos si el sueño no es un mejor modo de responsabilidad, pues justamente es producto de su posición inconsciente.

Nos parece que es el momento dos de la transferencia lo que prepara el terreno de este sueño. Si hacemos de él un acto del parlêtre, debemos considerar que se produce en relación a lo que ya estaba. Ya estaba en juego un deseo de ir más allá de la defensa, de intentar o aceptar un goce nuevo…pero

no se realizaba (la chica, Gustavo). El sueño sí lo hace y ya no es el mismo luego de eso, aún con su posterior retroceso propio de todo acto.

Y algo que quedó al margen pero no debemos olvidar: el relato del sueño –respondiendo a la demanda del coordinador (otro casillero vacío!) ¿no es también un modo de realizar un vaciamiento del goce presente…en el sueño mismo?

Problema final: cuarto momento?

Compartimos con Slatopolsky su lectura del último movimiento de Gastón: localización de goce en el dispositivo mismo, o sea en esa oferta de casillero vacío que La cigarra le hace, usándolo para una nueva invención: la articulación de los Unos y el "vacío". Pero no debemos pasar por alto rápidamente esta idea, pues sus conclusiones son asombrosas en relación a la doctrina actual del autismo: la iteración estaría al servicio de producir un agujero…en el Otro, con el orden que este mismo Otro le provee. O al revés, la iteración encuentra un límite en la invención del vacío.
¿Es causa de lo que sucede con la defensa ante la posibilidad de ser tocado? Permanece pero bastante más porosa: cuando en este momento Gastón le pregunta a una analista si ella lo había tocado, ésta le contesta: "no sé, no me dí cuenta"[24], no saber aceptado esta vez, y que al principio de su recorrido lo hubiera sumergido en la angustia, llegando incluso a "abrir el ciclo".

Esta invención parece agujerear al Otro de un nuevo modo, y por lo tanto debemos considerar la posibilidad de que se trate de un nuevo momento de la transferencia: donde surge en el parlêtre un deseo decidido de sustituir la defensa primera.

Conclusiones

El caso Gastón nos ha permitido ubicar varias cuestiones:
Existen al menos tres posiciones de goce propias del parlêtre autista, que coexisten y que se contraponen entre sí.

Estas posiciones no son necesariamente estáticas sino que por el contrario, permiten cambios y movimientos que el psicoanálisis debe suponer producidos por sucesivas elecciones éticas realizadas por el parlêtre[25], las que permitirían explicar la dinámica de los análisis y las grandes diferencias al interior del espectro autista. Sumamos así un nuevo problema: ¿cuál sería el elemento de la estructura autista que permitiría dicha elección ética?[26]

1) No se pueden considerar estos movimientos sólo en términos de las posiciones de goce que señalábamos antes, sino que también hay que tener en cuenta lo que denominamos provisoriamente "vía de la escrituración": tanto en la defensa como en su más allá, el parlêtre va sustituyendo las superficies de inscripción y/o el material (las letras!) con las que construye sus invenciones. El desarrollo de este punto (que mencionamos varias veces) excede los alcances de este artículo, prometemos hacerlo en otro.

Para responder la pregunta surgida al final del punto 2, recurriremos a una propuesta de Slatopolsky[27]: el juego del senku y su falta central para ilustrar la inscripción del S(A barrado) en la neurosis, y la simbolización y el deseo que posibilita. En el caso de la psicosis, podríamos ubicar allí el significante del DM: hay inscripción del deseo del Otro pero no de su significación fálica. Pero, ¿en el caso del autismo? Proponemos considerar la existencia de una falta homóloga, la que podríamos llamar –a falta de un nombre mejor-: voluntad de vacío o de agujero, que implicaría no solo la posibilidad de pasar de una posición de goce a otra, sino también la de permitir o causar una pérdida de goce que permitiría pasar de una letra a otra, y fundamentalmente, la posibilidad de enlace con otro cuerpo, o sea: la transferencia!

Postulada esta estructura cuatripartita, ¿qué fórmula de la transferencia podemos extraer de ella y su encuentro con el deseo del analista?

Veamos:
1) el analista encarnando la defensa (al modo de la neurosis de transferencia o del sinthome), primera manera de respetar su singularidad. Debemos resaltar que aceptar formar parte de la defensa sorprendentemente ya la agujerea.

2) el analista ofreciéndose como superficie de extracción del goce, lo que implica una pérdida en el mismo parlêtre (al modo de los diagramas de Venn que Lacan nos propone en el Seminario 11, donde la intersección del Otro y del sujeto es la pérdida del objeto que se produce entre ambos[28]).

3) el analista presentificando un agujero que hace eco en esa "voluntad de vacío o agujero" ya existente en la estructura autista (al modo del deseo del analista convocando el deseo del sujeto[29]).

Las tres son necesarias p

ara ofrecer la posibilidad de una elección nueva en el parlêtre autista: situar al analista como parte de la defensa, que lejos de reducirlo a "lo mismo" y consolidar la indiferencia del autista hacia el otro, lo hace sensible al agujero que éste le ofrece, lo que le permite establecer un lazo absolutamente singular, causa del surgimiento del amor de transferencia autista, paradójicamente equivalente al amor real.

¿Cuál sería la diferencia entre defensa y nueva defensa? Laurent lo plantea en términos de ampliación[30] del borde, lo que permite la inclusión de nuevos objetos, personas y espacios. Nosotros agregamos: también podríamos leer esa diferencia entre defensas en términos de consistencia de su escritura, de capacidad de agujereamiento de los registros, y de aproximación a la singularidad.

Llegados a este punto, se nos presentan dos problemas: uno, la necesidad de una argumentación más extensa para algunas afirmaciones que hicimos a lo largo de este artículo, y dos, si esta formulación de la estructura y la transferencia autista se puede extender del tipo de casos que analizamos aquí a todas las heteróclitas posiciones subjetivas del espectro autista[31]. Sospechamos que sí, pero hay que comprobarlo!

seijasr@yahoo.com

Referencias

1 El título y tema del Seminario de Posgrado de este año (2019) que realizamos junto a Gustavo Slatopolsky en La cigarra fue "La transferencia en el autismo". Debo suponer que la evidente inversión será explicada en la editorial de la revista. Muchas de las preguntas y de las ideas de este artículo son tributarias del trabajo en conjunto realizado allí, tanto con mis compañeros docentes como con los alumnos.
2 Ricci, Bruno. "Un agujero en el tiempo". Revista Digital Entreunos No4, Octubre 2019
3 Blanco, Grela. "Prohibido tocar". Revista Digital Entreunos No4, Octubre 2019
4 Slatopolsky, G. "De la apertura del ciclo a la producción de un vacío". Revista Digital Entreunos No4, Octubre 2019.
5 Lacan, J.[1964] El Seminario, Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1993, Ed.Paidós, Buenos Aires, Argentina
6 Lacan, J. "La Tercera". En Intervenciones y textos II, 2007, Ed.Manantial, Buenos Aires, Argentina//Arenas, G. Pasos hacia una economía de los goces, 2018, Ed.Grama, Olivos, Argentina.
7 Arenas, G. En busca de lo singular, 2010, Ed.Grama. Olivos, Argentina.
8 Laurent, Eric. La batalla del autismo, 2013, Ed.Grama, Olivos, Argentina.
9 Maleval, JC. "Pluralidad de la transferencia del autista". En Revista El psicoanálisis, No32, abril 2018, pp211-213.
10 Laurent, Eric. La batalla del autismo, op.cit
11 Laurent, Eric. La batalla del autismo, op.cit
12 Slatopolsky, Gustavo. "De la apertura del ciclo…",op.cit
13 Slatopolsky, Gustavo. "De la apertura del ciclo…", op.cit
14 Blanco, Grela. "Prohibido tocar", op.cit.
15 Freud, Sigmund. "Recordar, repetir y reelaborar" (1914), Obras completas, Amorrortu, vol XII, Buenos Aires, 1995, p. 156.
16 Lacan, J. "Pienso que, efectivamente, el psicoanalista no puede concebirse de otro modo que como un sínthoma. No es el psicoanálisis lo que es un sínthoma, ¡es el psicoanalista!" Clase 10, 13 de abril de 1976. (El Seminario, Libro 23, Paidós, Buenos Aires).
17 Lo de invasivo (lectura de los sujetos autistas que alcanzan el lenguaje) es equívoco: nosotros debemos leerlo como el encuentro con lo más extranjero del goce del mismo parlêtre.
18 Maleval, JC. Conferencia: "Sobre la estructura autística". 12 de agosto de 2017. Inédita. En : http://www.radiolacan.com/es/topic/1029/3
19 Nos referimos a que se constituyen los objetos pulsionales de una manera singular, con cierta inconsistencia y rigidez, constitución que deducimos en el funcionamiento relativamente "normal" de los agujeros del cuerpo.
20 Ponemos "casi" pues aunque las consecuencias de la irrupcion de este goce parecen devastadoras en cuanto a lo simbólico y lo imaginario del parlêtre, nunca el desplome parece ser total pues siempre permanece un punto de resistencia, de búsqueda de retorno a la defensa y por lo tanto de vaciamiento de ese goce, notable en el caso

Gastón al no perder la capacidad de nombrar lo que sucede como “se abrió un ciclo” y “tengo que cerrar el ciclo”.

21 Ricci, Bruno. “Un agujero en el tiempo”, op.cit

22 Holvoet, D. “Agrafou”. En Revista El Psicoanálisis No32, abril 2018, pp209-210. “Así es como concibo la transferencia en el trabajo con el niño autista. Una tentativa de extraer un objeto, un significante que podrá hacer un agujero en el Otro para que un sujeto pueda encontrar allí refugio”. Citado por Slatopolsky en “De la apertura del ciclo…”, op.cit.

23 Slatopolsky lo dice: “¿Cuál es la gran novedad que aporta el sueño? Que se sueña”

24 Testimonio de una analista practicante de la cigarra en el intercambio producido en una de las clases del Posgrado.

25 No nos referimos a la elección ética que está en el fundamento de la estructura (“la insondable decisión del ser”), por ejemplo, la forclusión del agujero, sino las que suceden a su sombra.

26 Seijas, Ricardo. La división del parlêtre autista. Presentado en las Jornadas Nacionales de Carteles XXVII, EOL, 2018.

27 Slatopolsky, G. Clase del 4 de septiembre del 2019. Posgrado “La transferencia en el autismo”, la cigarra, CSMNo1, GCBA. Inédita

28 Lacan, J. El Seminario, Libro 11…, op.cit.

29 Lacan, J. El Seminario, Libro 11…, op.cit.

30 Laurent, E. La batalla del autismo, op.cit

31 Maleval, JC. “Pluralidad de la transferencia del autista”. En Revista El psicoanálisis, No32, abril 2018, pp211-213, op.cit.



LO COLECTIVO



ANTIDOTE - MARTIN REYNA - 2018

Cartografía[1] de una escritura salvaje.

Gisele Scacchi & Pablo Dymant

Antonio ingresa al taller[1] abruptamente, siempre provisto de su mochila y su campera, objetos de los que no se desprende salvo en excepcionales ocasiones[2]. Sin prestar demasiada atención al entorno, a paso firme, se dirige al primer asiento que encuentra vacío; se acomoda, y luego de breves instantes de silencio, comienza a proferir continuamente y con vehemencia una serie de frases o enunciados: "SOYUNTONTO", "SOYUNZOPENCO", "SOYUNIDIOTA", "SOY UN INÚTIL", "SOYUNBUENOPARANADA". Esto se repite encuentro tras encuentro, momento en el que, no sin angustia, Antonio se muestra impermeable a todo intercambio con el partenaire.

Esta coyuntura contrasta con el modo en que habitualmente Antonio permanece en el taller, donde su relación al Otro se manifiesta signada por la alternancia entre largos períodos de mutismo con momentos en que, recurriendo a una entonación monocorde, nos dirige alguna pregunta o comentario[3]. En otras ocasiones, la palabra puede cobrar valor por la vía de un doble, encarnando a algún superhéroe que le permite acceder a una enunciación diferida. Bajo estas coordenadas la retención de la Voz parece estar a la orden del día, lo que pondría en imagen un rechazo a servirse del significante como aparato para cifrar el goce (Maleval, J. C, 2011, p. 229).

Desde el taller improvisamos un tratamiento de estas frases que trae e invitamos a Antonio a escribirlas en el pizarrón. Cosa que acepta de inmediato.

Escribe sus frases utilizando correctamente la mayoría de las letras de cada palabra (puede que se saltee algunas o que se confunda otras), eventualmente espera a que un coordinador lo ayude dictándole las letras, ingresando en un nuevo interjuego con el Otro. Y si bien Antonio continúa rechazando participar de las consignas formales del taller, el apaciguamiento es manifiesto.

En sus frases volcadas en el plano del pizarrón encontramos significantes que se aglutinan, sin intervalos. Nos hallamos nuevamente bajo el primado del signo, del S1 sólo que no arma cadena. Se trata de una escritura *"salvaje"*, desabonada de la significación fálica.

Por otra parte, es notable que todas estas escrituras culminen con el dibujo de un emoji *carita enojada* que parece oficiar como una suerte de punto de detención.

Ante la presentificación angustiante del objeto del goce vocal (Maleval, J. C, 2011, p. 224), lo que la insistencia de estas frases pondría en evidencia es que ningún significante le alcanza para tratar ese real indócil. Fenómeno clínico que consideramos como un intento de inscripción fallido en que el sujeto no cesa de [no] desembarazarse de un goce desregulado. Al decir de Laurent: "El Uno se repite pero sin conseguir tratar la proliferación de los equívocos reales de lalengua" (Laurent, 2013, pág. 108).

Evidentemente, estos S1 que se recortan del zumbido de lalengua y que toman en este caso el sesgo de una sinonimia que se dispara al infinito, adquieren para Antonio un peso muy particular.

Con todo, Antonio nos permite verificar que el rechazo a cifrar el goce por el significante no le impide a un sujeto poder servirse de la escritura a modo de borde; procediendo a una extracción momentánea del objeto del goce vocal, captándolo ahora en una red de signos: las letras del alfabeto y los emojis. Esta operación conlleva efectos apaciguadores y dinamizantes, en tanto pone en marcha cierto reordenamiento pulsional y una marcada animación subjetiva: Antonio abandona el aislamiento, escribe, lee, tolera mejor la proximidad del Otro.

Desde entonces, consideramos que la escritura se erige como una vía apta para maniobrar en el senti-

1 Taller "Doble a medida" es un dispositivo de *la cigarra* que inventamos a partir de objetos [disfraces], de palabras [de demandas tolerables, y diálogos posibles], y de escrituras; donde el clínico encuentra su lugar como partenaire y secretario [del niño autista o psicótico], acompañando a cada cual en su búsqueda infatigable por arreglárselas con un goce desregulado.

2 Por ejemplo cuando algún interviniente se lo sugiere o solicita.

3 A modo de ejemplos: "Estoy resfriado", suelta luego de estornudar repetidas veces. O bien, dirigiéndose al coordinador, siempre sin mirarlo, le pregunta: "¿Pedro, puedo comprarme un traje de hombre araña?".

do de la localización del goce desregulado sin dejar de considerar la posibilidad de un lazo novedoso con el Otro.

No sin el taller, no sin el partenaire

No podemos dejar de mencionar que en gran medida este taller fue pensado a partir de nuestras preguntas sobre la dinámica libidinal en este paciente. Y que en los primeros tiempos supo servirse del mismo para encarnar una serie de dobles, lo que en su momento le permitiera, no sólo anclar un punto diferido de enunciación, sino también registrar las ausencias de sus compañeros y manifestarse afectado por ello[4].

Todo esto nos conduce inevitablemente a seguir interrogando este viraje en torno a sus usos del taller. ¿Acaso aquellos dobles a los que solía recurrir de tan buen grado ya no le alcanzan para tratar lo real que irrumpe y para animarse libidinalmente?

Taller tras taller, Antonio nos enseña acerca de lo que el objeto voz puede comportar como carga de real que no se deja domesticar por el significante. De todos modos, la puesta en marcha de esta nueva articulación entre el goce y el Otro por medio de la escritura no deja de abrir nuevas posibilidades.

Se tratará entonces de acompañar y sostener al sujeto en sus diversas construcciones e invenciones, siempre singulares, por más mínimas que parezcan, ya que son el resultado de una lucha infatigable por hacer alto a un goce no regulado y muy a menudo angustiante.

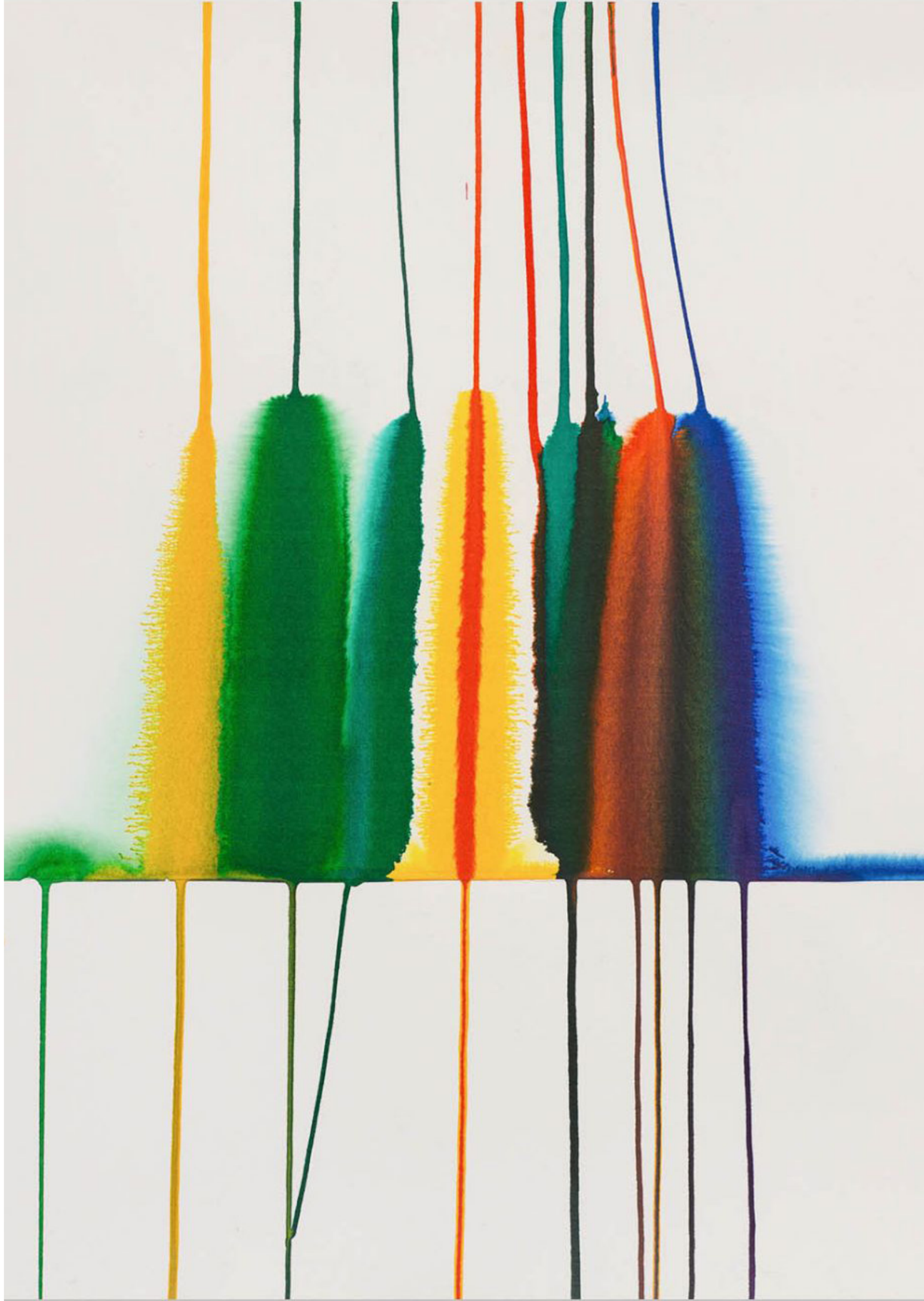
Nuestro lugar como partenaires se inscribe así en lo que podríamos considerar una clínica Troyana, dado que únicamente abriéndonos paso hacia su mundo resguardado, articulándonos a un Otro menos amenazante (Laurent, 2013, pág. 84), podremos franquear las defensas del sujeto y, sólo a partir de allí, comenzar a producir intercambios significativos. Siempre con miras a la localización del goce y a la extensión del borde, e intentando aproximar al sujeto, cada vez, un poquito más al lazo.

pablodymant@hotmail.com
giselemarisol@gmail.com

Bibliografía

Maleval, J.C. [2011] “El autista y su voz”, 2011, Gredos, Madrid.
Capra, F. [1998] “La trama de la vida”, 1998, Anagrama, Barcelona.
Laurent, É. [2013] “La batalla del autismo”, 2013 Grama, Buenos Aires.
Slatopolsky, G. “Consentir un cuerpo en el autismo”. *Revista Virtualia [en línea]*. Consultado en: http://www.revistavirtualia.com/articulos/810/dossier-autismo/consentir-un-cuerpo-en-el-autismo

4 G. Slatopolsky, Slatopolsky,G. “Consentir un cuerpo en el autismo”. *Revista Virtualia [en línea]*. Consultado en: http://www.revistavirtualia.com/articulos/810/dossier-autismo/consentir-un-cuerpo-en-el-autismo





emeieme

Gustavo Slatopolsky

El trabajo que sigue fue escrito originalmente para las jornadas de *la cigarra* 2018. Allí se buscaba dar cuenta de una orientación experimental nunca antes imaginada en nuestros talleres. La idea surge de una interrogación a tres bandas:

Los desarrollos del cognitivismo en torno a la adquisición del habla que consideran al autismo como un trastorno en el procesamiento de los datos que le llegan

El trabajo en el posgrado de *la cigarra* 2018 sobre el testimonio de Donna Williams.

La pregunta acerca de si a partir del trabajo sobre los dos ejes anteriores pudiésemos diseñar un taller que, extrayendo las consecuencias que allí pudiesen leerse, permitieran articularlas desde la enunciación que le es propia a *la cigarra*, a saber, el Psicoanálisis.

La premisa fuerte en cuestión puede resumirse más o menos así: D. Williams objeta la idea que supone sordera en el niño que no responde a la demanda. Frente a ello testimonia a partir de su experiencia de quedar invadida a causa de la emisión vocal del otro sin poder imaginar o suponer que dicha emisión vocal se compone de sintagmas recortados que orientan alguna significación que se le dirige. Dicho de manera más sencilla, no imagina que el otro busque decir algo. Las palabras pronunciadas, que todavía no son tales ya que solo irrumpen como masa sonora masificada, no transmiten mensaje alguno. Es con esta condición de palabra recortada de toda referencia que el cognitivismo se lanza hacia una construcción que busca ligar la emisión a un soporte concreto, ya en la realidad, ya en la imagen, desde una posición de amo que en más de una oportunidad deviene goce sádico en quien lo arbitra. Sin embargo, de la lectura de sus prácticas y de testimonios de algunas personas con autismo, no es posible no reconocer efectos que en muchas ocasiones permiten disponer a los niños del habla como modo de comunicarse con el mundo.

La cigarra se orienta desde otra posición ética. Supone un sujeto en la respuesta muda y un orden de solución en ese rechazo a entrar en contacto. La pregunta que surgía de la lectura conjunta del testimonio de Donna y de los manuales cognitivos era si, frente a esa modalidad de perturbar la defensa de manera cruda e irresponsable pero en las que puede leerse, en ocasiones, la consecuencia de conectar el sujeto a la palabra - desatendiendo y desentendiéndose de los efectos de la intrusión – , fuese posible pensar una modalidad de perturbación que convocase al sujeto de manera firme al tiempo que reconociese aquello en lo que se soporta el rechazo al Otro su invención más lograda. Es decir, si desde una posición analítica pudiese objetarse con insistencia la solución alcanzada esperando el sujeto en otro lugar posible a partir de hacer valer de un modo distinto aquello que reconocemos como valor en el cognitivismo: el soporte del referente en la realidad que facilite la asunción de una significación vehiculizada en la emisión vocal.

Para ello pensamos un trabajo localizado en un taller específico para jóvenes autistas que permitiese probar los alcances y eficacia en una novedad al respecto de lo hecho hasta aquí en los talleres de *la cigarra*.

M

En espacios colectivos no se le conoce iniciativa propia en nada. M solo responde cuando se le demanda y en general replica la última palabra que acaba de escuchar como si se tratase de lo que elige. Siempre acepta. Podemos decir que ese es un gran problema: jamás ha dicho que no.

¿Conoce el sentido de “no”? ¿entiende lo que se le demanda? Es una primera pregunta que surge de la conjunción de ambas lecturas. Williams refiere que la confusión de considerar sordo al autista en la infancia surge de no considerar que se pueda ser sordo simplemente al sentido. *Uno no queda privado del sonido sino del sentido,* aclara. Esto es, las palabras no se diferencian del sonido ambiente, no son portadoras de significación y por ende, no vehiculizan deseo alguno desde donde son proferidas.

Desde ya, la experimentación que se hace lugar en el taller no desconoce la implicancia subjetiva de una posición que pudiese no comprender el sentido de un “no”; pero es preciso desde el Psicoanálisis atender la consideración de una sordera al sentido para plasmar escenarios en los que la circulación de la significación permita una tramitación de la misma. Por ejemplo, en el taller *Magia*, una vez que el

perro desaparece dentro de la bolsa le resulta muy difícil establecer si ahora *está o no está*. Es notable la ausencia de la puesta en forma de la mirada para dirimir la presencia o ausencia. Solo se orienta al palpar la bolsa, de modo que el velo que lo torna ausente al restarlo de la vista no funciona: siempre es posible tocarlo (aunque no pueda verse) y por ello siempre está[1]. Es sobre esa presencia perpetua y sus consecuencias sobre lo que el cognitivismo nada puede establecer.

II

En el nuevo taller M está solo con otro joven junto a dos coordinadores. Sobre la mesa dos láminas con varios animales.

Cuando se le pregunta a M donde está el león lo busca y lo señala; cuando se le pide el loro, lo busca en la lámina, no lo encuentra y concluye *no está*.
Primera conclusión: M dispone del "no" para localizar la ausencia pero para poder hacer uso del mismo necesita que la presencia real de la ausencia se soporte en una imagen donde eso *falte*. Lo notable es que M busca *animadamente* en la lámina y concluye que no está. Allí M se orienta.

Segunda conclusión: cuando el perro desaparecía dentro de la bolsa en el truco de magia, M perdía la referencia espacial que sostiene de manera frágil signo y referente y entonces ya no entendía *adónde* ni *qué* debía buscar. El soporte de la lámina designa el lugar adonde buscar. M es menos sordo al sentido que necesitado de sostén imaginario para orientarse en una palabra que no se despega del referente. Se precisa de un soporte real-imaginario presente en la realidad para poder connotar su ausencia. La ausencia solo es simbolizable como presencia de ausencia *en imagen*. Se necesita una marca en el espacio que dé cuenta que algo ya no está, que ahí donde debiera buscarse ha quedado vacío. Sería un milagro llegar a nombra allí que eso *falta*.

III

M sabe escribir su nombre. En el taller nos servimos también de la palabra escrita. Le escribo mi nombre para que lo copie; lo hace sin dificultad y lo repetimos. Giramos la hoja y mi nombre ya no está a la vista. Le pido que lo escriba y M va a buscar en el reverso de la hoja como estaba escrito. Es decir, no solo *no- está* es operatorio sino que existe aquél lugar desde donde es posible recuperar lo que no está a la vista. M vuelve porque se sostiene la huella y por primera vez - ¡por iniciativa propia!- el sujeto se soporta de una primera articulación: la palabra por escribir/la palabra ya escrita *en otro espacio*.

El animal que más le gusta a M es el mono y disfruta de imitar su sonido. Mientras vamos escribiendo la palabra "mono" voy leyendo en voz alta las sílabas a medida que avanza la palabra en la hoja: MO-NO. M lo toma o lo copia (ya hemos dicho que siempre queda colgado de la última palabra del otro. Lo escribe y lo va leyendo por sílabas igual que yo lo hacía).

En otro momento se le pide que dibuje un mono. Mientras realiza el dibujo va leyendo en voz alta de modo silábico como si lo estuviese escribiendo. La primera sílaba se alarga casi todo el dibujo para dar lugar al NO que cierra la palabra con el trazo con el que concluye el dibujo.

IV

El desafío es mayúsculo. Del deslinde que nos ha permitido la conjunción de ambas lecturas resulta una eficacia nueva y una relectura de lo hecho hasta aquí. Estos jóvenes se orientan en los talleres colectivos de *la cigarra* pero se orientan mejor cuando se hace lugar a la sordera de sentido en un taller específico y más pequeño, con menos niños que los que suelen circular en los otros. El desafío se cifra en absorber esa sordera sin ponerla a la cuenta de la esperanza en la neurociencia.

Un primer efecto "derrame": ahora en el taller de magia, antes de que M deposite el perro en la bolsa y quede perdido (M), colocamos al perro sobre la mesa junto con una tortuga y un dinosaurio. Le pido que cierre los ojos y retiro uno de los muñecos. Cuando le pregunto por el perro mira el lugar de la mesa que ha quedado vacío y puede responder sin mayores inconvenientes "no está". Repito esto mismo con cada uno de los animales. Es notable cuanto más animado participa cuando puede orientarse en el espacio con la ausencia.
¿Es cognitivismo disfrazado de "políticamente correcto" lo que hacemos en *emeieme*? ¿Dónde se ubica la diferencia que aportaría la posición analítica?

1 "Mágica verdad", en entreUnos 2 "(B)autismos"

No estaba claro en los comienzos. Simplemente estábamos impactados en la lectura sin saber qué hacer y convencidos al mismo tiempo que algo era necesario inventar. En rigor, la diferencia se puso en claro dilucidando lo que ya nos encontrábamos haciendo[2]: frente a una demanda que no deja respiro – "dibujá, escribí", nueva e impensable hasta hace poco en *la cigarra* – lo que *no hay* es una respuesta esperada conforme al código; es decir lo que se convoca de manera incesante es el sujeto en *una* respuesta y no *La* respuesta. No se corrige; no se trata de un curso para aprender hablar o escribir. Se toma lo que viene y se sigue a partir de lo que acaba de producirse. Y estamos alertas en cuando retroceder o interrumpir, allí donde la demanda lejos de dar lugar, se torna intrusiva por intolerable.

Una respuesta es cualquiera; importa que hace lugar a la cesión del objeto en cada responder.
Los jóvenes que participan de *emeieme* circulan más despiertos ahora en los otros talleres de *la cigarra*. Y los talleres se dejan tomar por lo que enseña emeieme: la palabra que se les dirige ahora muchas veces se acompaña de referentes "a la mano".

El encuentro con la posibilidad de producir un cierre en el dibujo del mono a partir de una *lectura* – MO/NO – abre a la pregunta acerca de si se trata aquí de una incidencia de la letra - por fuera de su inscripción – que opere de invención: escribir con letras una imagen de mono produciendo una nueva estabilidad en la imagen.

Estamos muy lejos aún de saber cómo leer lo acontecido.

2 Esta clave de la lectura pertenece a Francisco Cabanillas, con quien comparto la coordinación del taller

EL CASO

SANS TITRE - MARTIN REYNA - 2017

Escribir con flor.

Martina Ciccheti

La primeras sesiones con B. fueron de puro movimiento. Lo tomaba de la mano, "sin correr" insistía, punto en el que B se detenía e iniciaba la caminata. Encontramos lugares de interés, el patio, una pelota, bloques con que B armaba pistolas, me apuntaba, ubicándome en la trayectoria de su mira y disparaba, pum, pum. Al caer, comenzaba con una risa que estremecía el cuerpo. La oferta de un blanco dibujado permitió inscribir los tiros en otro lugar, en una superficie en la cual podíamos hacer marcas. Luego vinieron las vacaciones y algo cambió, ese circuito conocido ya no estaba. La etapa del movimiento incesante se reinstaló con una presencia plena. ¿Qué de lo propio se juega en cada encuentro con el otro?, ¿con qué mascarada nos relacionamos?, o no.

Al verme, cuando llega a *la cigarra* se da vuelta y le pide el celular a la madre "eua", y haciendo el gesto de un teclado en su mano. Vale aclarar que la oferta de un celular tampoco parece localizar un hacer. Un día, estando en un taller escucho la voz de B., al ir a su encuentro todo fue desborde, llantos, corridas, alaridos. Los gritos y sacudidas iban en aumento.

La clínica con el autismo nos lleva a estos límites donde todo el ser puede ponerse en juego en cada encuentro, fundamentalmente los propios. "No hacer callar la singularidad del sujeto" es una frase que me resuena ¿Cómo vaciar de voz los alaridos que se presentificaban cada vez? ¿Cómo crear un dos frente al Uno del autismo? Las vacaciones evidenciaron que no hay objeto donde localizar en la ausencia, entonces ¿qué era su analista antes de las vacaciones? La lectura de lo que estuvo en juego es una puesta en acto de la transferencia.

Juguetes para B.

Volver a ofertar una bolsa con objetos: bloques, muñecos, lápices, hojas, autos, pelotas, permitió una nueva orientación en el trabajo con B. Las intervenciones precipitaron desde dos lugares, un trabajo con la madre sobre los espacios que transita B. y por el otro un encuentro paulatino con estos objetos que posibilitaron la entrada al consultorio, recortando un espacio.

La primera consecuencia clínica fue un esfuerzo por comunicarse, "ahi", "así", "acá", de un modo imperativo me dirige palabras que buscan un resultado, cuando no logro interpretarlo se enoja e insiste, pero sostiene el momento. Un día B. trae un juego de mesa de su casa, un juego que tiene la particularidad que busca la regulación del movimiento. Al momento de armarlo me dirigía sobre como hacerlo, ante mi ignorancia y mi falta de comprensión me mira y dice "mamá", le pregunto si quiere buscar a la mamá, "sí", fue su respuesta y salimos del consultorio en busca de quien nos traduzca el armado de ese objeto- juego. Ser un otro prestador de una cavidad que permita la construcción de un lugar que localice, un lugar donde apuntar con el cuerpo a un otro.

Flores para M.

Sesión a sesión B. trae flores, de diversos colores, tamaños, chamuscadas en su bolsillo las trae y me las entrega. Flores que deja en sesión cada vez. Ahora recorremos el centro de salud buscando ese objeto para cortar y entregar. "El clínico constata que cuando una cura es conducida sin ideas preconcebidas acerca de la función de los objetos, confiando en las construcciones de los sujetos autistas, este se ve llevado a producir espontáneamente una localización del goce en dichos objetos, lo cual constituye una condición favorable a la instauración de un vínculo transferencial. Allí donde tenemos un retorno del goce no ya al cuerpo, sino al objeto como borde" (Maleval, 2011).

Ofertando una hoja y marcadores comenzamos a dibujarlas, B elige los colores y el orden. Comencé haciendo el contorno de la flor. Le pregunto por cómo se escribe su nombre, vez a vez entrega las sílabas mientras lo escribo, primer movimiento de nominación. Una nueva apuesta viene al encuentro, la analista deletrea su propio nombre al mismo tiempo que lo escribe. Los nombres quedan escritos en un recuadro, delimitados por un borde, a los cuales B. recurrirá cuando a partir de allí quiera dirigirse a su analista para solicitar una nueva flor. "¿Ahora cuál dibujamos?", "esta", "te toca a vos B.", es la propuesta. B. estira el marcado, haciendo un ruido, una onomatopeya. Forzando su palabra interrogo sobre a quién le toca, busca el nombre escrito de su

analista, lo señala, me nombra por primera vez y me entrega el marcador.

Gracias a la cadena significante es posible hacer una operación de lectura o su reverso de escritura, hacer de un objeto una letra. Dibujar, escribir en flor como operación de lectura, una apuesta de producir una letra como soporte del significante, que luego el parlêtre separa como posible. El cuerpo se afecta, B. ya no babea. Algo permanece, queda. Se simboliza un agujero en lo real. *Que sea la falta de la flor*, permite un juego de interpretación y una operación de lectura. Un lazo (con)sentido que permite separarse del ruido de lalengua. De la flor a su escritura, de ahí a la nominación donde se produce un objeto que permite cierto intercambio.

Pasar del objeto a la letra inaugura un nuevo tiempo de análisis. B nombra nombrando(se). El devenir significante (nombre) precipita cuando hay un sujeto que interroga, lee aquel objeto que el autista propone. Hacer del puro movimiento un signo, entrar en lalengua del parlêtre, como un punto de instauración de la transferencia que luego posibilitará franquear la defensa. En un doble movimiento, en un primer momento el analista lee lo que el parlêtre trae. Luego se revierte la función de lectura y es el parlêtre quien lee la lectura del analista propia, en un significante que lo represente. Ahora bien ¿qué es lo que se va inscribiendo paulatinamente en los cambios del parlêtre autista? ¿Qué se anota en tanto perdida de goce, o mejor dicho, redistribuyendo el goce? produciendo un truncamiento subjetivo, donde el cuerpo comienza a condensar aquello que antes no podía retener (baba), donde los nombres y las palabras comienzan a funcionar como un posible intercambio.

martinaci@hotmail.com

Notas

[1] Presentado en la jornada clínica de *la cigarra,* 2018

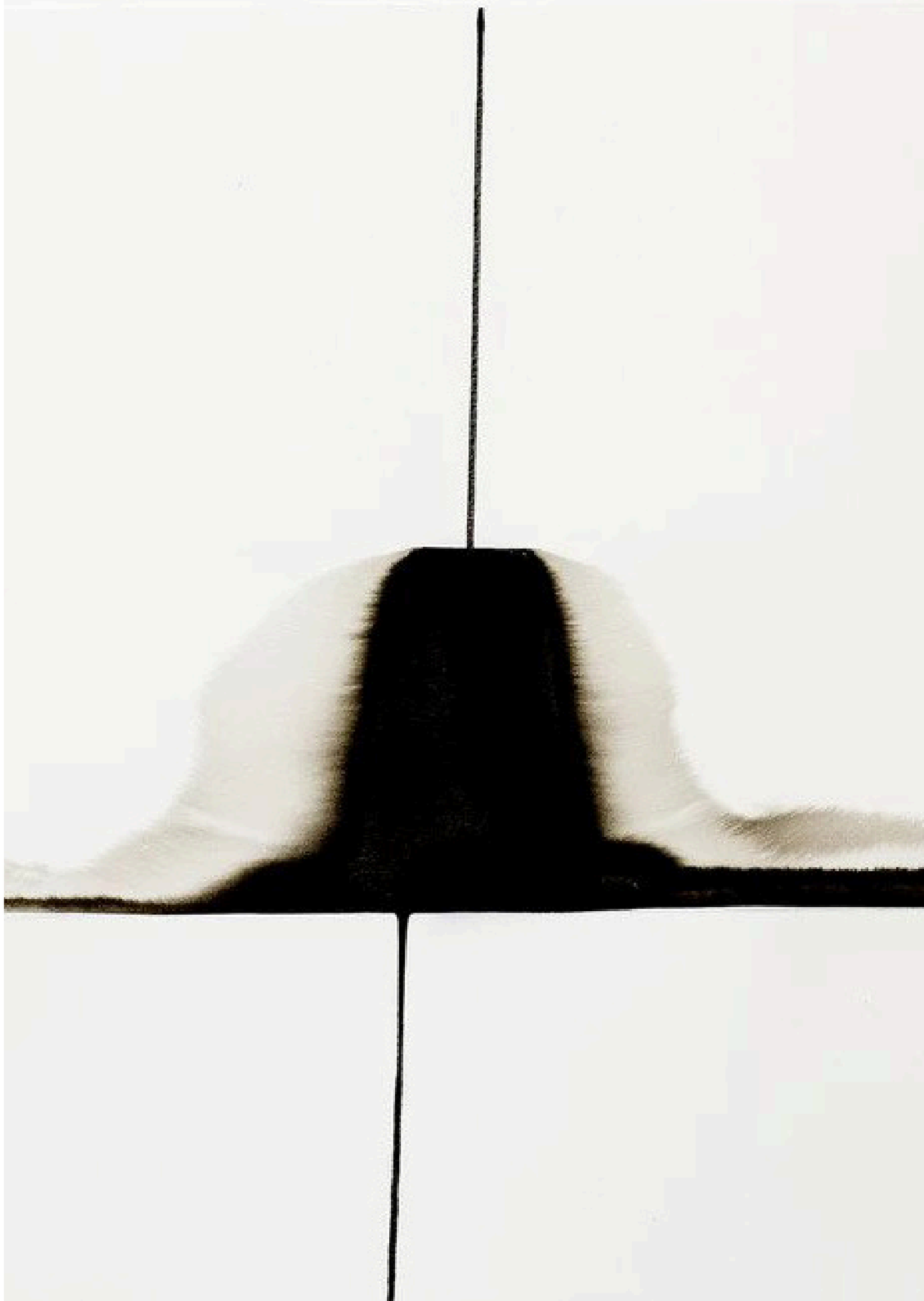
Bibliografia

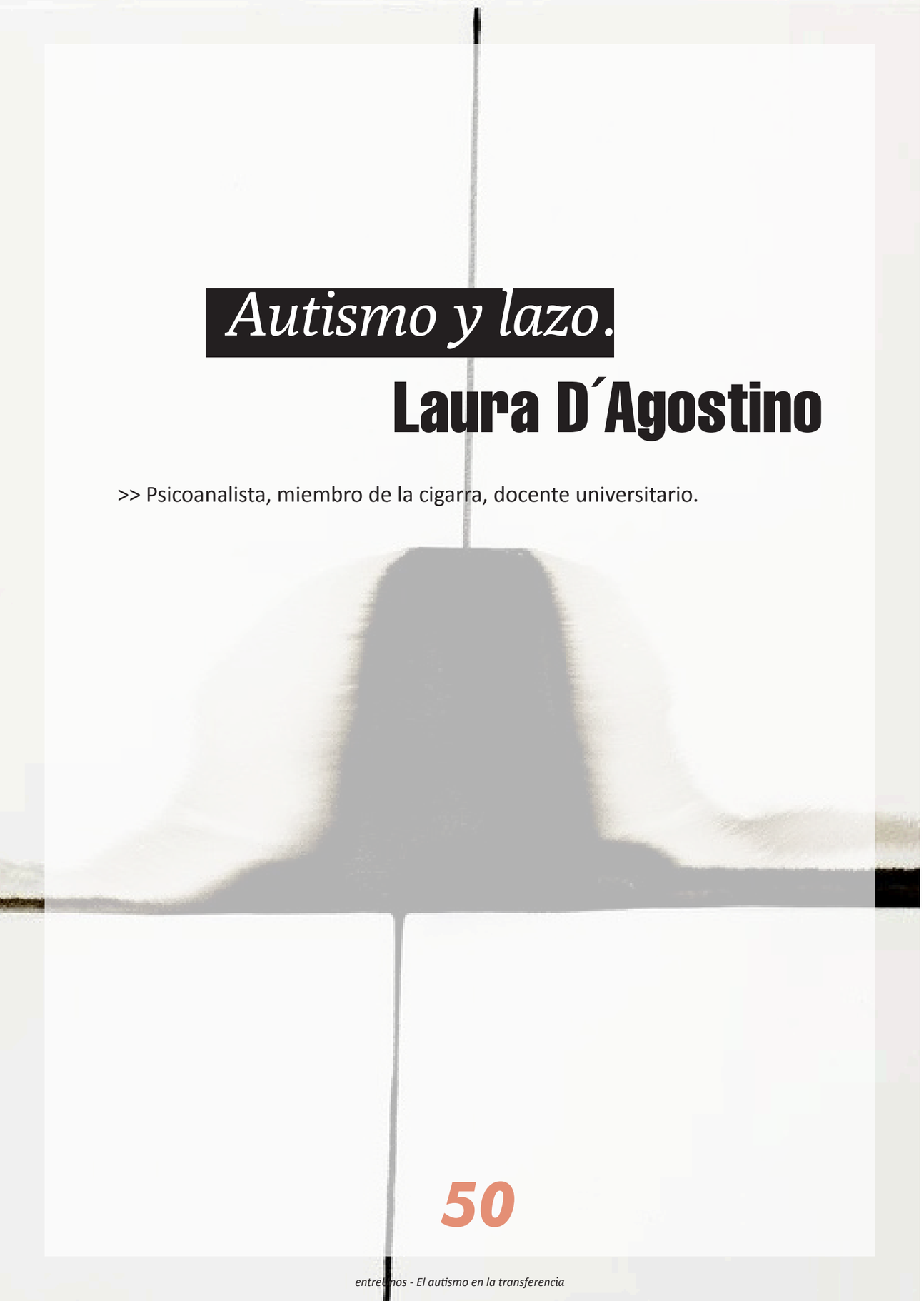
-Maleval, J.C, [2011] *El autista y su voz*, Editorial Gredos, ciudad, 2011.

-Arenas, G., *Pasos hacia una economía de los goces*, Editorial Grama, Buenos Aires, 2017

-Miller, J.A., *El hueso de un análisis*, Editorial Tres Haches, Buenos Aires, 1998

-Laurent, E., “Variedades del baño de lenguaje en el autismo”, *Estudios sobre el autismo II*, Editorial Colección Diva, Buenos Aires, 2015





Autismo y lazo.

Laura D´Agostino

>> Psicoanalista, miembro de la cigarra, docente universitario.

¿Qué uso hace Ignacio de la transferencia en cada momento de su tratamiento?

1er tiempo: De la construcción de un borde

A los 5 años Ignacio se presenta en el hospital con una seria perturbación del cuerpo y del lazo. Cuando ingresa al dispositivo precisa de la Presencia real del analista para la construcción de un borde que permita el armado del espacio analítico. Si este no se encuentra previamente en el lugar de la sesión, esperándolo, el niño pierde la referencia, no puede orientarse en el espacio ni permanecer en el consultorio .Queda perdido dando vueltas por la institución o en un rincón comiendo basura.

2do tiempo: Del Consentimiento transferencial

Una vez establecido el espacio analítico Ignacio se conecta al mundo a través de un objeto que lleva al tratamiento, un rompecabezas de una figura humana, que se constituye en su objeto autístico y con cuyas piezas produce una iteración frenética durante meses. Una intervención analítica consistente en perturbar la defensa, a través de ausentar el objeto para luego ir, junto al analista, a la búsqueda del mismo, produce efectos de importancia, tal como la ampliación del circuito autístico permitiendo la entrada de otros objetos fundamentales para él, como ser ,una muñeca de trapo de su estatura, especie de doble y los trenes.

La cuestión transferencial se ubica en el punto donde Ignacio consiente a que el analista esconda el objeto, a la desaparición del mismo y en tolerar ir junto al analista, a su búsqueda, sin pasar al acto o irse del dispositivo.

3er Tiempo: De la relación al lenguaje

Un día, teniendo 14 años, al ser llamado por su nombre, Ignacio, responde enojado: "¡Ignacio No! Nacho". A partir de ese momento el dispositivo constituye el lugar que él recorta para ser llamado de forma diferente y singular, "Nacho". Comienza aquí el tratamiento por la vía de la Nominación que le permite recortarse del goce del Otro. Se extrae de ese lugar produciendo como efecto cierta pacificación del lazo al otro y la posibilidad que algo de la demanda comience a producirse.

A los 17-20 años Nacho comienza a tomar la palabra, busca a su analista y dirigiéndose a ella por su nombre, la convoca para tener la sesión, al decirle: "L. vamos a hablar". Podríamos pensar que Nacho obtiene una posición de demanda al convocar al analista. Él ahora toma la palabra y la iniciativa invirtiendo la situación del inicio del tratamiento cuando era necesario la presencia real del analista para armar la sesión.

El lenguaje que trae Nacho, en este tiempo, está constituido por enunciados informativos, ordenados en secuencias: "El lunes 25 es paro nacional / El martes fui a la pizzería./ El miércoles fui a la escuela / El jueves la pasantía".

El analista interviene en esta etapa interrogando, estableciendo diferencias: ¿Querías ir?, ¿Te gustó? ¿Qué preferís: dulce o salado? ¿Te gusta trabajar en la pizzería o con las alfombras? Cuando él trae el lenguaje ordenado en secuencias narrativas, el analista con sus intervenciones intenta unir lo dicho al decir, al preguntarle, realiza una intromisión desde un Otro ya tolerable en transferencia.

Más adelante Nacho comienza a traer sus preocupaciones referidas a los lazos familiares y a las peleas con compañeros del colegio. "Hoy me pelee con papa y mama. / No me gusta un compañero agresivo "Se pelea, dice cosas... Estoy triste en la escuela, no quiere ir más, me asusta, No! …..no me gusta eso, L". El analista incide en la secuencia narrativa y trata de regular el lazo con el otro. Por ejemplo en las peleas con la madre.

Nombrar los afectos y resonancias en el cuerpo.

Recordemos que hacia los 14 años, tuvo lugar la Nominación donde él se nombra "Nacho" que le permite un cierto anudamiento con efectos en lo simbólico, en lo imaginario y en el goce, porque a partir de ese momento él puede armarse una imagen cambiar su semblante y vestir su cuerpo de acuerdo a sus propios gustos . Un cuerpo que se vitaliza.

Es decir, no es sin esta nominación, que él, en la actualidad puede comenzar a ubicar las sensaciones en su cuerpo al manifestar no sentirse bien o tener fiebre y dirigirlas al analista: "Tengo alergia, eso me molesta o todo el día resfriado, baja la presión, siento calor". Nacho va dando lugar a un lenguaje conectado con el afecto y comienza a nominar los estados de ánimo.

El enojo y las peleas están casi siempre en relación a su madre y a las peleas entre los padres que le preocupan mucho. Suele salir de la casa solo y sin aviso a los padres pero Nacho tiene a su favor un conocimiento muy preciso de las líneas de colectivos y trenes de la ciudad, los recorridos de estos medios de transporte, han sido desde hace tiempo, su campo de interés.

De esta manera Nacho trae varias cuestiones del cuerpo: La tristeza, el susto de la agresión del Otro, el enojo de la madre y luego el enojo propio, al decir "Mamá me pegó con un palo. Luego dice "No me gusta pegarme a mí, Noooo me gusta.! Nooooo". Mientras dice esto, comienza a levantar la voz y muestra su enojo al golpear con el puño enojado, en la mesa. Es un decir que tiene efectos en el cuerpo, que se evidencian al ponerse colorado, irritado. "Las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir" (Lacan, 1975).

Las intervenciones analíticas van en el orden de modular esa afectación e incidir en lo que va trayendo sesión tras sesión permitiendo cierta diferenciación y la posibilidad del surgimiento de la enunciación. al decir: "Me pegó mi mamá" y más tarde "No me gusta pegarme". Un dato relevante es que Nacho solía autoagredirse pegando su cabeza contra la pared o pellizcandose frente a las negativas del Otro.

Un sueño

En esta etapa del tratamiento trae un sueño por primera vez, dice: "Soñé con un gato de raza. Era blanco, negro y marrón". El analista le pregunta si tiene nombre y qué hacía el gato en el sueño. Nacho responde: "Acariciando, me gustó" y agrega que tiene dos gatos que se dejan acariciar mucho. Trae, con mayor frecuencia, su placer por acariciar a los gatos y un rasgo interesante: "los gatos se dejan acariciar". Si consideramos el acariciar como lo opuesto a pegar, entonces el contacto corporal ha oscilado del pegar- pegarse a poder acariciar. Podríamos pensar en este sueño, la "caricia" como un afecto y una expresión corporal del amor.

El abrazo

Un día, Nacho trae la novedad que abrazo a una chica. Cuando el analista le pregunta si le gustó, él responde: "De vez en cuando" y manifiesta que otras veces "da la mano o un beso". Aclara que es a una compañera amiga de su hermana y repite que es "de vez en cuando". En otras sesiones comenta que cuando el padre lo abraza "no le gusta mucho". Sabemos de lo insoportable que es el contacto corporal para el autista porque implica un atravesamiento del borde. Ahora él soporta "De vez en cuando" que el otro irrumpa en su borde cuando se deja tocar . Un contacto con el otro, dosificado.

Venir para decir…

En esta última etapa hay una satisfacción en él, al venir para decir, Nacho, ahora puede traer al análisis los afectos como la caricia, el abrazo y comenzar a nominar los afectos, lo cual le permite un anudamiento singular con efectos en el lazo.

Él trae al análisis cómo está afectado por un cuerpo cuando habla de sus afectos y los dirige al analista. Las intervenciones comienzan a girar alrededor de cómo hablarle a la madre, es decir, otro lugar desde donde hablar. El analista le presta palabras para regular el "enojo" en el intento que el sujeto pueda sustituir esas palabras por otras, produciendo un vaciamiento del "enojo", de lo "agresivo", del "pellizcarse", en transferencia que le permite, el pasaje al decir: "Gracias, Ya estoy más controlado L". Los efectos de vaciamiento posibilitan así una sustitución del goce atroz del Otro real, en los pasajes al acto, al lugar de la palabra. Por medio del tratamiento ha encontrado otras defensas y semblantes para tratar lo real, diferentes al pasaje al acto.

De esta manera, Nacho puede construir lazos estables y sostenidos con los otros y con el analista en transferencia, porque hay un borde constituido y enunciaciones que dan lugar a que sea él quien convoca al analista. También aparece el lazo amoroso en la transferencia bajo forma de agradecimiento, al decir "Gracias L, ya está… estoy mejor, más controlado, no decir más gritos, malas palabras".

lauradagostinorudich@hotmail.com

Bibliografía

-Carbonell N.: "El lugar, el lazo y el Otro. Avatares de la transferencia en el autismo", El Psicoanálisis. Lo que no se sabe de la Transferencia, Nº 32, Abril 2018, Pag.189-194
-Lacan J. [1976]: Seminario 23, El Sinthome, 2006, Paidós, Argentina
-Maleval J.C.: "Pluralidad de la transferencia en el autista" El Psicoanálisis. Lo que no se sabe de la Transferencia, Nº 32, Abril 2018, Pag.211-214
-Miller J.A., "La tentación del psicoanalista", El lugar y el lazo, Paidós, Argentina, 2013.Pag.9-25
-Soler C.: "Rectificar al Otro", Estudios sobre la Psicosis, Manantial, Argentina, Pag.21-31.

Sobre el lugar de la enunciación en el autista y su lugar en la perturbación de la defensa en la clínica del autismo.

Gustavo Slatopolsky

El caso busca interrogar la dirección de la cura en el autismo propuesta por JC Maleval. El autor, analizando la cura que lleva adelante Mira Rothenberg con Peter, concluye que la terapeuta comete "el peor de los errores que pueda cometer un terapeuta de autista, a saber, demandarle con insistencia tomar una posición de enunciación" (Maleval, 2011, p. 223)

En el caso de Peter no caben dudas al respecto. Lo que se interroga aquí es el carácter de enunciado general para toda cura. Se interrogará además si frente a determinadas coordenadas transferenciales no es justamente la presencia viva del analista lo que habilita consecuencias de vivificación en el sujeto, aún tratándose del sujeto en el autismo.

B comienza luego de un encierro de meses en su habitación; trae en su mochila los muñecos con los que se desplaza siempre.

Las sesiones pronto se encaminan en un trabajo casi mecánico: B elige un muñeco que oficia de doble que lo soporta y lo dibuja. Luego escribe el nombre del mismo. Solo habla para pedir marcadores y luego la tijera para recortar el dibujo. Lacónico, toda pregunta del analista que resulte intrusiva – casi todas – ni se molestará en responderla porque *no ha lugar*, como si nunca hubiese sido pronunciada.

Los dobles a dibujar irán cambiando pero la función permanece idéntica. Desde hace años se trata de un Power Ranger.

La eficacia en el armado de borde [1] por esta vía se consolida. Así, frente a situaciones que lo afectan es posible que se restituya el borde con el solo hecho de dibujarlo.

Hasta aquí la eficacia se revela en el armado de un borde por vía de un doble [2] en una posición subjetiva reacia a cualquier atisbo de enunciación. Ha salido del encierro en su casa y se lo nota más contento.

II

El padre de B muere en el transcurso del análisis. La madre decide no decírselo ya que hace tiempo que B no lo ve a consecuencia de una internación psiquiátrica (del padre) y, esencialmente, porque B es autista.

Ahora B está más hosco pero las sesiones siguen su curso idéntico. Desde hace ya un tiempo, al trabajo de dibujar y escribir el nombre se le suma el demandar al analista el significado de cada parte del cuerpo dibujado – como si se tratase de unidades autónomas y sin articulación - y de las palabras que acaba de escribir.

-*Gustavo, ¿qué es Jaydn?* – (el nombre que acaba de escribirle al power). Las palabras parecen haber perdido la referencia; *qué es* cada parte del cuerpo dibujado (la mínima unidad corporal alcanzada en la imagen se diluye en pedazos que se cercenan de algún lazo al sentido). Finalmente, cuando el analista restituye el lugar donde la imagen y las palabras se enlazan por el solo hecho de responderle *qué es* el nombre, qué son las piernas, los brazos, pasa a solicitar al analista las letras que le permitan escribir en otra hoja una frase de la película de los Powers que ha escuchado, siempre cargada de enunciación inquietante -"¡cómete las plantas!", por ej.-. Allí puede entenderse, cuando la interrogación pasa ahora por la significación de la frase escrita, que toda la sesión se inscribe en dar cauce a un instante de enunciación que precipita y pone en riesgo el afinado trabajo de la defensa en la identificación al doble [3] que opera el Power. El problema es que en la película el Power habla, goza y eso desestabiliza el armado. Eso se rearma una y otra vez en sesión.

La pregunta *Qué es* a veces cae en el apellido del Power. Me sirvo de ello para bordear que el apellido viene del padre: el del Power, el del analista, el suyo. Cuando le pregunto por el nombre y apellido de su padre suele responder con el de mi propio padre o irrumpe un silencio pesado que solo se atraviesa recomenzando el dibujo.

Tiempo después podrá concluir con dificultad que su padre no está, que se ha ido *"a los muertos"*.

A partir de aquí el analista hace entrar un muñeco propio, el padre del Power. A la vez siguiente, concluido el dibujo, B lo convoca: "¡Papá de Jaydn!".

El padre acude en cada sesión y Jaydn le muestra cómo entrena para convertirse en un gran samurái. Frente a la mirada atenta del padre, ya no será solamente cuestión de muñecos sino que ahora es B quien se levanta de su silla y despliega destrezas que obligan al cuerpo de B a estirarse de manera inédita alentado con fervor por el padre [4]. El analista lo

convoca a saltar más alto, levantar más alto la pierna y B responde en consonancia. Agitado, la sonrisa al mostrarle sus avances al padre son elocuentes.

Al armado del borde en el dibujo se hace lugar ahora un nuevo elemento: el padre del Power y, más específicamente, su mirada y su voz. Dice : "Mira papá, estoy entrenando. Cuando sea grande seré un samurái!".

III

La presencia de la ausencia del padre encuentra una pacificación y, como siempre, las sesiones se reiteran inmutables: dibujo, nombre, llamado al padre, el cuerpo que goza enmarcado en el trabajo de llegar a ser un samurái, la escritura de la frase de la película que perfora. Y la demanda al analista del sentido de dicha frase.

El analista parece una figura prescindible. B realiza su circuito en aparente soledad; sólo convoca al analista al momento de escribir y en el llamado al padre (que manipula el analista). Sin embargo, en esa prescindencia - que estuvo siempre – hay algo nuevo: si el analista no presta atención, ahora el dibujo tarda más en completarse; *si mira,* concluye antes.

Las preguntas sobre cada parte del cuerpo del Power insisten. Cuando pregunta por el cinturón, el analista, luego de años de sostener el circuito idéntico, le pregunta qué pasaría si se cae el pantalón; responde que se verían "los calzones"

Y qué hay debajo de los calzones?, fuerza el analista. B se pone colorado, baja la vista y con una sonrisa y una voz marcadamente diferente, afectada, responde "el pito".
¡¿El queeeeeeé?!, grita el analista, fijando la mirada sobre la suya
¡¡El pitooooooooo!!, grita desaforado, riendo .
¿Y se puede mostrar el pito?
¡¡Seeeeeeeeee!!

El inmutable circuito se renueva a partir de aquí: B está a la espera de la pregunta por el cinturón para dar cauce a la emergencia de una enunciación inédita .Un día, frente a la pregunta esperada responde "¡la poronga!". ¡Ahora son dos los signos que refieren un mismo referente!

La irrupción de "la poronga" hará entrar un "está dura" y "como una piedra". Hasta aquí llega: a veces es el pito, a veces la poronga, y siempre del Power; "dura como una piedra" es menos una metáfora que metonimia que se relanza a partir de la palabra "dura".
Nunca llega a referir una excitación que le sea propia ni qué le sigue al estado de "dura". En ocasiones concluye "el pantalón está duro", qué probablemente sea como simbolice la emergencia del goce cuando irrumpe.

Alcanzado este punto de pasaje por la enunciación, B reorienta el circuito para dar paso a la escritura de la frase que ha oído en la película y que pone en riesgo el endeble armazón simbólico- imaginario.

Lo expuesto hasta aquí induce a matizar la idea de error en la cura el "demandar con insistencia una posición de enunciación". Desde ya, la insistencia del Otro frente al sujeto autista nunca puede terminar bien; hacer lo que hay que hacer para esperarlo en un lugar de enunciación es distinto. Es ostensible la diferencia de las consecuencias en Peter y en B.

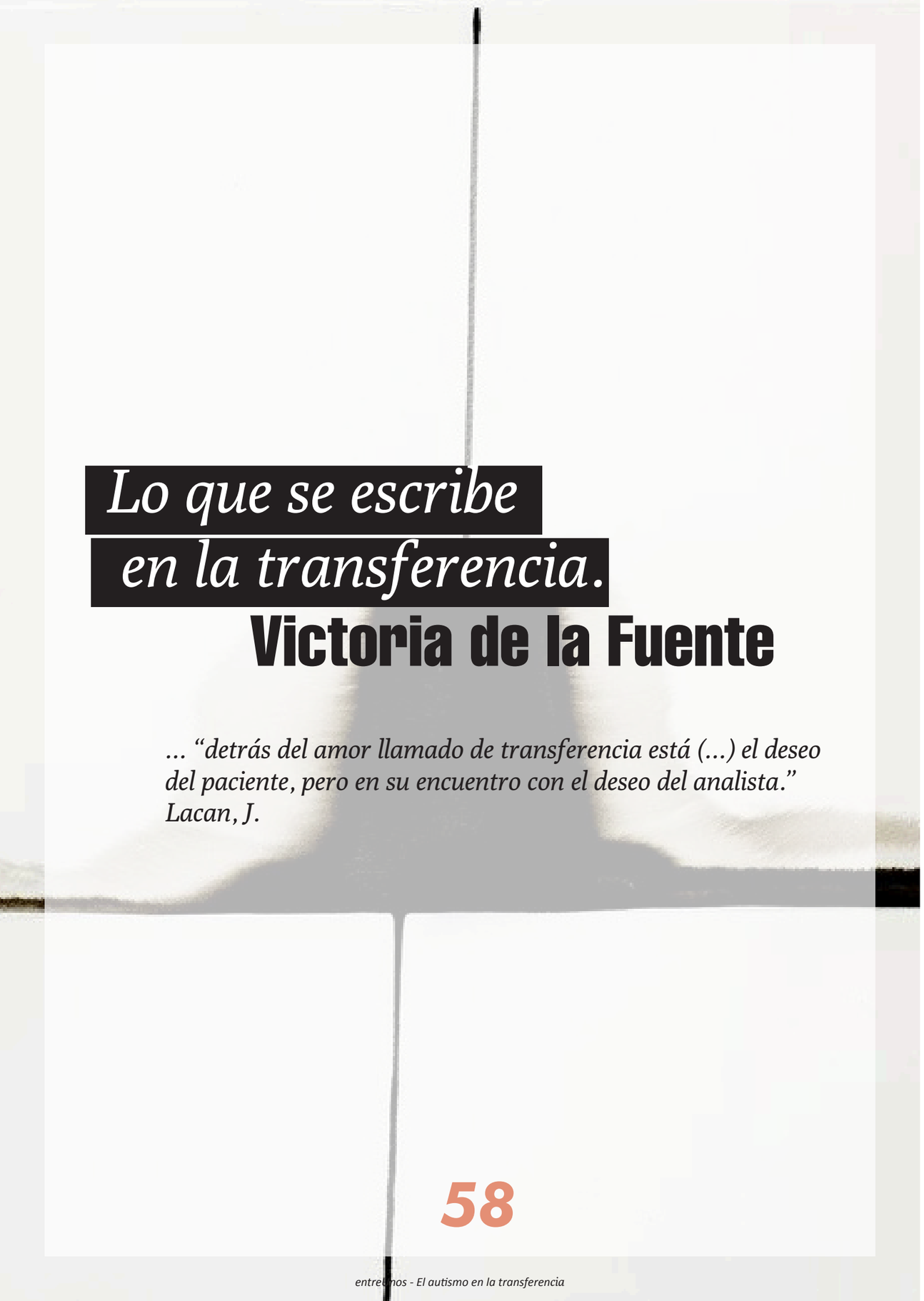
En el caso se hace lugar a la enunciación en el analista pero respetando la solución del armado del doble. Es en y desde la transferencia que se fuerza [5] un resquicio para la enunciación en el sujeto. Decimos "se fuerza" y no "se demanda". Es toda la diferencia que permite hacer de la solución alcanzada una defensa con agujeros por la que pueden colarse de tanto en tanto el sexo y la muerte, aún en la modalidad autista. Nombrar la muerte del padre, alcanzar dos signos para dar cuenta del falo hace a toda la diferencia en la cura.

Notas

[1] Laurent, É., *La batalla del autismo,* Editorial Grama, Buenos Aires, Cap IV y V.
Maleval, JC, *El autista y su voz*, Cap.III
[2]Maleval, JC, *El autista y su voz,* ibid Cap.III.
[3] Maleval, JC, Ibíd. Cap III.
[4] Todo esto sostenido en el muñeco del power que ahora aprieta en su mano.
[5] Dulce forzamiento, según la propuesta de Di Ciaccia.

Bibliografía

- Laurent, É. [2013] "La batalla del autismo", 2013, Grama, Buenos Aires.
-Maleval, J.C. [2011] "El autista y su voz", 2011, Editorial Gredos, Madrid.



Lo que se escribe en la transferencia.

Victoria de la Fuente

... "detrás del amor llamado de transferencia está (...) el deseo del paciente, pero en su encuentro con el deseo del analista." Lacan, J.

El psicoanálisis cura en transferencia. Esto es una de las cuestiones, éticas, que distingue lo que hacemos. Las intervenciones, las lecturas de los casos, los diagnósticos presuntivos que nos orientan, no son sin tener en cuenta lo que sucede en la transferencia. ¿Pero transferencia en el autismo? Sí, también en el autismo hay un lazo -llamémoslo así- amoroso- también digamos eso- que se va construyendo entre paciente y analista. Y son las maniobras que se hacen con este lazo las que permiten avanzar o no en la cura con estos niños… al igual que en todas.

La pérdida del objeto es condición para que un sujeto advenga como tal. Y es esa pérdida la condición de todo lazo amoroso. El partenaire en el amor viene al lugar de sustituto de ese objeto, y el amor en sí al lugar de aquello que hace posible una relación. Lacan señala que el analista debe operar desde ese lugar en la transferencia, volviéndose a veces motor, a veces obstáculo, para la cura [2]. Si en el autista esta pérdida no se produce por estructura, ¿cómo pensar el lugar para el analista en una cura? ¿qué operación inaugural debe hacer el analista para poder establecer ese lazo con el niño?

El mundo de las cosas de Minecraft: alojando al sujeto.

F tiene 10 años. A sus 3 años comienza a decir palabras sueltas al mismo tiempo que señala los objetos. Recién en primer grado comienza a hablar con frases. Sus maestras dicen que habla raro y que es muy literal. "*Siempre me quedo con la sensación de que no entiende, o de que soy yo la que no lo entiendo*", dicen. Le va bastante bien en matemáticas, pero las demás materias le cuestan muchísimo, sobre todo Prácticas del lenguaje. No comprende los chistes y es muy difícil seguir el hilo de la conversación. Por esto, también le cuesta mucho relacionarse con los chicos de su grado.

En la segunda entrevista le pregunto a F por lo que le gusta jugar en su casa. Me dice que a Minecraft, así que le pido que la próxima traiga la computadora para que me enseñe a jugar, ya que no conozco el juego. La vez siguiente, con el juego en marcha comienza a preguntar: "*¿Qué es esto?*" "No sé", le digo. "*Pico de hierro*", contesta sin darme tiempo a pensar una respuesta "*¿Para qué es pico de diamantes? Pico de madera no sirve, se rompe. Hacha de hierro corta madera. Hacha de diamantes se hace más rápido. ¿Te parece que la espada de hierro es dura o más o menos?*". "No sé", le vuelvo a contestar, y al instante ya estaba formulando una nueva pregunta. La vez siguiente entra diciéndome: "*Me tenés que mostrar cómo te aprendo*". Y vuelve con sus preguntas sobre el juego, preguntas que no son tales, porque él sabe las respuestas y no se detiene a esperar que yo conteste algo. Sólo algunas preguntas se recortan como distintas: ¿Qué es infinito? ¿Qué es nada? Para esas no tiene respuesta, pero tampoco espera a que se le conteste algo para volver con sus preguntas sobre el juego.

Durante meses se da este despliegue metonímico incesante, iterativo, de encuentros que vuelven a empezar de cero cada vez, que son idénticos entre sí, y que no dejaban ninguna marca, ningún saldo al finalizar. Un día le digo que me está costando acordarme de lo que me enseña, y que por eso voy a empezar a anotar todo lo que él me diga. Eso hago, pidiéndole que me vuelva a explicar cuando no entiendo, pidiéndole que hable más lento y me dé tiempo de escribir, o haciéndole preguntas de cosas que se me van ocurriendo. Al cabo de un rato, y para mi sorpresa, se acerca, apoya su cabeza en mi hombro, y hace una pausa en el juego para mirar mi cuaderno.

La sesión siguiente F viene claramente ofuscado e inquieto. No se sienta con la computadora en el escritorio, como era habitual, sino que deambula… y me pide: Me dice con evidente afectación: "*Me aburro. No quiero más supervivencia. Quiero creativo. Yo soy construcción. Quiero otro mundo porque este ya lo sé. ¿Te gusta que estás en creativo? En este mundo no hay amigos*." Me lleva un tiempo y muchas preguntas comprender que está pidiendo descargar otra versión del juego en la que puede crear él mismo los escenarios donde jugar, así como chatear con amigos del colegio y otras personas on line. Le había pedido a su padre y a su hermana mayor, pero estos, parecía, no podían ayudarlo. Le escribo entonces una nota a su maestra para que el docente de informática lo ayude a concretar este pedido. Recién ahí F se sienta y puede volver a jugar.

De un otro cualquiera a un otro que importa. ¿El encuentro de dos deseos?[3]

Maleval señala que gracias a los testimonios de los autistas de alto rendimiento sabemos que fue esencial para ellos una decisión subjetiva que los animara a integrar su funcionamiento a lo social: "En último análisis, sólo por medio de una elección decisiva, la de abandonar las satisfacciones de su mundo securizado, ciertos autistas consiguen un funcionamiento de alto nivel. Esta elección puede ser favorecida, como puede ser impedida." (Maleval, 2011, p 27) ¿Cómo pensar eso que sucede entre analista y un niño autista, que favorece la cesión que el niño debe poder realizar para incluirse en lo social?

Vayamos a la viñeta: F se interesa por el código del mundo de Minecraft. En ese mundo él sabe cómo funcionan las cosas y los personajes, y nada del deseo del Otro se inmiscuye por ahí. Es su interés específico, su defensa frente al caos del mundo del significante. Hay una primera intervención del analista que es darle valor al interés del niño. Ella no sabe sobre el juego, pero quiere saber y pide que el niño le enseñe. Este no saber, que no es tanto sobre el mundo de Minecraft en sí, como por lo que F hace con él- permite que F y su mundo particular queden alojados. Un primer vacío del lado del Otro que abre un lugar para la singularidad del sujeto. Puesta en juego del deseo del analista, entendido este más en su versión ligada a la falta en ser que a la de un signo inquietante[4]. Un deseo que no es anónimo, y que es "un punto absoluto sin saber alguno" (LACAN, 1964, pág. 261), al mismo tiempo que es una apuesta a que en ese hacer del niño hay un sujeto. Los efectos de esta posición inicial del analista se verifican rápidamente. F se siente a gusto y tranquilo relatando sobre este mundo constante, previsible y fácil de controlar. Mundo, borde, defensa, de la que ahora también forma parte el analista. Primera escritura de un lazo posible.

En determinado momento hay algo, del orden de la incomodidad del analista - ¿angustia por un goce sin-sentido insoportable? ¿aburrimiento? – que la empuja a una maniobra: que algo se escriba. Que algo quede anotado – al menos para ella- de esos encuentros. Y entonces pregunta con más precisión. ¿Demanda? ¿Exige a F un poco más? ¿O sustrae la mirada para localizarla en el papel y un escrito? ¿O intenta producir intervalos? ¿O hace algo no calculado con su propia angustia? No es fácil leer esa maniobra, pero sí se pueden leer sus efectos. La respuesta, inesperada, es casi una caricia que sanciona una pausa. El gesto de apoyar la cabeza en el hombro puede leerse como un gesto de amor, entendido este como el signo de una renuncia de goce, en este caso el goce iterativo de las preguntas con respuestas ya sabidas [5]. Esta renuncia sería en beneficio de otro goce, aquel que lo une sinthomáticamente al partenaire, en este caso, al analista, alimentando así la transferencia. Segundo punto en el trazado del lazo.

Esa renuncia, aunque momentánea, viene con cola, ya que la sesión siguiente F trae un pedido. Este es un modo inédito de dirigirse al analista, muy distinto a las preguntas que no buscaban nada en el otro. Aquí era un pedido casi desesperado, que afectaba e inquietaba su cuerpo y que sí buscaba algo en especial del otro. Un pedido- no me animo a decir deseo- de que algo cambie en su mundo. Éste ya no le es suficiente. Se tratará de ver con qué otras maniobras se puede seguir favoreciendo esta decisiva elección.

Para concluir, diría entonces que la transferencia en el autismo tiene como condición al deseo del analista. Que éste, en su encuentro con la decisión subjetiva del autista, va produciendo vaciamientos, depurando la defensa para volverla cada vez más permeable. Y que en esa dialéctica se va tejiendo un lazo amoroso- la transferencia también es un nudo [6], según Lacan- sinthomático, que dignifica al sujeto y a su modo de estar en el mundo. Traigo aquí una pregunta que me fue prestada: ¿es el vaciamiento el que trae al amor, o es el amor el que permite el vaciamiento? Opto por pensar en una simultaneidad, aquella que supone el encuentro. Las marcas de ese tejido quedan escritas en los cuerpos de los autistas con los que trabajamos… y en nuestros cuadernos.

victoriadlf@yahoo.com.ar

Notas

[1] Una versión muy distinta fue presentada en las Jornadas 2018 de *la cigarra*.

[2] Lacan, J; *El seminario 17: "El reverso del psicoanálisis"*, Paidós, Bs. As., 1992, p. 112.

[3] Lacan, J; *El seminario 11: "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis"*, Paidós, Bs. As., 1984, p 262.

[4] Lacan, J; *El seminario 8: "La transferencia*", Paidós, Bs As, 2004, p. 266-267.

[5] Arenas, G., "Gestos de amor", *LAPSO* N°4, julio 2019, p. 54. Debo agradecer la lectura de este interesante artículo a Ricardo Seijas, que muy amablemente me orientó con algunas preguntas.

[6] Lacan, J; *El seminario 11, óp. cit,* p. 137.

Bibliografía

-Arenas, G., "Gestos de amor", *LAPSO* N°4, julio 2019.

-Lacan, J; *El seminario 8: "La transferencia*", Paidós, Bs As, 2004.

-Lacan, J; *El seminario 11: "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis"*, Paidós, Bs. As., 1984.

-Lacan, J; *El seminario 17: "El reverso del psicoanálisis"*, Paidós, Bs. As., 1992



Una niña y una lupa o la captura de una madre

Celeste Villaronga

Este escrito trata sobre el recorrido desplegado durante el tratamiento de una niña en *la cigarra* y busca transmitir ciertos efectos acontecidos, así como esbozar algunas reflexiones en torno a la transferencia y el autismo.

Diana llegó a los 4 años a la consulta derivada de un hospital de niños por presentar rasgos autistas. Me encontré con una niña que se presentaba desconectada, que no miraba. Al hablarle no respondía y se tapaba los oídos. Emitía gritos y vocalizaciones que eran fragmentos de dibujos animados o películas. Venía a las sesiones sin dormir y deambulaba sin rumbo por el consultorio. Volcaba de la caja todos los juguetes a la vez, los desparramaba y los lanzaba sin mirarlos.

Introduje el corte tomando algunos de los juguetes arrojados como los elegidos para jugar, ensayando una discontinuidad en esa manipulación indiferenciada. Levantando esos juguetes uno a uno, fui habilitando una pausa, una temporalidad posible dentro del caos. Comencé a esconderlos y luego a presentárselos, intentando introducir un intervalo para recortar algo de esos lanzamientos erráticos y armar una escena. Con el correr de las sesiones, el desborde se acota y Diana logra tomar los juguetes de a uno, por breves períodos de tiempo que se extienden. Se conecta con algunos juguetes en particular y tolera mi intromisión cuando coloco piezas en rompecabezas o preparo helados con la masa para las dos. Un día encuentra un bebote y lo tira con fuerza gritando: "*no!*". Aquí comienza otro tramo del tratamiento, en el que entran las palabras.

Gradualmente acepta la presencia del bebote a upa mío pero lo rechaza cuando emito los llantos del bebé y la invito a hacerle upa o a dormirlo. Luego lo hace violentamente al grito de "*¡basta bebé! callate! a dormir!*". Al final de cada sesión comenzaba a gritar, arrojaba el bebote contra el techo y reía a los gritos. La emergencia del goce del Otro sobre el bebé ubicado en posición de objeto se vuelve estragante. Empiezo a poner límite al goce mortífero: "*de ninguna manera el bebé va a ser lastimado hoy*". La presencia del analista operando con el semblante para circunscribir lo real desregulado pone en funcionamiento una localización del goce que permite el surgimiento de la dimensión lúdica. Jugamos así a curar al bebé, haciendo tope a ese desborde de real absoluto con su consecuente efecto de pacificación. Durante meses dormimos al bebé, luego juega a que la haga dormir a ella, debajo de la mesa con el bebote en brazos se tapa con mi abrigo, yo apago la luz y le cuento historias, empieza a mirarme y a pedirme que le lea adoptando una posición expectante. Son las primeras miradas y palabras dirigidas desde ella hacia mí, marcas fundantes que dan cuenta de cómo la instalación de la transferencia posibilita el acto analítico y el acceso a un lugar donde es posible pedir algo, inaugurando el lazo con el Otro. El juego de dormir derivó en un juego de escondites y encuentros. Así se fue instaurando una zona de intercambio con otro Otro, en la que se empezaban a diagramar circuitos que incluían acciones y objetos, entre los que yo entraba en serie, como partenaire. Mientras le leía, se escondía bajo la tela, yo dejaba de leer y preguntaba *¿dónde está Diana*?, y ella se descubría, gritando con júbilo. Intercambiábamos lugares, yo me escondía y ella me buscaba. Al salir del consultorio la madre nunca estaba allí, si bien le marcaba la necesidad de que se quedara, era difícil encontrarla.

Durante el tratamiento convoqué al padre muchas veces, infructuosamente. Sobre él, la madre dirá más de una vez "*es como una hija más*". Le pregunto un día a la madre por los tratamientos de la niña. Trabajan con intervenciones terapéuticas el vínculo materno-filial, dándole pautas de crianza que según ella la frustran porque no puede cumplirlas: "*me enseñan a jugar, me dicen cómo hacer de mamá, pero no es fácil con los nenes de hoy, no son como los de antes*" Un día me dice que no quiere llevarla más, le digo que ella es la madre y es su decisión -en un intento de autorizarla como agente y apostar a la constitución de su deseo- y la retira de los tratamientos. En otra ocasión expresa con angustia que no soporta más que vaya a ese jardín, no hace nada y cada vez que llegan a la puerta patea, grita y se niega a entrar. En la misma línea de sancionar algo en esta madre como deseo, habilito su postura de cambiarla de escuela, lo hace y la niña comienza a participar en las actividades, deja de dormir de día y duerme algunas horas a la noche.

Luego de un año de tratamiento, en una sesión toma una lupa de la caja de juguetes, digo "*una lupa de detective*". Camina agachada mirando a

través y dice "*soy Diana la exploradora*", recorre el consultorio y enfoca cosas. Digo "*encontraste una pelota, un bloque, un marcador*…" luego le pregunto qué encontró y ella nombra los objetos, la lupa comienza a operar como un instrumento que recorta el mundo. Sale del consultorio con la lupa diciendo que va a buscar a la mamá y la sigo, pero la madre no está por ningún lado. Me pregunta angustiada dónde está, le respondo que se fue y que va a volver. A partir de allí al juego de escondite se incorpora la lupa, arrojándola ella al aire cuando me encuentra y riendo, mirándome de cerca, como si ese objeto fuese prescindible una vez sucedido el encuentro. Se ponen en juego operaciones de extracción que se conectan con el cuerpo, invenciones del sujeto que encuentran un lugar en la transferencia: algo de la mirada se va perdiendo y el contacto visual empieza a ser posible.

Al llegar un día a la sesión la madre sorprendida y algo molesta dice que al despertar encontró la cámara de fotos en su cuarto y al revisarla notó que Diana la fotografió mientras dormía, de cerca y desde distintos ángulos: "*no sabés cómo me escrachó*", se queja. Diana sorprende a la madre, la interpela, captando una imagen de ella que testifica sobre la ausencia materna y al mismo tiempo en ese intento de registro busca hacer existir una madre ahí. La captura de esas imágenes atestigua y caricaturiza lo real de la madre ausente, desesperadamente inerte; pero a la vez en su búsqueda incesante por reconocer una madre disponible, Diana pretende certificar su presencia, darle vida, autentificar la existencia de su ser.

La lupa y la cámara, como objetos de goce particularizados fuera del cuerpo, operan como suplementos para localizar la mirada, diferirla y que algo de la misma quede perdido. Invención que efectúa un recorte del Otro materno que para Diana no es posible realizar solo con sus ojos, a riesgo del desengaño. En sesiones, seguíamos jugando a los detectives con la lupa, dentro y fuera del consultorio, siempre buscaba a la madre. Desde adentro, abriendo a cada rato la puerta para cerciorarse que su mamá estaba afuera, luego preguntándome si aún seguía allí. La primera vez respondí que sí, dudando que estuviese, y en un desacierto le pregunté si quería fijarse, afortunadamente respondió que no. A partir de esto, me preguntaba, yo respondía que sí y ella ya no abría la puerta. Cuando salíamos explorábamos en el camino hasta llegar a la madre, siempre el fin de su búsqueda. Al comienzo buscaba con temor, preguntando insistentemente "*¿dónde está mi mamá?*". Era una apuesta porque la madre no aparecía fácilmente. En una oportunidad vi por la ventana a los padres afuera y le propuse ir a buscarlos con la lupa, al llegar a ellos me miró y me dijo "*gracias Celeste, me encontraste a mis padres*". Aquí comenzó a esbozarse una madre que no siempre era ausencia, a particularizarse una alternancia y a configurarse algo del ejercicio materno y del deseo. Estas búsquedas habilitaron encuentros entre madre e hija que involucraban el cuerpo, en los que se mostraban más conectadas y contentas. La madre comenzaba a jugar, a dejarse encontrar, a decir "*¡acá estoy!.*" mientras la niña la buscaba y la encontraba a partir de la escucha de su voz, que ya no le era indiferente. Respecto a esos encuentros me arriesgo a considerarlos actos de reconocimiento recíproco que cavaron un espacio en la madre para que la niña se espejara. Al ceder en la madre el rechazo de la mirada hacia la niña, comenzó a esbozarse un soporte para que Diana se imaginarice, a articularse una red imaginaria que fue enhebrando la dispersión corporal, invistiendo y armando cuerpo donde lo imaginario estaba arrasado por lo real. La posición del analista en la transferencia oficiando de borde, habilita para el sujeto nuevos modos de situarse. En los circuitos que recorren paciente, madre y analista, se producen el trazado de vías pulsionales, inscripciones de procedimientos de pérdida de goce y extracción del objeto, y marcas de escritura del don del Otro.

El deseo materno aparece estructurado por un discurso que lo trasciende. En el camino transitado con Diana y su madre, frente al no lugar del discurso paterno, el discurso del psicoanálisis sancionando algo del deseo materno ¿reparó algo de esa falla? El juego de la lupa y la cámara operando sobre esa realidad intratable ¿habilitó la elaboración de lo tanático?, ¿precipitó algo del instante de la mirada? En esta travesía de madre e hija, sostenida por el deseo y el cálculo desde la posición de la analista en la transferencia ¿quién captura a quién?

celestevillaronga@hotmail.com

Notas

[1] Versión corregida del texto presentado en las Jornadas de Hospitales de día, CSMN°1 2016 y en la Jornada "Asuntos de familia y sus enredos en la práctica hospitalaria", actividad preparatoria del VIII ENAPOL, CESAC 39 Hospital Penna, 2017.

ENTRE OTROS



SANS TITRE - MARTIN REYNA - 2017

Versiones de la transferencia en un caso de autismo: No tan Una sola

Aracelli Marchesotti

¨Hay un cierto número de palabras en el diccionario, pero no bastan para dar cuenta del uso de la lengua¨
J. Lacan, 1977. [1]

“Por unas inyecciones de amor real, por fuera de toda obscenidad del sentido, pueden haber modificaciones en la posición de un niño con autismo”
J. C. Indart, 2018. [2]

Hay al menos dos modos en que propongo leer la clave de la transferencia en el caso de esta joven autista. En el tratamiento de lo real que emprendemos con el sujeto, estamos familiarizados con la posición del analista como aquella que desde su lugar de partenaire real, se ofrece a acompañar al autista en la labor de pacificar el caos de lalengua que persiste sin merma y sus efectos catastróficos. La sorpresa –a la que estamos abiertos en tanto analistas- llega cuando a partir del trabajo, se moviliza un amor original e inesperado en su escenario. *Love is a shield*, una respuesta del sujeto que no se detiene e interroga su singular posición autista.

Deslizamientos 1

Del ruido insoportable de lalengua al silencio de algunas palabras

Una joven autista llega a la consulta a los 14 años. Apenas consigue desplazarse de su casa al consultorio, atormentada por el ruido que retumba en el mundo y en sus orejas. La calle, los autos, los transeúntes y la voz de su mamá la mantienen confinada en el silencio posible de su cuarto.

1/1 Ni estornudar

Soledad se presenta aturdida y con un gesto de enojo permanente impreso en su rostro y en su modo de hablar. *“Me jode el ruido. Me duele. Me da miedo… Me molesta el colectivo, la voz chillona de mi mamá. Los gritos no me dejan vivir”*. Le fastidia de mi parte no solo que hable, sino cualquier gesto que signe para ella un orden de presencia enunciativa. Un saludo, un suspiro, un estornudo producen un efecto invocante insoportable. *“¿Qué decís?! No pronuncies. Callate!”*. La crisis agitada, golpear puertas, dar patadas, irse encima del otro es una amenaza siempre presente.
La alternativa es ordenar el caos atronador de lalengua restando al máximo posible cualquier manifestación del objeto voz, escribiendo. El cuaderno y el lápiz serán nuestro primer escudo y herramienta.

1/2 El conjunto y el nombre

Escribo la palabra *colectivo* y trazo un círculo a su alrededor. Dirige una primera pregunta “*¿ahora sale el ruido?*”. Le garantizo que ya no. Se alivia, probablemente más por efecto de su pregunta misma, su primera suposición, que por la respuesta que consigue. La misma operación la hacemos con otras palabras, *grito*, *enojo*, *ladrones*, etc.
Trazo rayitas en el papel de cuantas letras componen cada palabra (una especie de juego del ahorcado). Soledad va ensayando letra por letra hasta formar y descubrir la palabra no escrita. Su gusto aumenta con las letras mudas (la hache, las u que se combinan con g o q). Una maniobra que intenta introducir un simbólico *ad-hoc* en lo real del ruido de lalengua. Nos entrenamos en la escritura gráfica introduciendo indoloramente un orden de espacios vacíos (puntos, comas, una gramática simple, de consistencia imaginaria).
Ahora comienza a haber silencio y entonces, cuando la revelación de la palabra oculta tarda en llegar, me pide que la pronuncie. No son palabras random. Soledad propone cada vez: “*Hoy hacemos cosas del cuerpo… cosas de la cara… cosas del consultorio… cosas de la escuela*” [3]. Palabras que conforman elementos de un conjunto. Y el conjunto tiene un nombre. Palabras que describen el mundo sin equívoco. Un significado puede decirse con varias palabras, pero una palabra no puede contener varios significados, no sin cálculo anticipado.

Un conjunto particular, que nombra *dichos de insultos*, le acerca una palabra que no estaba en el cómputo: *zanahoria*. Esta vez, sorpresa sin desencadenamiento. Un gesto nuevo aparece en su rostro ¡una sonrisa! “*¿Qué es eso?*”. Le digo que según se diga, podría ser un insulto. Y concede divertida “*¡Qué zanahoria, Ara!*”. Un error del código que no desencadena.

Deslizamientos 2

2/1 Del goce en todas partes hacia una localización

Como ocurría en torno a los ruidos, con algunos sentimientos como la tristeza y en especial el enojo, se queja: “*A mí el enojo no me va, hay que ser feliz*”. Un axioma con el que se protege de ser afectada. Ante la pronunciación de la palabra enojo, se enoja. La afecta sin mediación. *Enojo* es una palabra que localiza un goce, que nombra un afecto del sujeto, aunque aún no es situable en tanto carece de un lugar de enunciación.
Lo real del objeto voz comienza a quedar localizado, aunque no extraído. Su trabajo en transferencia consiste en construir un código a partir del cual puede recuperar la palabra vaciada del ruido de la-

lengua. Un lenguaje mudo, en tanto el Otro no pasa por la voz. La sonoridad se mantiene a distancia de la significación. Su tratamiento del lenguaje conlleva la aspiración de despojarlo del goce que porta. Construir un sistema de palabras que se correspondan con la realidad, para describir el mundo dejándola a salvo del goce de la enunciación. Excepto por la palabra prohibida, que localiza sin extraer el goce de lalengua y que no puede ser dicha sin introducir al sujeto en el mundo del que ya no es gestor.

La analista porta para Soledad un saber sobre el código, universal, que ordena, garantiza y pacifica su atormentada relación al lenguaje.

2/2 Hacia una enunciación del sujeto autista

Siempre con el cuaderno, pide que anote lo que va diciendo, sus preguntas y mis respuestas, con cierta fijeza: ¨*¿Cómo está el día, Ara?*¨ pero no busca una simple descripción. Quiere saber mi afectación, qué me hace sentir un día lluvioso o un día de sol. No alcanza con escribir ¨llueve¨, celebra con una leve sonrisa y un ruidito interior cuando agrego ¨*está gris, triste*¨. ¨*¿Qué comiste, Ara?*¨ para conocer mis gustos, saber si disfruté o no mi comida, si comí apurada o salteé mi almuerzo, a lo que agrega que debo alimentarme mejor.

Varios cuadernos después, donde se/me interroga sobre mis enojos, lo que me hace feliz y lo que me frustra, la relación con mis padres cuando era chica, aparecen la sección: ¨*Hablando de Soledad*¨, donde relata sus días. Hace pasar por la analista la enunciación, para comenzar a recortarse luego un lugar de enunciación propio, donde empieza a contar el afecto.

2/3 Hacia un amor real

Una fuerte crisis en la escuela y es suspendida. ¨*Hoy me enojé en la escuela*¨. Y avanza al responder cuando le pregunto el motivo: ¨*quería llevarme mi cuaderno a casa y la directora no me lo dio*¨. Le digo que la entiendo y que ella debería explicarle a la directora lo que quiere para que ésta lo sepa. Le explico que las personas no pueden saber lo que está sintiendo si ella no lo dice usando sus palabras. Responde con una pregunta: ¨*¿Por qué mi mamá no me explica eso, Ara?*¨.

Tras el receso de vacaciones, al llegar toma el cuaderno y espontáneamente escribe ¨*Te extrañé Ara*¨. Un nuevo uso de la palabra se inaugura. Y el afecto se colorea. Enojo, miedo, timidez, preocupación, nerviosismo y ¡amor! que declara con un ¨*te quiero, Ara*¨ varias veces antes de irse. También con una chispa de ternura en la voz sabrá decirme "*Estás muy linda hoy, Ara*".

Un amor que, prescindiendo del sentido, se explicita cuando la analista hace jugar un saber particular sobre ella y su síntoma, no habla ya desde una posición de saber universal. La fuerza sutilmente a responsabilizarse de su respuesta, enunciando la condición "si no hablás, el otro no sabe". La intervención de la analista y la respuesta del sujeto ¿supone que la barra alcanza al sujeto y al Otro?

2/4 Un paso más: un nombre para lo que le pasa

Le pega a un compañero. Relata que este chico la mira y eso le molesta. Tras repasar y anotar ciertas *reglas sociales* que ella misma se ocupa de enlistar, le pregunto por qué piensa que la mira y declara: ¨*porque cree que soy linda*¨. La mirada es intrusiva aunque no la acompañe ninguna significación persecutoria.

Varios cuadernos son llenados con lo que llama *episodios*: fuertes peleas con sus padres que movilizan muchos interrogantes. Preguntas por lo que le ocurre al otro, a las que, desde ya, no puede responder con ningún fantasma. Pero tampoco responde haciéndose objeto de ese goce. "*Les molesta que repita y que no haga nada*" [4]. Reconoce los motivos, pero no le convence que ella sea la causa del exceso en sus padres. Pregunta por qué su papá se enoja tanto, por qué su mamá grita así. E insiste detallando hasta el final los efectos devastadores que tiene para ella.

¨*Cuando me gritan, mi cerebro se confunde, repito, no puedo parar, se confunden las emociones. ¿Por qué me pasa esto, Ara?*¨. Le digo que eso que le pasa tiene un nombre: autismo. Se incorpora en su silla, lo escucha con atención, se dibuja su menuda sonrisa y el conocido ruidito interior que emite ante lo que signa una suerte de satisfacción. Me indica, como con todo aquello que le interesa: *"Anotalo!"*.

El sujeto no deja de servirse de la analista como garante del código. Pero también cuenta el amor en la transferencia, que encadena un efecto de vaciamiento de goce del Otro y le abre el camino a la interrogación de su posición. Y en eso estamos, en aprender juntas cómo es *su* autismo y qué podemos inventar, en nuestro lazo de dos tan singular, para que pueda llevarlo, emplearlo, su autismo, cada vez mejor.

aracellimarche@gmail.com

Notas

[1] Lacan, J. 1977, Apertura de la sección clínica de París

[2] Indart, J.C, I Jornada del Observatorio de Políticas sobre autismo, EOL, Octubre 2018.

[3] Ej. En el conjunto *cosas del cuerpo*, las palabras que lo conforman son cabeza, brazos, corazón, etc.

[4] Refiere episodios de adherencia a determinados temas, palabras, situaciones, que señalan la iteración desencadenada, reconocible por el sujeto pero ingobernable. Y largos lapsos de "no hacer nada", un *estar* reducido de toda actividad.

Autismo. Transferencia: Intervenciones y efectos.

Claudia Esteve Viciano

>> Lic. en Psicología (UBA). Integrante CENTES N°2 desde 2004. (Centro Educativo para Niños en Tiempos y Espacios Singulares). Educación Especial. Secretaría de Educación. G.C.B.A

Nuestra práctica y su escritura, en el campo del autismo, nos lleva a interrogarnos: ¿qué nombramos *transferencia* en su tratamiento? Según la etimología, transferre se compone de: *trans*; de un lado a otro y *ferre*; llevar; esta dimensión espacial que resuena, llevar de un lado al otro, la temporalidad que abre; serán coordenadas que usaré para nombrar su instalación, en la particularidad de un encuentro sostenido durante 5 años en una institución. ¿Cómo inauguramos lugares a partir de la introducción de puntos reales en un espacio que no supone medida, que no está dado de entrada, de qué espacio se trata?, ¿cómo, a partir de su puesta en escena, delinear un trayecto? ¿Cómo situar la transferencia? Ubicando sus efectos en la construcción del espacio. "Hay un tipo de espacio que sale a la luz en la transferencia durante la cura". (Laurent, 1999, p.106).

En las presentaciones clínicas de estos niños, en sus singularísimos modos de estar en el mundo, su andar "sin fin en ausencia de cualquier trazado, de cualquier ruta" (Didi- Huberman, 2014,p. 16); observamos movimientos continuos, desplazamientos sin orientación, trayectos enloquecidos, idas, vueltas que no son tales, deslizamientos sobre una superficie no orientable, un mundo no orientado, donde el infinito y el costado son iguales, señala Laurent.

Se hace necesaria, la invención de un dispositivo particular, ajustado a lo singular de cada niño. Un trabajo donde se instituya un espacio que arme intervalos, el paso al otro lado que ingresa la discontinuidad en lo continuo y sin marcas, indicando una orientación, un trazado posible.

Así se presenta Valentín: ruido-intervalo-trayecto
"El mundo es un espacio sonoro vibrante, en el que nada se pierde ni desaparece". (Byung-Chul, 2015, p.98). El mundo de Valentín es una masa de ruidos, que se superponen, que aterran. El ruido lo envuelve todo, invade todo el espacio, un continuo, sin cortes, sin detenciones. Su mundo es una masa confusa de ruidos. En el patio de la institución, espacio infinito que *se traga* al niño, golpea cualquier superficie, arroja por el aire elementos que encuentra en su andar; ningún objeto queda sin golpear, sin tirar, sin sonar fuertemente. ¿Cómo encontrar en esa masa sonora un intersticio, que haga posible escuchar/mirar? El tratamiento se sostuvo en lo sonoro, afectándolo: la voz y sus variaciones, el ritmo. Escucharlo realmente despojándonos del sentido Elijo un sonido de ese fondo indeterminado, uno cualquiera que extraigo y lo repito en otro lado, a distancia, introduciendo un intervalo, una temporalidad que posibilite afectar esa masa sonora. Un intervalo es una *diferencia* de tono entre los sonidos de dos notas musicales. Mínima diferencia que se cuela entre un ruido y otro, inaugura un espacio, una distancia. Un ruido desde el niño, vuelve una respuesta de la analista: "acá llegó Valentín.", otro sonido; "acá te saludo yo, Claudia"- estableciéndose un ritmo *entre* golpes. El niño hace un ruido y *espera* una respuesta "sonora" del otro lado. Esta intervención sostenida en el tiempo, apacigua el goce y es posible trazar un recorrido, desde la puerta de entrada hacia la sala. "El camino que separa el lugar de partida de la meta también es un intervalo" (Byung-Chul, 2015, p. 60). Se establecen aquí y allá, efecto trans-ferencial, de un lado a otro, con el recubrimiento de la imagen ,el camino que recorreremos.

"quierorevistasquieromarcas":palabra-intervalo-relato
Valentín dice sin cesar: "quierorevistasquieromarcas*",* pasando sin parar las hojas de revistas que encuentra. Decía el nombre de algún programa de televisión mirando el logo del canal, de un actor famoso o propaganda en el movimiento incesante con las páginas. Digo"-solo dos"- refiriéndome a la cantidad de revistas; el niño acepta. De esas revistas, señalo una imagen de algún artefacto sonoro. Detenerse en alguna página y hacer el sonido. Algunas sí, otras no. Las propagandas -así las nombraba- que *elegía,* luego las recortábamos, y las guardábamos en un sobre. El niño pedía mirarlas: llegaba a la sala, caminando, tomado de la mano o el brazo, recorriendo el camino desde la puerta a la sala, se dirigía al sobre que estaba arriba de la mesa, se sentaba y las mirábamos una por una. El sobre, receptáculo de las imágenes que *hacían sonidos*, armó otro lugar.

Con las propagandas inventamos relatos: usábamos algunas de las imágenes recortadas para componer una historia. Corte y pegado en *otra* hoja, el niño soportaba este hacer hablando bajito, repitiendo nombres de propagandas. Al terminar leíamos

en voz alta y con diferentes entonaciones la historia que habíamos armado. Él participaba en esa escena diciendo los ruidos de algunos artefactos: "sonó el teléfono", respondía "ring-ring"; llamaron a la puerta, "toc-toc", decía señalando la imagen. Un intervalo que enhebraba sonidos y sucesos , intervalo entendido como "(…)zonas de anhelo, de esperanza, de aventura y de espera" (Byung-Chul, 2015,p.59). Valentín, pedía insistentemente que se las leyeran nuevamente, riéndose con los sonidos que surgían. Luego de un tiempo los sonidos así ingresados no tenían relevancia, su interés se orientaba a las historias, aportando elementos diferentes además de lo sonoro. Participando en el argumento. Su mirada y la escucha localizadas en la variedad de relatos que iban construyéndose. Las historias, pasaje del "quierorevistasquieroporpagandas" a formular un pedido "contame la historia de…" Las historias un nuevo espacio, poblado con la presencia de personajes que protagonizan aventuras, perdiendo su inquietante y aterrorizadora consistencia. Valentín hizo uso de "su mapa" sonoro, que orientó su hacer, reírse con las historias y cantar bellamente sus canciones, se hizo escuchar.

(…) hoy como siempre, estamos dispuestos a admitir las imperfecciones de nuestro conocimiento,a aprender cosas nuevas y a modificar nuestros procedimientos toda vez que se los pueda sustituir por algo mejor" (Freud, 1919, p. 155).

cesteveviciano2000@yahoo.com.ar

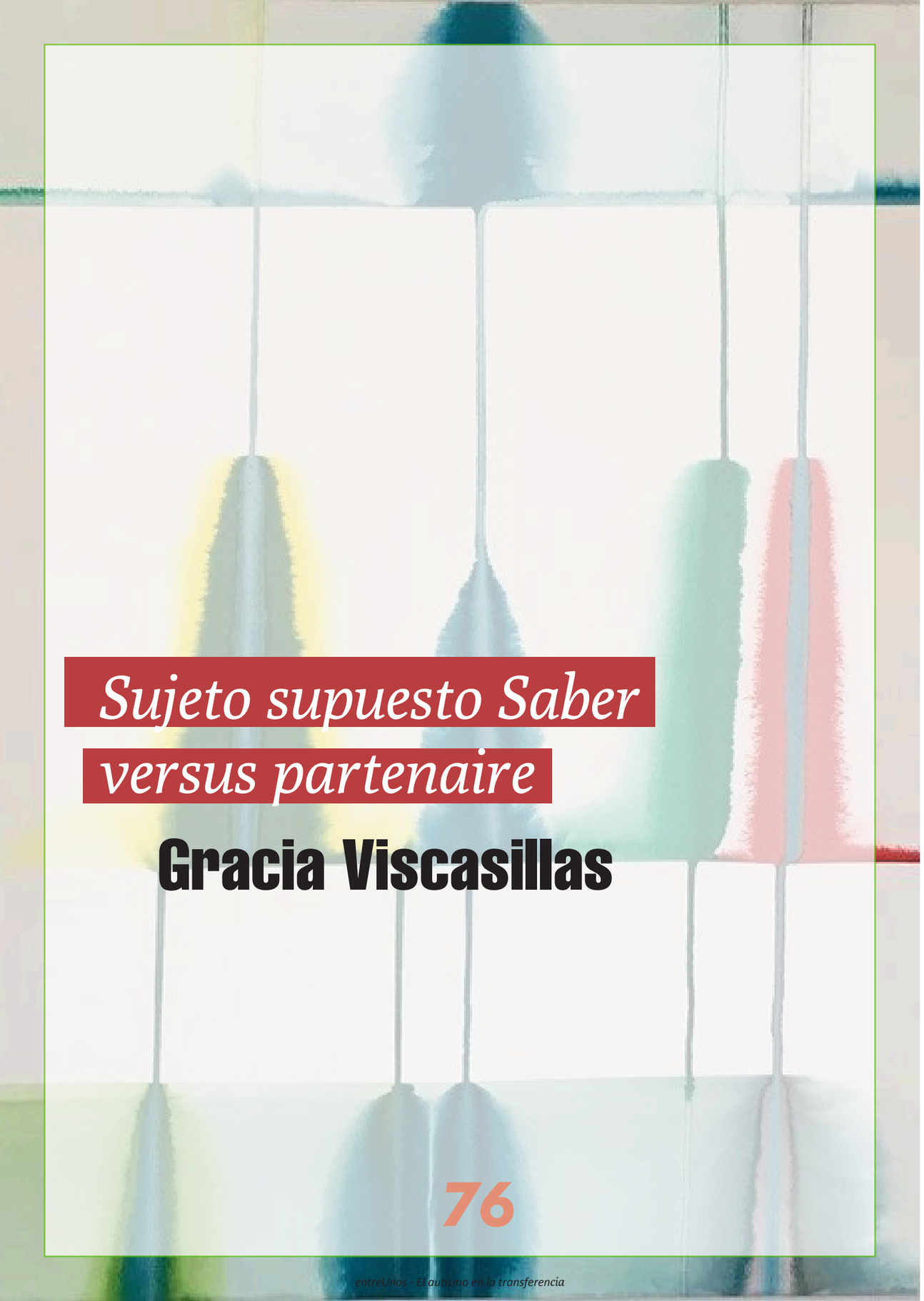
Notas:

Este es un recorte del trabajo con el título "La voz" publicado en *Territorios que una letra traza. Modos de presentación del autismo y la psicosis en la infancia*, Carraretto /Piaggi/Ramos/Esteve Viciano (compiladoras) Letra Viva,2018,p43.

Bibliografía consultada:

-Byung-Chul, H.,2015, El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse, Herder Editorial, Barcelona, España.
-Didi-Huberman, G.,2014, El hombre que andaba en el color, Abada Editores, Madrid, España.
-Di Vita, L.; CurrásG., Dafonte C. 2005, Interrogar el autismo: hacer espacio del lenguaje, Ediciones del Cifrado, Bs.As., Argentina.
-Freud S., 1979, *Obras completas* ,vol.17 (1917-1919), De la historia de una neurosis infantil y otras obras, Amorrortu editores , Bs. As. ,Argentina
-Laurent E., 1999, Hay un fin de análisis para los niños, Colección Diva, Bs.As., Argentina.





Sujeto supuesto Saber versus partenaire

Gracia Viscasillas

Confrontada con la pregunta de si podemos hablar de transferencia en el autismo, mi respuesta es un sí rotundo. El autismo sitúa ante nosotros muchas cuestiones a cielo abierto, y ésta es una de ellas; la transferencia está en el inicio de un trabajo posible con el autista.

Dicho esto, habremos de revisar el término transferencia en el autismo. Desde luego, no se trata de hacer uso de este término en el sentido clásico, en el de la consideración del sujeto supuesto de saber, "que se reduce a lo que resulta de la relación o de la conexión que para simplificar escribimos S1-S2". Jaques-Alain Miller, a propósito de la transferencia y del escrito de Lacan *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanálisis de la Escuela,* señala:

"S1 es allí el significante de la transferencia en su lazo con S2, significante cualquiera para el cual Lacan usa la letra *q*. Implica traducir en términos de significante la relación que condiciona la operación analítica. A partir de ese lazo se produce en posición de significado, por debajo de la barra ubicada debajo del significante de la transferencia, el conocido sujeto supuesto saber."

Por otro lado, al final de la conferencia *Una fantasía,* Jacques-Alain Miller nos conduce hacia "una inversión de lo que decimos tradicionalmente el sujeto supuesto de saber es pivote de la transferencia. Me parece que el último Lacan dice otra cosa, dice más bien: la transferencia soporte del sujeto supuesto de saber". E incluso, en *El ultimísimo Lacan,* señala: "La transferencia es la gran ausente de esta última enseñanza (…), porque la transferencia supone Otro bien establecido y bien armado". En el autismo confrontamos justamente a un *parlêtre* que hace un cortocircuito del para otro significante, pero las palabras le afectan, afectan a Un-cuerpo. Un-cuerpo que no ha sido ordenado por los significantes ni dispone del sostén imaginario de la forma especular. "Aquí" y "allí" son palabras que no tienen sentido, los sonidos se escuchan todos a la vez invadiendo y disolviendo el cuerpo en ese rumor, todo lo mira reclamándole en cualquier detalle inadvertido para nosotros. El mundo es caos, y el Otro, es el mundo.

¿Cómo no entender entonces la repetición incesante de un gesto, de un sonido, de una acción como el intento de recentrarse y aislarse de ese mundo caótico en el que está inmerso? ¿Cómo no entender entonces la repetición incesante de una sola y misma cosa? El problema es que eso mismo que le aísla y protege, en su iteración, llega a producirle un monto de excitación que es justamente aquello que intenta evitar.

¿Cómo acompañar la soledad de un niño autista? ¿Cómo hacerse existir para él sin que tenga la imperiosa necesidad de defenderse? Lacan pone el acento en nuestra dificultad para escucharles, pero añade que "sin duda, hay algo para decirles". Pero, ¿qué decirles si rechaza al Otro, campo del lenguaje, si se protege de la palabra portadora de sentido? Hay en Lacan, en el mismo texto de la *Proposición* en que hace referencia al sujeto supuesto de saber, otro término que vincula con la transferencia: "encuentro". Pienso que este es un significante del que podemos hacer uso para nombrar la instalación de la transferencia en el autismo, y que conlleva no el soporto del sujeto supuesto de saber sino el de un partenaire –término que tomo de su uso en *la pratique à plusieurs* o práctica entre varios.

El niño autista, al rechazar al Otro, no entra en la dialéctica significante (S1-S2), en la que un significante le representaría como un sujeto para otro significante. Sin embargo, el significante le afecta, congelado: S1. Y el puesto de comando del significante está al imperativo de goce. Pero el autista no dispone del aparato del lenguaje que permitiría frenar la invasión de goce que conlleva el significante. Traeré aquí al respecto una indicación de Jean-Robert Rabanel: "Normalmente –me refiero a la neurosis- lo que frena la invasión de goce y permite la separación del objeto es la intervención del significante Otro, es decir, el S2. El S2 frena el goce que comporta el S1. El S1 tiene una carga de goce que es tratada por el S2, haciendo que quede un resto de ese goce. Ese resto de goce que queda (en ese tratamiento del S1 por el S2) es lo que llamamos objeto *a,* es el resto de goce que no es tratado por lo simbólico. ¿Qué sucede cuando esto no está, cuando la elección del sujeto no es por el S2? ¿Cómo puede frenar esto?".

Rabanel propone entonces la iteración, (S1, S1, S1) como defensa en el autista. Y plantea allí por parte del analista el "redoblamiento", o sea, responder con la repetición –fuera de sentido- del S1 del autista de manera "desinvestida".

Jacques-Alain Miller, en su curso *Los signos del goce*, al desarrollar los esquemas de alienación-separación, nos hizo ya reparar en dos valores del S1: -en el par articulado S1-S2, con efectos de significación;

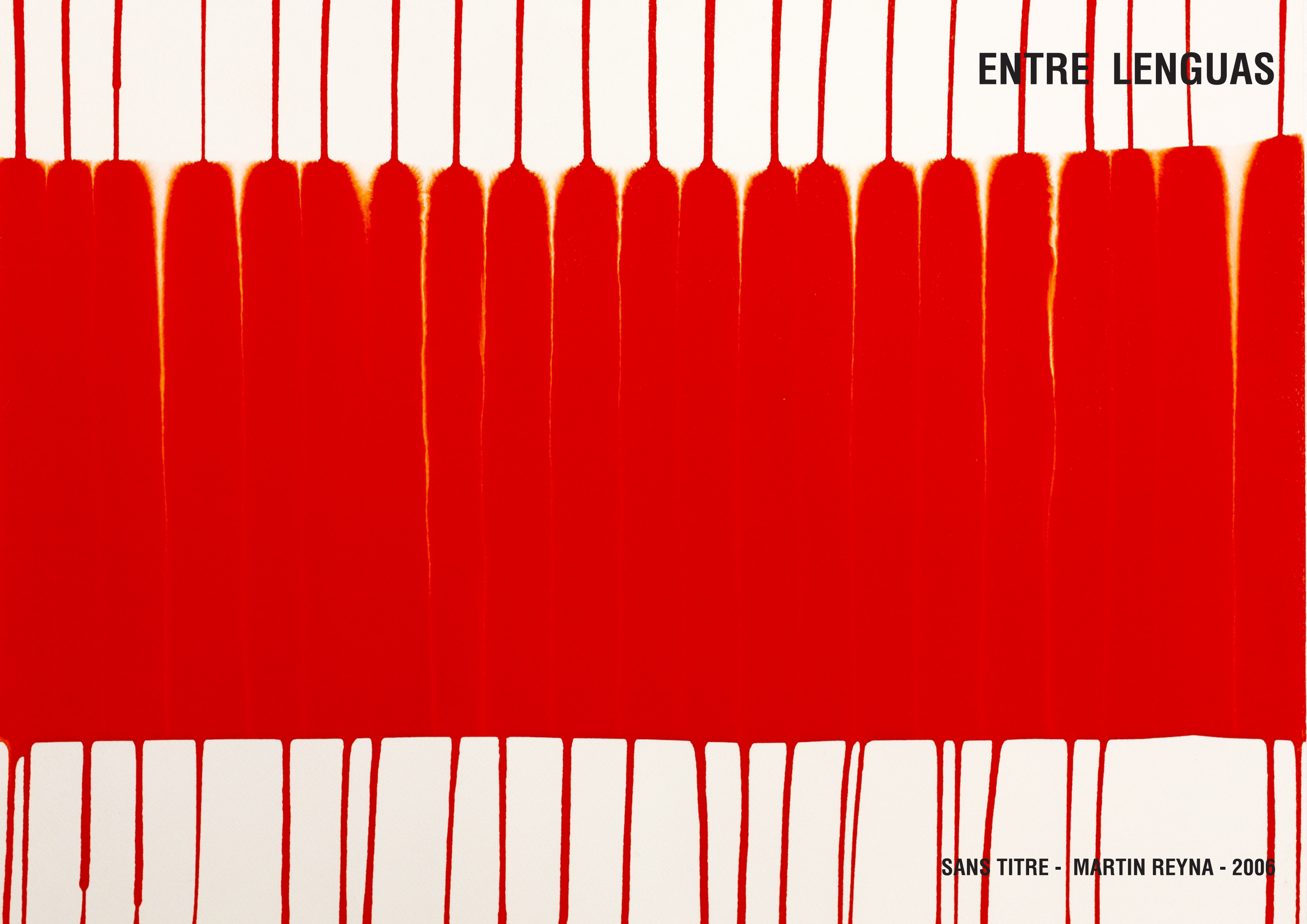
-el S1 todo solo, que tiene efectos de goce.
En su curso *El Uno solo,* sesión 7, retoma estos dos valores del S1, en una nueva vuelta sobre estas operaciones, con él esquima:
I 0 1
Este I, S1 todo solo, "Es el Uno a partir del cual pueden plantear y pensar cualquier suerte de marca, porque es solo a partir de este Uno que pueden plantear y pensar la falta. Es la marca originaria a partir de la cuál contamos según la serie: uno, dos, tres… A condición, en primer lugar, de pasar por su inexistencia".
En el autismo, hay afectación del S1, pero no hay borramiento que haga trata, pues, del S1, originario, que itera: S1, S1, S1.
Pero Miller nos indica también que en su ultimísima enseñanza:
Lacan promueve un abordaje por complejo diferente del significante, donde el significante actúa separado de su significación.
¿Y unido a qué? Solo a otro significante. Separado de su significación porque está articulado con otro significante.
Entonces, en primer lugar, siguiendo a Lacan se tratará por nuestra parte de "escuchar" al niño autista, escucharlo realmente, despojándonos del sentido que nos ofusca en la búsqueda de la significación. Es a partir de ahí que podremos encontrar "algo para decirle". Escuchar el S1 que itera en el autista, y responder a ello entonces no con un S2, sino con la repetición de un S1 en el lugar de S2.
Planteo entonces que es esto lo que está en el inicio de un posible lazo con el autista, de un diálogo por fuera de la significación, de un diálogo que no apunta a la comunicación sino a la interlocución vacía de sentido, que apunta a hacerse existir para el autista de una manera no invasiva, a encarnar al Otro en una presencia a la que él pueda consentir. Para ello será también preciso atender a las condiciones del Otro del autista con el que trabajamos, para rebajar y difuminar, para desinvestir en lo posible nuestra presencia en la enunciación.
Miller en su curso *El Uno solo* nos indica que "todo significante, en el sentido de "cada significante" es Uno". Podemos pues tomar ese "cada significante" del que hacemos un uso despojado de significación, en su estatuto de "significante cualquiera". Podemos decir entonces que la conexión del S1 del lado del autista y el S1 del lado del analista, podrá conllevar el recorte de un partenaire que favorezca el efecto evanescente de emergencia de un sujeto que signe un "encuentro".

Viñeta

Hace tan solo unos días que Juan, de dos años, llegó a Patinete. Las educadoras me habían hablado de una estereotipia muy marcada: suele colocar un coche en una mesa y pega a él sus ojos agitando las manos con su cuerpo en tensión. Hace esto mismo cuando en el jardín mira caer puñados de arena que lanza al aire. Cuando yo llego a Patinete, él está haciendo este gesto ocupado con un tren que ha colocado sobre una mesa, junto a su papá, que le acompaña en estos primeros días. Su grupo va a marchar a otro espacio, y le invitan a ir, pero yo digo que puedo quedarme con Juan y su papá allí un poquito más.
Me coloco cerca de él, en silencio. Observo esta acción que hace una y otra vez con sus manos, pegando y alejando sus ojos del tren. Pero hace algo más: antes de pegotearse al objeto lo desplaza apenas un poco. Tomo este mínimo desplazamiento y acoplo a él la emisión de un rítmico y monótono "brum-brum".
El sigue, y cada vez que desplaza el tren yo emito ese sonido, con mis ojos ostensiblemente puestos en ese tren, puesto que me doy cuenta de que la mirada es algo que toma un especial espesor en este niño silencioso. A veces, tras la emisión de mi sonido, se vuelve y me mira. Sostengo su mirada sin fijar la mía. Muy pronto me doy cuenta de que la estereotipia ha desaparecido. El "diálogo" prosigue, y al poco Juan desplaza el tren por toda la mesa, a veces cuidadosamente hasta el borde. Cada vez, yo respondo con mi "brum-brum". En una ocasión toca con su dedo una pequeña motita en el tren, a mi vez, la toco y también otra que hay al lado. Toma una pieza del tren y la deja caer al suelo, la recojo y la ofrezco ante él, en silencio, en la palma de mi mano. La toma, y desplazándose por la sala –como antes hacía con el tren – la va dejando caer; cada vez la tomo y se la ofrezco. Toma una sartén de una cocinita, la avanza un poco hacia mí, como mostrándomela, y la deja caer. La recojo y se la ofrezco. La lleva a la mesa donde está el tren y vuelve a ocuparse de éste. Esta vez los trayectos son fuertes, suaves, rápidos, lentos y mi repuesta "brum-brum" se acopla a ellos. Él está atento a mi respuesta.
Va hacia una casita y entra. Yo me siento en una silla junto a la ventana de la casita. "Toc-toc" y abro la ventana: "Hola, Juan". Él hace por cerrarla y le ayudo. "Adiós, adiós". Esto se repite varias veces, haciendo gestos que tomo como sus iniciativas para abrir y cerrar las ventanas, a lo que le ayudo. A veces sale de la casita y mira por la ventana como para ver ese espacio al que yo miro.
Luego vuelve a la mesa con el tren y yo permanezco sentada en la silla junto a la casita, algo alejada de donde está él. Desde ahí, acompaño con mi "brum-brum" los desplazamientos del tren. De repente, se vuelve, me mira con intensidad, percibo como un instante de vacilación, toma el tren y con sumo cuidado lo trae hasta donde yo estoy y lo deposita sobre mis piernas.
Planteo que hay en esta pequeña viñeta un diálogo entre distintos S1: el suyo, un significante áfono, este movimiento del tren que repite, el mío "brum-brum", un S1 situado en función de S2 en tanto respuesta al suyo. Una conversación sin sentido, pero con una existencia real. Hay mi repetición, que le sigue, y la muestra de que el goce está atemperado, capturado en esta secuencia S1-S1, es la desaparición de la estereotipia durante todo ese tiempo. Hubo una apuesta por mi parte, y la sorpresa surgió desde el inicio, pero hubo un broche absolutamente inesperado con ese depositar el tren sobre mis piernas. Un acto dirigido al Otro-partenaire, índice de la emergencia del sujeto, firma de un encuentro.

Gracia Viscasillas. AP, ELP. Psicoanalista en Zaragoza.
g.viscasillas@gmail.com

ENTRE LENGUAS



SANS TITRE - MARTIN REYNA - 2006

A estratégia autística e a transferencia

María Rachel Botrel &

>>Psicóloga, Membro da EBP-MG

Susana Faleiro Barroso

>>Psicóloga, Prof. Faculdade de Psicologia, Puc-Minas, Membro da EBP-MG

Em seus testemunhos, os autistas revelam o quanto não são partidários da solidão, embora também demonstrem o quanto lhes faltam os recursos para superá-la. O que verificamos é que qualquer inserção do autista no campo do Outro supõe o recurso à defesa autística, que estrategicamente, visa anular o Outro. Nossa hipótese é de que a condição fundamental da transferência do sujeito autista implica a permeabilidade de sua borda defensiva. É a partir de sua base-cápsula-borda que o sujeito poderá inventar e ampliar suas conexões com o Outro, sem que isso o devaste.

Encontramos no autismo as manifestações clínicas do uso do Um, a saber, o retraimento, a profunda solidão, a mesmice, a iteração, a vontade suprema de imutabilidade. Antonio Di Ciaccia definiu a especificidade do trabalho do autista diferente do trabalho do psicótico: "a criança autista é alguém que trabalha para se defender do Um-sozinho" (CIACCIA, 2005, p. 36). Ao defender-se do gozo o autista engaja-se em uma dupla operação de autodefesa e de autoconstrução. Na operação de autodefesa o sujeito anula o Outro, visto que o significante nesse caso não serve de obstáculo ao excesso de gozo, ao contrário é um meio de gozo. Na operação de autoconstrução o sujeito autista se serve dos signos para se instalar na existência.

Há três pilares interdependentes que fundam a estrutura autística, a saber, a retenção dos objetos pulsionais, a prevalência do signo e o aparelhamento do gozo a uma borda. A borda autística implica a singularidade da defesa autística contra a angústia que o encontro com o Outro não esvaziado de gozo desperta. A construção de uma borda permite circunscrever o gozo. O franqueamento da borda implica uma cessão de objeto, isto é, uma cessão do excedente de gozo capaz de deslocar o limite da borda autística. Esse deslocamento é correlato de uma inserção do sujeito no campo do Outro. Segundo Maleval, "a maior parte dos autistas que está em posição de relatar uma saída subjetivada do retraimento autístico, e não tão somente uma adaptação social superficial testemunha um percurso que passa pela complexificação de sua borda, lugar de suas afinidades, produzida pelas mutações ou pelas derivações, indo por vezes até seu apagamento" (MALEVAL, 2015, p. 136). A borda autística, também chamada *neoborda*, é composta pelo objeto autístico, pelo duplo e pelas ilhas de competência ou interesses específicos.

O objeto autístico, tal como Laurent o definiu em seu livro "A batalha do autismo" (2014) implica o acomodamento dos restos, dos dejetos, deixados pelo encontro com o Outro da língua que vem perturbar o corpo, seja qual for o substrato biológico do funcionamento ou da disfunção de tal corpo. O objeto é uma cadeia heterogênea, feita de coisas descontínuas (letras, pedaços de corpo, objeto tirados do mundo, etc.), organizada como um circuito, munida de uma topologia de borda e articulada ao corpo.

A maioria dos autistas tem um objeto do qual, muitas vezes, não se separam. Ele pode ser parte do corpo do sujeito ou parte do mundo exterior, mas, de todo modo, constitui apêndices do corpo. Serve de apoio alienante compensando o problema da falha da alienação ao discurso do Outro. Os objetos autísticos são objetos fora do corpo, mas que fazem borda com o corpo e implicam o retorno do gozo sobre essa borda. Eles têm a maior importância para o sujeito na promoção da montagem do corpo pulsional e na abertura à socialização. "O corpo do sujeito mantém com ele uma relação de re-localização incessante, uma tentativa de situar-se, seja apegando-se a ele, seja rechaçando-o" (LAURENT, É., 2007, p.30). O objeto autístico assume uma função decisiva para o sujeito, no tanto que ele viabiliza alguma regulação da economia de gozo a despeito da não inscrição da função fálica do gozo. Segundo J. C. Maleval, a complexificação da borda autística depende da possível articulação do objeto autístico ao Outro de síntese e de sua participação numa ilha de competência. Tudo isso corrobora com a manutenção da imutabilidade assegurada pela relação do sujeito com os signos. O Outro de síntese aberto ancora-se na língua do Outro reduzida a signos desligados do gozo, permitindo uma comunicação sem afetos e oferecendo perspectivas para a socialização. Com seu objeto sob controle, o autista capta o gozo, coloca em cena uma proteção do desejo do Outro e demonstra sua estratégia de compor com a falta no Outro sem passar pela fantasia neurótica, pelo fetiche perverso ou o delírio psicótico.

O duplo constitui um ponto paradoxal do trata-

mento do gozo pelo autista. Se de um lado tem função estruturante, embora com toda precariedade da dependência que implica; por outro lado, a perda do duplo quase sempre leva a um *laisser-tomber* o corpo. Sem o duplo o gozo retorna no real do corpo do sujeito autista à maneira do que se passa com o esquizofrênico. O duplo, como uma imagem real, vem no lugar onde se presentificaria a falta no Outro e pode constituir uma via privilegiada para o vínculo com o outro. Assume grande importância na estrutura autística, pois pode potencializar avanços e conquistas do autista do ponto de vista da comunicação, da educação e da socialização. O autista se serve do duplo para sair do seu isolamento em direção ao meio social, sem, no entanto, deixar sua posição autista, pois conectado ao duplo sente-se protegido das trocas com o Outro. É o lugar concedido ao adulto ou mesmo à outra criança que se encontra por perto, uma espécie de outro à mão. O autista pode amar seu duplo como a si mesmo, pois por meio deste ordena sua realidade, promove uma conexão libidinal ao corpo do outro, o que lhe confere um corpo. A lógica do duplo se ancora no significante sozinho, o significante no real.

É preciso, portanto, que o psicanalista esteja advertido quanto à relação original do autista com a linguagem, com os objetos e com o duplo para acolher a transferência possível na clínica do autismo e para se orientar quanto ao seu manejo. A transferência está associada às estratégias da defesa autística contra o real devastador. Dessa maneira, o analista como parceiro do autista faz parte de sua defesa. É um aliado do autista no seu trabalho de defender-se do Um-sozinho. Somente incluído na defesa autística o analista poderá promover um encontro que não desperte no autista uma angústia avassaladora que, pelo contrário, sustente a evolução de sua borda, dinamizando suas invenções.

É o que o caso de Emanuel demonstra após dez anos de tratamento psicanalítico iniciado aos doze anos de idade. “Meus pais não entendem a minha língua: Eles falam com linguagem e conceitos da década de 80. Para conversar comigo precisam chegar ao século XXI. Mas eles não vão chegar, então nunca vamos nos comunicar”. Situar estas duas linguagens - a sua e de seus pais- é uma tentativa de organizar algo que se impunha de forma violenta sobre Emanuel e o conduziu, várias vezes, a tentativas de suicídio. Por mais que esta localização trouxesse certo apaziguamento, ela produzia um mundo inacessível ao outro. Emanuel circunscreveu os efeitos sobre seu corpo do encontro com esta linguagem dos anos 80, que por possuir “conceitos rígidos” não deixava espaço para o seu modo de viver a vida, fazendo dele “um anormal”. Em situações cotidianas onde ele não conseguia entender o que lhe estava sendo dito ou perguntado, ele recorria, então, a analista para que ela o localize neste espaço de trocas, tão complexo para ele. A partir da presença da analista uma tradução vai sendo possível permitindo que esta linguagem se tornasse suportável. Ele se ancora em dois elementos de borda - a analista como tradutora e dois objetos, que foram eleitos em sua infância, o piano e a sinuca. A partir do uso singular que Emanuel faz da linguagem e da presença do analista como um duplo, ele pode traduzir a linguagem dos anos 80 e ampliar o uso dos seus objetos produzindo alguns intercâmbios sociais.

Constrói uma tática: “defender para depois jogar”. Esta flexibilização da linguagem “rígida” possibilita que ele entre em um campeonato de Sinuca e participe de algumas apresentações de piano. Durante uma apresentação de piano ele suporta tocar uma música, que não estava programada, a pedido do público. Diz que “era uma voz fora, baixinha, então toquei”. O piano lhe permitiu a partir desta apresentação localizar a voz como objeto. Um objeto fora, baixo que não era excessivo.

Em várias situações ele se esforça para dizer ao outro qual a proximidade suportável para ele. Em uma destas tentativas ele produz um texto. O piano lhe permite escutar sua voz de uma nova maneira e então ele pede que seu texto, que transcrevemos aqui, seja lido antes da apresentação.

“Não se deve deixar a pessoa sofrer o quanto quiser. Você tem que dar espaço para ela, “viver” aquela fase triste. Se você vê que as coisas estão piorando, convide ela para ir a um psiquiatra. Não force ela a nada, pois assim, as coisas vão piorar novamente. Depois disso, o profissional vai usar da melhor forma possível, sendo com orientação de coisas a se fazer, ou até mesmo receitar algum tipo de medicamento. Mais uma coisa eu falo, se aquela pessoa tem um hobby, alguma coisa que ela sente prazer é muito em fazer, não para. Não deixe que a depressão tire a coisas que te dão mais prazer, como no meu caso, foi a sinuca e o piano. Tem que parecer mais que um convite, sabe? Mas sem forçar a pessoa, pois isto pode acabar piorando as coisas. Você não precisa seguir o padrão de normalidade que o mundo te exige. Você pode ser “anormal” e ao mesmo tempo agradar os outros.”

Emanuel expressa o que aprendeu para reduzir seu gozo e ir seguindo sua vida. Afirmando sua linguagem e isto pode agradar ao outro.

mrbotrel@gmail.com
suzanafaleirobarroso@gamil.com

-Ciaccia A. (2005) “A prática entre vários”, in ALTOÉ, S. (org.) *Psicanálise, Clínica e Instituição,* Rio de Janeiro, Rios Ambiciosos, p. 34-54.

-Laurent, E. (2007) “Autisme et psychose: poursuite d´un dialogue avec Robert e Rosine Lefort” in *La Cause Freudienne*, Paris, Navarim, Seiul, n.66, p. 105-118.

-Maleval, J.C. Por que a hipótese de uma estrutura autística? Opção Lacaniana online nova série, Ano 6, nº18, novembro de 2015. Disponível em: <http://www.opcaolacaniana.com.br/pdf/numero_18/Por_que_a_hipotese_de_uma_estrutura_autistica.pdf > Acesso em: 15 ago. 2018.

A estratégia autística e a transferencia - María Rachel Botrel y Susana Faleiro Barroso 85

entreUnos - El autismo en la transferencia

La estrategia autista y la transferencia

María Rachel Botrel &

>>Psicóloga, Membro da EBP-MG

Susana Faleiro Barroso

>>Psicóloga, Prof. Faculdade de Psicologia, Puc-Minas, Membro da EBP-MG

traducción:
Iassana Scariot

86

Traducido del portugués por Iassana Scariot

En sus testimonios, los autistas revelan cuánto no son partidarios de la soledad, aunque también demuestran cuánto carecen de los recursos para superarla. Lo que verificamos es que cualquier inserción del autista en el campo del Otro supone el recurso a la defensa autística, que estratégicamente, apunta a anular al Otro. Nuestra hipótesis es que la condición fundamental de transferencia del sujeto autista implica la permeabilidad de su borde defensivo. Es desde su base-cápsula-borde que el sujeto puede inventar y expandir sus conexiones con el Otro, sin que esto lo devaste.

Encontramos en el autismo las manifestaciones clínicas del uso del Uno, a saber, la retirada, la soledad profunda, la semejanza, la iteración, la voluntad suprema de la inmutabilidad. Antonio Di Ciaccia definió la especificidad del trabajo autista como diferente del trabajo psicótico: "el niño autista es alguien que trabaja para defenderse del Uno solo" (CIACCIA, 2005, p. 36). Al defenderse del goce, el autista se involucra en una doble operación de autodefensa y autoconstrucción. En la operación de autodefensa, el sujeto anula el Otro, ya que el significante en este caso no sirve como un obstáculo para el exceso de goce, por el contrario, es un medio de goce. En la operación de autoconstrucción, el sujeto autista usa los signos para establecerse en la existencia.

Hay tres pilares interdependientes que fundamentan la estructura autística, a saber, la retención de los objetos pulsionales, la prevalencia del signo y la sistematización del goce a un borde. El borde autístico implica la singularidad de la defensa autística contra la angustia que el encuentro con el Otro no carente de goce despierta. La construcción de un borde permite circunscribir el goce. La transposición del borde implica una cesión del objeto, o sea, una cesión del excedente de goce capaz de desplazar el límite del borde autístico. Este desplazamiento se correlaciona con una inserción del sujeto en el campo del Otro. Según Maleval, "La mayoría de los autistas que están en condiciones de informar una salida subjetiva del retraimiento autístico, y no únicamente una adaptación social superficial, dan testimonio de una vía que atraviesa la complejización de su borde, lugar de sus afinidades, producidas por mutaciones o derivaciones, llegando incluso hasta su borrado" (MALEVAL, 2015, p.136). El borde autístico, también llamada *neoborde*, está compuesta por el objeto autístico, el doble y los islotes de competencia o intereses específicos.

El objeto autístico, como lo definió Laurent en su libro "La batalla del autismo" (2014), implica la acomodación de los restos, los remanentes, dejado por el encuentro con el Otro del lenguaje que viene a perturbar el cuerpo, independientemente del sustrato biológico del funcionamiento o disfunción de dicho cuerpo. El objeto es una cadena heterogénea, formada por cosas discontinuas (letras, partes del cuerpo, objetos tomados del mundo, etc.), organizada como un circuito, dotada de una topología de borde y articulada al cuerpo.

La mayoría de las personas autistas tienen un objeto del que a menudo no se separan. Puede ser parte del cuerpo del sujeto o parte del mundo exterior, pero en cualquier caso constituye apéndices del cuerpo. Sirve como apoyo alienante al compensar el problema del fracaso de la alienación del discurso del Otro. Los objetos autísticos son objetos que están fuera del cuerpo, pero que hacen borde con el cuerpo e implican el regreso del goce en ese borde. Son de la mayor importancia para el sujeto hacer, hacer factible, el montaje del cuerpo pulsional y en la apertura a la socialización. "El cuerpo del sujeto mantiene con él una relación de re-localización implacable, un intento de situarse, ya sea aferrándose a él o rechazándolo" (LAURENT, É., 2007, p.30). El objeto autístico asume una función decisiva para el sujeto, en la medida en que permite cierta regulación de la economía del goce a pesar de la no inscripción de la función fálica del goce. Según J. C. Maleval, la complejización del borde autístico depende de la posible articulación del objeto autístico con el Otro de síntesis y su participación en un islote de competencia. Todo esto se corrobora con el mantenimiento de la inmutabilidad asegurada por la relación del sujeto con los signos. El Otro de síntesis abierto se ancla en el lenguaje del Otro reducido a signos desconectados del goce, permitiendo una comunicación sin afectos y ofreciendo perspectivas para la socialización. Con su objeto bajo control, el autista captura el goce, pone en escena una protección del deseo del Otro y demues-

tra su estrategia de componer con la falta del Otro sin pasar por la fantasía neurótica, por el fetiche perverso o por el delirio psicótico.

El doble es un punto paradójico del tratamiento del goce por parte del autista. Si, por un lado, tiene una función estructuradora, aun con toda la precariedad de la dependencia que implica; por otro lado, la pérdida del doble casi siempre conduce a un cuerpo *laisser-tomber*. Sin el doble, el goce regresa en lo real del cuerpo del sujeto autista en la forma en que sucede con el esquizofrénico. El doble, como imagen real, viene en el lugar donde la falta en el Otro estaría presente y puede constituir un camino privilegiado para el vínculo con el otro. Asume una gran importancia en la estructura autística, ya que puede potenciar los avances y logros de los autistas desde el punto de vista de la comunicación, la educación y la socialización. El autista usa el doble para dejar su aislamiento hacia el entorno social, sin embargo, sin dejar su posición autista, porque conectado al doble se siente protegido de los intercambios con el Otro. Es el lugar otorgado al adulto o incluso al otro niño que está cerca, una especie de otro a mano. El autista puede amar a su doble como a sí mismo, porque con esto ordena su realidad, promueve una conexión libidinal con el cuerpo del otro, lo que le da un cuerpo. La lógica del doble está anclada en el significante solo, el significante en lo real.

Es necesario, por lo tanto, que se advierta al psicoanalista sobre la relación original del autista con el lenguaje, con los objetos y con el doble para recibir la posible transferencia en la clínica del autismo y orientarse en su manejo. La transferencia está asociada con las estrategias de la defensa autística contra lo real devastador. De esta manera, el analista como socio autista es parte de su defensa. Es un aliado de los autistas en su trabajo de defenderse a sí mismo del Uno-solo. Solo incluyéndose en la defensa autística, el analista puede promover un encuentro que no suscite en el autista una angustia abrumadora que, por el contrario, sostenga la evolución de su borde, dinamizando sus invenciones.

Esto es lo que demuestra el caso de Emanuel después de diez años de tratamiento psicoanalítico iniciado a los doce años de edad. “Mis padres no entienden mi idioma: hablan con el lenguaje y los conceptos de los años 80. Para hablar conmigo necesitan llegar al siglo XXI. Pero ellos no llegarán, así que nunca podremos comunicarnos “. Situar estos dos idiomas, el suyo y el de sus padres, es un intento de organizar algo que se impuso violentamente a Emanuel y lo llevó, varias veces, a intentos de suicidio. Por mucho que este lugar trajera cierto apaciguamiento, produjo un mundo inaccesible al otro. Emanuel circunscribió los efectos en su cuerpo del encuentro con este lenguaje de los años 80, que al tener “conceptos rígidos” no dejó espacio para su estilo de vida, lo que lo convirtió en un “anormal”. En situaciones cotidianas en las que no podía entender lo que se decía o preguntaba, se dirigía al analista para ubicarlo en este espacio de intercambios, tan complejo para él. Desde la presencia del analista es posible una traducción que permita que este lenguaje se vuelva soportable. Está anclado en dos elementos de borde: el analista como traductor y dos objetos, que fueron elegidos en su infancia: el piano y el pool. Desde el uso singular del lenguaje por parte de Emanuel y la presencia del analista como un doble, puede traducir el lenguaje de la década de 1980 y ampliar el uso de sus objetos mediante la producción de algunos intercambios sociales.

Construye una táctica: “Defiende para después atacar”. Esta flexibilización del lenguaje “rígido” le permite ingresar al campeonato de pool y participar en algunas presentaciones de piano. Durante su presentación de piano, él tolera tocar una música que no estaba programada, a pedido del público. Dice que “fue una voz externa, corta, luego yo toqué”. El piano le permitió a esta presentación ubicar la voz como objeto. Un objeto externo, bajo, no era excesivo.

En diversas situaciones, se esfuerza por decirle al otro cuál es la cercanía soportable con él. En uno de estos intentos produce un texto. El piano le permite escuchar su voz de una manera nueva y luego solicita que su texto, que transcribimos aquí, se lea antes de la presentación.

“No debes dejar que la persona sufra tanto como quieras. Tienes que hacer espacio para ello, “vivir” esa triste fase. Si ve que las cosas están empeorando, invítela a ir a un psiquiatra. No la obligues a nada, porque bueno, las cosas volverán a empeorar. Después de eso, el profesional lo usará de la mejor manera posible, guiándose por cosas que hacer, o incluso recetará algún tipo de medicamento. Una cosa más que digo, si esa persona tiene un pasatiempo, algo que ella siente que el placer es demasiado para hacer, no para. No deje que la depresión le quite cosas que le dan más placer, como en mi caso, fue el pool y el piano. Tiene que parecerse más a una invitación, ¿sabes? Pero sin forzar a la persona, porque esto puede terminar empeorando las cosas. No tienes que seguir el patrón normal que el mundo te exige. Puedes ser “anormal” y al mismo tiempo complacer a otros “.

Emanuel expresa lo que ha aprendido para reducir su goce y seguir su vida. Afirmando su lenguaje lo que puede complacer al otro.

mrbotrel@gmail.com
suzanafaleirobarroso@gamil.com

Bibliografía

-Ciaccia A. (2005) “A prática entre vários”, in ALTOÉ, S. (org.) *Psicanálise, Clínica e Instituição,* Rio de Janeiro, Rios Ambiciosos, p. 34-54.
-Laurent, É. (2007) “Autisme et psychose: poursuite d´un dialogue avec Robert e Rosine Lefort” in *La Cause Freudienne*, Paris, Navarim, Seiul, n.66, p. 105-118.
-Maleval, J.C. Por que a hipótese de uma estrutura autística? Opção Lacaniana online nova série, Ano 6, nº18, novembro de 2015. Disponível em: <http://www.opcaolacaniana.com.br/pdf/numero_18/Por_que_a_hipotese_de_uma_estrutura_autistica.pdf > Acesso em: 15 ago. 2018.

La estrategia autista y la transferencia - María Rachel Botrel y Susana Faleiro Barroso – Traducción de Iassana Scariot 89

entreUnos - El autismo en la transferencia

Le reél d´une scène.

Christophe Le Pöec

Notes :

Parler de transfert dans le cas d'une pratique avec des sujets autistes n'est pas une évidence. L'usage de ce concept porte le risque de définir et de travailler avec le sujet autiste en s'orientant de concepts qui opèrent plutôt pour les sujets non-autistes. Les cliniciens qui rencontrent des sujets autistes reconnaissent à quel point il sont forcés de se défaire, d'oublier ou de repenser les concepts qui leur servaient jusque là à tracer une voie depuis la rencontre. Nous pourrions dire qu'actuellement saisir un transfert du sujet autiste pourrait se faire à partir de ce que nous avons pu repérer comme constituant ce qu'Eric Laurent appelle un « néo-bord ». « Transfert au double », « transfert à l'objet », « transfert au signe » ou à « la lettre de l'îlot de compétence » sont autant de formules produites et usées dans notre champ. Cependant, la clinique avec les sujets autistes me semble témoigner de quelque chose qui dépasse un peu ces formules en un point précis. S'il y a une particularité des sujets autistes qui s'est manifestée ces dernières années, c'est bien la propension, voire l'affinité pour certains, pour le témoignage. Ils témoignent de leur expérience et se mettent au travail de cela. Ne pourrait-on pas penser le transfert du sujet autiste comme partant de cet élan. Par exemple, Donna William qui s'intéressait aux listes de noms propres prend le téléphone pour annoncer à une personne inconnue qu'elle est le premier « A » de telle ville. Tel jeune qui passait des heures à jouer aux jeux vidéos me cherche dans l'institution chaque mardi pour me témoigner de son avancée et me demander où j'en suis arrivé. Dans la clinique, nous travaillons souvent avec les objets des autistes mais nous constatons que le travail nous amène souvent sur un terrain qui fait advenir une question plus vivante. Une question sur l'Autre, même si celui-ci n'est pas l'Autre saisi par le sujet du schéma optique. Pas à la place qui lui donne sa consistance, le sujet autiste est dans le réel. Son Autre est capricieux et rugissant mais il ne semble pas que cela ressorte du caprice de la psychose. L'autiste qui arrive en institution bien souvent ne regarde pas, ne mange pas, ne parle pas, ne va pas à la selle. C'est ce qui fait la grande difficulté sociale des enfants que nous rencontrons. Pourtant, ils sont inlassablement pris dans des circuits d'eau, de vidéos, d'objets qu'ils font cheminer des saladiers jusqu'à la cuvette des toilettes et c'est ce que nous appelons leur travail. C'est un travail de la pulsion, et qui embraye selon moi ce que nous pourrions nommer transfert. Car une chose que je trouve surprenante c'est que dans la quasi totalité des cas, si une personne - et il peut parfois s'agir du clinicien, même si c'est le plus souvent les parents - si une personne se trouve à côté dans ce moment de travail, cela intéresse le sujet autiste autant que cela l'encombre.

Expérience

Léo est le quatrième enfant d'une famille nombreuse. Ses parents s'adressent d'abord au CMP de leur secteur car depuis son entrée à la maternelle, Léo les inquiète. Il grimpe sur les murs, les meubles, sans sembler avoir conscience du danger. Il s'agite, sort de la classe et sa place à l'école est mise en question. Depuis la naissance de sa soeur à ses trois ans, il est devenu très sélectif et rigide vis à vis de la nourriture. Ses parents lui donnent des biberons mais ne peuvent changer la tétine car il refuse alors de boire. Ils craignent qu'il ne se nourrisse pas assez. Il ne parle pas pour communiquer, babille de manière atypique, des sons très distordus où l'on reconnaît des mots qu'il tire souvent des dessins animés qu'il regarde avec insistance. Insécurisé par les mouvements du monde, il résiste à se laisser aller à l'endormissement. Pendant longtemps, il refuse d'aller dans sa chambre et dort sur le canapé, mettant en arrêt sur image le film de monstre et compagnie au moment précis où tous les personnages se trouvent présents à l'écran. À la maison, Léo se fait maître des mouvements d'intrusion et d'extraction des objets et des personnes de son monde. Il est particulièrement vigilant à ce que sa mère reste à la maison. Il garde souvent un oeil sur la fenêtre pour voir si la voiture est bien là. Lorsque sa mère part rentre en crise. « Je ne comprends pas son problème de séparation, me dit-elle un jour. Parce qu'il fait des crises quand je m'en vais mais lui peut partir sans problème pour aller chez vous. » Nous supposons alors que Léo se compte de manière singulière dans l'opération de séparation. Le vécu d'arrachement n'a lieu pour lui que lors du départ d'une personne où d'un objet dont il avait constitué son monde. En revanche, partir luimême ne le sépare pas des objets qu'il laisse **[2]**. Dans le quotidien il se fait l'agent qui fait disparaître les objets dans les trous qu'il repère. Bouches d'égouts, trous des toilettes, fontaines.

À son arrivée au Courtil en semi-internat à l'âge de sept ans, après avoir été déscolarisé puis accueilli en hôpital de jour pendant trois ans, Léo se met d'emblée à son affaire de traduire l'espace selon sa propre couture. Il prend nos mains et nous fait ouvrir les portes qu'il rencontre. Nous ouvrons tous les placards et Léo va poser son regard au fond comme pour en éprouver les bords puis s'en désintéresse. Lorsque nous ne pouvons pas ouvrir une porte, c'est la crise. Il s'effondre, pleure, dit : « Non, mais qu'est ce qui se passe » avec une voix très distordue très difficile à comprendre. Il nous fonce dessus la tête la première ou contre les fenêtres en poussant des cris aiguës. Son père me donnera quelques clefs pour mieux entendre sa langue. Je repérerais ainsi qu'il répète énormément les phrases que l'on dit, en leur donnant un accent injonctif, ou des paroles extraites des dessins animés. Ses frères et soeurs, qui partagent avec lui un intérêt pour les films animés, peuvent reconnaître les séquences qu'il fredonne au quotidien et jouer des scènes avec lui.

Dès sa semaine d'admission, Léo choisit un livre de Monstre et Cie et nous montre les ciseaux nous amenant à ce que l'on découpe les pages du livre pour les scotcher sur les murs du centre d'accueil de jour. Les parents m'apprennent qu'il fait cela aussi à la maison. Il réalise au Courtil des scènes avec des personnages et les prend en photo. Lors des promenades, Léo s'arrête à chaque fontaine, chaque point d'eau et scrute le trajet des petits cailloux qu'il fait tomber dedans. Il colle son regard au plus près de l'eau jusqu'à y tomber tout entier. Prendre une photo de la fontaine ou du trou qui le saisit lui permet de se remettre en marche en explorant la photo du trou. Avec mon appareil il prend de nombreuses photos d'un trou dans lequel il fait souvent rentrer ses chaussettes.

Dans la suite de ce travail d'accueil nous avons cherché à inscrire Léo dans une école spécialisée. Ses deux premières années de scolarisation ont été difficiles. Léo fait de nombreuses crises. Nous lui aménageons un horaire allégé, sommes attentifs aux objets qu'il amène pour qu'il puisse s'en soutenir. Nous évitons les moments où le bruit est trop fort car il y est très sensible. Après deux ans de travail en semi internat. L'état de santé de sa maman, qui était malade depuis quelques années, se détériore et la présence de Léo à la maison devient compliquée. Même si ce n'était pas leur souhait initial, les parents font une demande d'accueil en internat à laquelle nous répondons positivement. Ils témoignent de leur crainte qu'on ait l'impression qu'ils abandonnent leur enfant. Nous les rassurons sans détour sur ce point. J'ai beaucoup eu le père au téléphone dans les débuts de l'internat. Léo nous surprend par sa manière d'instaurer une immuabilité distincte de celle de la maison. Il reste restrictif sur la nourriture, par exemple, mais alors qu'à la maison il ne peut boire qu'une seule marque d'eau, à l'internat il boit même de l'eau du robinet. La première nuit, il veut d'abord s'installer collé au corps de l'intervenant pour dormir avant de s'endormir dans le canapé du hall, point d'où il peut voir l'entrée et donc les mouvements du bâtiment. La deuxième, il ira dans sa chambre après avoir collé des images de monstres et compagnie sur le mur. Le papa de Léo nous tiendra au courant semaines après semaines de l'état de santé de sa femme. Elle viendra le jour de l'inscription de Léo dans une nouvelle école qui nous apparaîtra plus adaptée. Même si Léo reste plutôt réfractaire jusqu'à ce jour aux apprentissages de type scolaires, préférant l'usage de l'ordinateur ou de ses affinités pour avancer vers un savoir. Le lendemain du décès de sa femme, le papa de Léo m'appelle pour me demander si l'on ne peut pas s'occuper de Léo le weekend, pendant l'enterrement à l'étranger. Lors de la discussion, il m'explique que toute la famille y va mais qu'il a des doutes sur les effets que pourrait avoir sur Léo un tel voyage. Nous en venons à envisager la possibilité que Léo parte également pour ce voyage et j'appuie cette perspective en disant que Léo comprend beaucoup de choses et qu'il pourrait être important qu'il soit avec ses frères et soeurs pour ce moment. Ils partent une semaine. Le sujet autiste nous amène souvent à faire des paris dans notre pratique, de s'engager vis à vis du discours qui l'entoure sans pouvoir mesurer directement les effets. Ils radicalisent en cela la singularité de l'expérience. Un an plus tard, Léo nous fera signe de l'effraction inédite et fugace de ce que nous pourrons nommer avec quelques précautions un « deuil ». Lors d'un séjour de vacances, un autre jeune qui dormait dans la même chambre que lui doit partir dans une ambulance. Au moment où l'ambulance s'en va, Léo s'effondre. Il hurle « maman », retourne tous les coussins comme s'il cherchait à l'intérieur du lit, colle son regard au velux vers le ciel comme s'il voulait épouser les bord du monde. Il met sa tête dans le trou des toilettes et crie : « maman ». Cela dure une journée entière et il est décidé qu'il reparte. Dès qu'il quitte les lieux, il se calme. De retour à la maison, comme s'il ne s'était rien passé, il reprend ses habitudes.

Circuit d'un transfert

Prenant appui sur son affinité pour l'image et les dessins animés nous lui avons proposé un atelier « film d'animation ». Léo réalise des scènes avec les jouets mis à disposition. Les premières séances il refuse de se séparer des jouets à la fin et s'effondre. Les séances suivantes il rangera de lui même et traitera ainsi cette séparation en s'en faisant l'agent. Lorsque nous prenons des photos pour les animer, il prend volontiers la pause et est toujours présent quand il s'agit d'être photographié ou filmé. Il passe ensuite une partie de l'atelier à regarder les vidéos prises, à s'arrêter et repasser les moments où il apparaît. Sinon, il réalise des scènes avec des figurines de dessins animés. Ce sont souvent des scènes à plusieurs personnages qui semblent interagir. Un jour où nous avions fabriqué des pantins à partir de photos de jeunes et d'intervenants. Léo se saisit du pantin le représentant et celui à mon image, les faisant se prendre par la main et se promener dans la salle. Au bout d'un moment, nous nous apercevons qu'il met son personnage dans une petite boîte, pour le recouvrir entièrement de perles en plastiques, jusqu'à ce qu'il soit complètement caché. Puis il prend le pantin me représentant, et fait comme s'il portait la boîte contenant le pantin de Léo enseveli. Plus tard, alors qu'il semble ne plus s'intéresser aux pantins nous nous en saisissons pour les animer à partir de photos. Lorsqu'il s'en rend compte il proteste : « non attendez ». Nous insistons un peu car ce que nous voulons faire ne prend que trente secondes. Une fois qu'il a consentit à ce que l'on utilise les pantins, il refuse catégoriquement de jouer de nouveau avec. Comme s'il les avait sorti de son monde. En revanche, une fois qu'il n'a plus les pantins à la bonne place, il demeure nerveux. Il déambule en criant un peu et en sortant de la pièce. Il cherche à grimper très agité sur une rampe d'escalier et nous le retenons. Nous l'entendons alors dire en se frappant l'oreille : "DESCEND ! DIS AU REVOIR ! DIS BONJOUR ! DIS MERCI ! Léo ! Léo". Puis, il fonce la tête la première dans une grande boîte en plastique. Je décide de vider la boîte de ses jouets et propose à Léo de rentrer dedans, comme il le jouait dans la scène qu'il réalisait précédemment. Il s'y installe dans la précipitation et je ferme le couvercle. Je lui fais coucou à travers la boîte qui est transparente alors qu'il rit. Il y reste une minute ou deux puis en ressort tout calmé. Il se remet à son travail incessant de modelage de l'espace qui rend son quotidien respirable, voire joyeux.

Ces séquences de travail, me paraissent témoigner de ce qui pourrait s'apparenter à un transfert. Un transfert en circuit que le clinicien prend acte en y faisant place. Léo s'intéresse d'abord aux objets, mais ce sont des objets qui sont chargés d'une présence sous contrôle et qu'il semble mettre en scène. Introduire la photo de son corps le mobilise et l'intéresse. Introduire la photo de mon corps lui permet de jouer une scène de transfert qu'il maitrise et organise. L'erreur que nous faisons en s'introduisant trop directement dans son organisation nous enseigne sur le sérieux de ce traitement du réel qui, s'il manque, produit la crise Le choix que nous faisons d'interpréter dans cet effondrement une tentative de retour à l'organisation en reconnaissant son geste désespérer de se jeter dans la caisse produit un effet heureux. Un retour à l'objet cette fois en s'appuyant sur mon corps et ma voix qui lui propose de rentrer dans la boîte. Il s'y soumet, un échange de regard peut alors se produire à travers les parois de la boîte translucide ce qui le fait rire, signe d'une jouissance supportable.

[1] Une scène, dans le théâtre classique, se scande par l'entrée ou la sortie d'un protagoniste.
[2] Eric Laurent nous indique, dans la bataille de l'autisme, que l'enfant autiste est toujours avec ses objets.

Bibliographie

Williams, D. *Si on me touche, je n'existe plus.*
Laurent, E. *La bataille de l'autisme.*

Lo real de una escena.

Christophe Le Pöec

traducción:
Pablo Dymant

Traducido del Francés por Pablo Dymant

Notas:

Hablar de transferencia en el caso de una práctica con sujetos autistas no es una evidencia. El uso de este concepto conlleva el riesgo de definir sujeto autista y de trabajar con él orientándose por conceptos que operan más bien para sujetos no-autistas. Los clínicos que reciben sujetos autistas reconocen hasta qué punto se ven forzados a desasirse, a olvidar, o a repensar los conceptos que hasta allí les sirvieron para trazar una vía a partir de ese encuentro. Podríamos decir que, actualmente, asir una transferencia del sujeto autista podría hacerse a partir de lo que hemos podido ubicar como constituyendo lo que Éric Laurent llama un "neo-borde". "Transferencia al doble", "transferencia al objeto", "transferencia al signo", o a "la letra del islote de competencia", son algunas de tantas fórmulas producidas y utilizadas en nuestro campo. Sin embargo, la clínica con sujetos autistas parece testimoniar acerca de algo que excede estas fórmulas en un punto preciso. Si hay una particularidad de los sujetos autistas que se ha manifestado estos últimos años, se trata de la propensión, es decir, de la afinidad, para algunos, por el testimonio. Dan testimonio de su experiencia y se ponen a trabajar en ello. No podría pensarse en la transferencia del sujeto autista como partiendo de ese impulso?

Por ejemplo, Donna Williams, que se interesaba por las listas de nombres propios, toma el teléfono para anunciar a una persona desconocida que ella es la primera "A" de tal ciudad. Un jóven que se pasaba horas jugando a los videojuegos me busca en la institución cada martes para contarme sobre sus avances y preguntarme hasta dónde he llegado yo. En la práctica clínica solemos trabajar con los objetos de los autistas, pero vemos que el trabajo nos lleva a menudo a un terreno que hace surgir una pregunta más viva. Una pregunta sobre el Otro, aunque éste no sea el Otro captado por el sujeto del esquema óptico, en el lugar que le da su consistencia; el sujeto autista está en lo real. Su Otro es caprichoso y rugiente, pero no parece que resulte del capricho de la psicosis. El autista que llega a una institución muy a menudo no mira, no come, no habla, no va al baño. Esta es la gran dificultad social de los niños que recibimos. Sin embargo, son captados incansablemente en circuitos de agua, videos, objetos que hacen caminar desde los lavabos hasta el inodoro, y es esto lo que llamamos su trabajo. Se trata de un trabajo de la pulsión, y que en mi opinión embraga lo que podríamos llamar transferencia. Porque una cosa que me sorprende es que en casi todos los casos, si una persona - y a veces puede tratarse del clínico, incluso lo más a menudo de los padres - si una persona se encuentra al lado en este momento de trabajo, esto interesa al sujeto autista tanto como lo estorba.

Experiencia

Leo es el cuarto hijo de una familia numerosa. Sus padres se dirigen en un principio al CMP [Centro médico psicológico] de su sector porque desde su ingreso en el jardín de infantes Leo los preocupa. Se trepa a las paredes, a los muebles, sin que parezca tener conciencia del peligro. Se agita, sale de la clase, y su lugar en la escuela es cuestionado. Desde el nacimiento de su hermana, a sus tres años, se ha vuelto muy selectivo y rígido con la comida. Sus padres le dan biberones pero no pueden cambiar el chupete, ya que entonces se niega a beber. Temen que no se alimente lo suficiente. No habla para comunicar, balbucea de manera atípica sonidos muy distorsionados donde se reconocen palabras que a menudo toma de los dibujos animados que mira insistentemente. Inseguro por los movimientos del mundo, se resiste a dejarse llevar por el sueño. Durante mucho tiempo se niega a ir a su habitación y duerme en el sofá, pausando la imagen de la película *Monsters Inc* en el momento exacto en que todos los personajes se encuentran presentes en la pantalla. En casa, Leo se vuelve amo de los movimientos de intrusión y de extracción de los objetos y de las personas de su mundo. Está especialmente atento a que su madre permanezca en casa. A menudo vigila por la ventana para ver si el coche está allí. Cuando su madre se va, entra en crisis. "No comprendo su problema de separación, me dijo un día. Porque entra en crisis cuando me voy, pero en cambio él puede irse sin problemas de casa". Suponemos entonces que Leo se considera de manera singular en la operación de separación. La vivencia de arrancamiento sólo tiene lugar para él con la partida de una persona o de un objeto del que ha hecho parte constitutiva de su mundo. En cambio, partir él mismo no lo separa de los objetos

que deja [2]. En lo cotidiano, se vuelve el agente que hace desaparecer los objetos en los agujeros que detecta: alcantarillas, inodoros, fuentes.

A su llegada a Le Courtil, en semi-internado, a la edad de siete años, después de haber sido retirado de la escuela y acogido en un hospital de día durante tres años, Leo se compromete de inmediato en su asunto de traducir el espacio según su propia costura. Toma nuestras manos y nos hace abrir las puertas que va encontrando. Abrimos todos los armarios y Leo deposita su mirada en el fondo, como experimentando los bordes para luego desinteresarse. Cuando no podemos abrir una puerta, adviene la crisis. Se derrumba, llora, dice: "No, pero qué pasa[?]" con una voz muy distorsionada, muy difícil de entender. "Precipitándose hacia nosotros o contra paredes y ventanas" gritando en forma aguda. Su padre me dará algunas pistas para escuchar mejor su lengua. Noto de este modo que repite enormemente frases que se le dicen o palabras extraídas de dibujos animados, dándoles un acento conminatorio. Sus hermanos y hermanas, que comparten con él este interés por las películas animadas, pueden reconocer las secuencias que tararea a diario e interpretar escenas con él.

Desde su semana de admisión, Leo elige un libro de *Monsters Inc* y nos enseña las tijeras, conduciendonos a cortar las páginas del libro para pegarlas en las paredes del centro. Los padres me enseñan que también hace esto en casa. En Le Courtil realiza escenas con los personajes y les toma fotos. Durante los paseos, Leo se detiene en cada fuente, en cada punto de agua, y explora el trayecto de las piedritas que hace caer dentro. Pega su mirada en el agua hasta que caen por completo. Tomar una foto de la fuente o del agujero que la sostiene le permite volver a caminar explorando la foto del agujero. Con mi cámara toma muchas fotos de un agujero en el que suele meter sus calcetines.

En la continuidad de este trabajo de acogida buscamos inscribir a Leo en una escuela especializada. Sus dos primeros años de escolarización fueron difíciles. Leo tuvo muchas crisis. Le ofrecemos un horario reducido, nos mantenemos atentos a los objetos que trae para que pueda apoyarse en ellos. Evitamos los momentos en los que el ruido es demasiado fuerte dado que es muy sensible. Después de dos años de trabajo en semi-internado el estado de salud de su madre, que había estado enferma durante varios años, se deteriora, y la presencia de Leo en la casa se complica. Aunque no era su deseo inicial, los padres hacen una solicitud de internación a la que respondemos positivamente. Manifiestan su temor de que parezca que abandonan a su hijo. Los tranquilizamos sin rodeos sobre este punto. Hablé mucho por teléfono con el padre en los comienzos del internado. Leo nos sorprende por su forma de instaurar una inmutabilidad distinta a la de su casa. Sigue siendo restrictivo con la comida, por ejemplo, pero mientras que en casa no puede beber más que una única marca de agua, en el internado toma incluso el agua del grifo. Durante la primera noche, querrá ante todo instalarse pegado al cuerpo del interviniente, antes de adormecerse en el sofá del hall, punto desde el que puede ver la entrada y, por lo tanto, los movimientos del edificio.

Durante la segunda noche, irá a su habitación después de pegar imágenes de *Monsters Inc* en la pared. El papá de Leo nos mantendrá informados semanas después sobre el estado de salud de su esposa. Llegará el día de la inscripción de Leo en una nueva escuela que encontraremos más adecuada, aunque hasta el día de hoy permanece bastante refractario a los aprendizajes de tipo escolar, prefiriendo el uso de la computadora o de sus afinidades para avanzar hacia un saber.

El día después de la muerte de su esposa, el padre de Leo me llama para preguntarme si no podemos ocuparnos de Leo el fin de semana, durante el funeral en el extranjero. Al momento de la conversación, me explica que toda la familia va pero tiene dudas sobre los efectos que podría tener el viaje en Leo. Acabamos por considerar la posibilidad de que Leo realice este viaje de todos modos, y apoyo esta perspectiva diciendo que Leo entiende muchas cosas y que podría ser importante que estuviera con sus hermanos y hermanas en este momento. Se van una semana. El sujeto autista nos conduce a menudo a hacer apuestas en nuestra práctica, a comprometernos con respecto al discurso que lo rodea sin poder medir directamente los efectos. En esto radicalizan la singularidad de la experiencia.

Un año más tarde, Leo nos dará la señal de la irrupción sin precedentes y fugaz de lo que podemos llamar, con algunas precauciones, un "duelo". Durante un período de vacaciones, otro joven que dormía en la misma habitación debía partir en ambulancia. Cuando la ambulancia se va, Leo se derrumba; grita "mamá", revuelve los almohadones como si buscara dentro de la cama, pega su mirada al ventiluz dirigiendola hacia el cielo, como si quisiera abrazar los bordes del mundo. Pone su cabeza en el agujero del inodoro y grita: "Mamá". Esto dura un día entero y se decide que vuelva a partir. Tan pronto como abandona el lugar se calma. De nuevo en casa, como si no hubiera pasado nada, retoma sus hábitos.

Circuito de una transferencia

Tomando apoyo sobre su afinidad por la imagen y los dibujos animados le hemos propuesto un taller: "películas de animación". Leo realiza escenas con los juguetes a disposición. Durante las primeras sesiones se niega a separarse de los juguetes al concluir y se desmorona. En las sesiones siguientes los ordenará por sí mismo y tratará esta separación como agente. Cuando tomamos fotografías para animarlas, posa con gusto y siempre está presente cuando de ser fotografiado o filmado se trata. Luego pasa una parte del taller viendo los vídeos tomados, deteniéndose y repasando los momentos en los que aparece. Cuando no, realiza escenas con figuritas de dibujos animados. A menudo son escenas con varios personajes que parecen interactuar. Un día en que fabricamos títeres a partir de fotos de chicos e intervinientes. Leo se apoderó del títere que lo representaba y de otro hecho a mi imagen, haciéndolos tomarse de la mano y pasear por la sala. Después de un tiempo, descubrimos que coloca a su personaje en una pequeña caja, cubriéndolo con perlas de plástico hasta quedar completamente escondido. Luego toma el muñeco que me representa y actúa como si llevara la caja que contiene el títere de Leo enterrado. Más tarde, cuando parece que ya no le interesan los títeres, nos servimos de ellos para animarlos a partir de fotografías. Cuando se da cuenta protesta: "no, esperen". Insistimos un poco, ya que lo que queremos hacer toma sólo treinta segundos. Una vez que consiente a que se utilicen los títeres se niega categóricamente a volver a jugar con ellos. Como si los hubiera sacado de su mundo. No obstante, cuando los títeres no están en el lugar correcto se pone nervioso. Camina un poco, grita un poco y sale de la habitación. Intenta treparse muy agitado por una escalera y lo detenemos. Entonces, golpeándose las orejas, lo escuchamos decir: "DESCIENDE! DÍ ADIÓS ! DÍ HOLA! DÍ GRACIAS! Leo! Leo!". Luego, se mete de cabeza en una gran caja de plástico. Decido vaciar la caja de sus juguetes y le propongo entrar nuevamente, como lo hacía en la escena que realizaba con anterioridad. Se instala allí precipitadamente y cierro la tapa. Le hago un saludo a través de la caja que es transparente mientras se ríe. Permanece un minuto o dos y luego sale totalmente calmado. Regresa a su incesante trabajo de modelado del espacio que vuelve su vida cotidiana respirable, incluso alegre.

Estas secuencias de trabajo, me parece testimonian sobre lo que podría emparentarse a una transferencia. Una transferencia en circuito que el clínico toma en cuenta y a la que hace lugar. Leo se interesa primero por los objetos, pero son objetos cargados de una presencia bajo control que parece escenificar. Introducir la foto de su cuerpo lo moviliza y le interesa. Introducir la foto de mi cuerpo le permite interpretar una escena de transferencia que domina y organiza. El error que cometemos al introducirnos demasiado directamente en su organización nos enseña sobre la seriedad de este tratamiento de lo real, que si falta, produce la crisis. La elección que hacemos de interpretar en este desmoronamiento un intento de volver a la organización reconociendo su gesto desesperado de arrojarse en la caja produce un efecto feliz. Un retorno al objeto, esta vez apoyándose en mi cuerpo y mi voz, que le propone entrar de nuevo en la caja. Se somete a ella**,** un intercambio de miradas puede ocurrir a través de las paredes de la caja translúcida, lo que lo hace reír, signo de un goce soportable.

[1] Una escena, en el teatro clásico, es escandida por la entrada o la salida de un protagonista.
[2] Eric Laurent nos indica, en la batalla del autismo, que el niño autista siempre está con sus objetos.

Bibliografía

Williams, D. *Si on me touche, je n'existe plus.*
Laurent, E. *La bataille de l'autisme.*



Huespedes en lo inhóspito Erick González

El Campo Magnético.

En el Ángel Exterminador [2] de Luis Buñuel tenemos a una serie de personajes, entre los que se encuentran artistas, médicos, profesores, vividores, que son invitados "extemporáneamente", a cenar en casa de uno de ellos, justo al salir de la Ópera. La primera toma nos muestra el cartel: "Calle de la Concordia". Hay algo raro en el ambiente, la servidumbre de la casa empieza a excusarse y marchar. Parece que operan bajo algún tipo de influencia, sin saber muy bien lo que hacen. Más allá de los elementos que irrumpen y hacen un corte en la realidad, lo que es más palpable es esa especie de "pre-sentimiento" [3] que envuelve todo el inicio. Buñuel hace del espectador a un sujeto en espera. Se trata de nuestra angustia.

Al principio de la historia se pone en juego la fascinación del mundo de la identificación horizontal. Los pares, contentos entre ellos, el entendimiento, la admiración mutua. Sin embargo, poco a poco lo que aparece, es una especie de disartria de este *corpus* lingüístico común. Los diferentes niveles, los vicios, las infidelidades, que incluso trastocan la estabilidad de la pareja anfitriona, comienzan a dejar ver la ruptura de esa ilusión de comunidad, incluso la diferencia radical. El anfitrión no se constituye como tal. Hay una cierta descreencia incluso en las formas habituales. Se habla de *improvisación*, y están contentos con ello. Sin embargo el retorno de esta especie de agujereado operado sobre las costumbres, toma la forma del sin-límite. No hay hora para acabar la fiesta, ni se invita a los presentes a pasar a las habitaciones. Comienzan, también como apresados por una especie de campo magnético, a extender sus cuerpos por el suelo del mismo salón en donde se ha llevado a cabo el festejo. Entonces descubren que no pueden salir. No pueden atravesar el umbral dibujado por un arco sin más obstáculo visible que los efectos de una imposibilidad que les deja atónitos, trastornados.

¿Qué podemos tomar de ese escenario tan raro que se va contorneando en la película de Buñuel, si no es un término con el que hago una serie y propongo un cierto cuestionamiento para nuestra práctica, y que es el de *la hospitalidad*? Y por otro lado, ¿qué es lo que detiene a esos sujetos, les hace pasar de huéspedes a rehenes, si no es un cierto modo de tratamiento de la atmósfera, una configuración específica, así sea con el nombre de *improvisación*, de lo que desde el psicoanálisis llamamos el Otro?

Estos sujetos ya no piden un anfitrión clásico, es cierto. Eso les arruinaría la fiesta. Pero el borramiento completo de la función reguladora del anfitrión -podemos forzar esta conclusión- deriva en esta transformación del manto de hierro de los ideales, en un campo magnético de concentración.

La segregación y el tratamiento del Otro.

Voy a poner las cosas sobre la mesa, para no hacer de esto un relato de *suspense*. Todo discurso, toda modalidad de vínculo social segrega en él algún elemento. La barra de la imposibilidad entre el lugar de la verdad y el del producto del discurso lo señala [4]. Si nos ofrecemos a la invención de un conjunto de dispositivos que se orientan por el discurso psicoanalítico, padecemos de estar advertidos -y es posible transformar en ese agujero al padecer en alegría [5]- de que al poner en funcionamiento esa maquinaria, algo del sujeto pretendemos atrapar. Entonces, con esta alegre advertencia, ¿cómo se juega nuestra partida en la ética, sobre lo que acogemos, y decimos que sí, y sobre lo que rechazamos, y decimos que no?

Como en esa película, me ha atrapado a mí particularmente, la preocupación sobre una evidencia que aparece casi de entrada en nuestras propuestas, y es la de configurar espacios en los que los sujetos puedan tener un lugar, para desplegar su funcionamiento extraño. Por lo tanto eso nos hace amigos, colaboradores, de una cierta posición discrepante del lado de esos sujetos, en relación al discurso del amo. Entonces nos ubicamos en un cierto reverso, y es lo que llamamos el tratamiento del Otro y no del sujeto. Queremos –por la vía de una amarga sutileza autoimpuesta- entrar en su mundo, no que ellos entren en el nuestro. Sin embargo, ¿cómo llevar a cabo ese tratamiento del Otro sin caer en la ilusión de que todos somos iguales, ni vernos confrontados a un infierno detrás de una columna de aire pesado que no nos deje atravesar los umbrales, en los que justamente se produce lo más singular de cada uno: las variopintas maneras de entrar y salir?

Esta cuestión nos plantea el problema de la transferencia en la clínica posible con sujetos que se encuentran en una posición de radical rechazo del Otro. El tratamiento del Otro prescrito por la práctica entre varios no implica un "sin los padres", o un cinismo con respecto a las formas de la tradición, y es en este punto que la operación del alojamiento

de lo singular del sujeto se vuelve más complicado.

***Partnership* en un Taller de-tallar.**

Cuando nos pusimos al trabajo de pensar un espacio de encuentro con adolescentes, varias referencias nos envolvieron. Una de ellas era sobre lo que dice Lacan en el homenaje rendido a Lewis Carroll: el psicoanalista ha de buscar con el niño una "puerta de su talla" [6], y no refiriéndose a su tamaño, sino a una puerta que él mismo se talla. Pero en el mismo tallado que hacíamos del espacio de encuentro para adolescentes llamado *En(llaç)* [7], encontramos que por fuera del mundo del *Minecraft* de un *youtuber*, de *Mortadelo y Filemón* de una especialista en cómics, de la producción de cortometrajes en *Stop-motion* de otros chicos, quedaban un par de jóvenes a la espera, cuyos modos de funcionamiento no eran compatibles con estos otros. Tenían otras herramientas para tallar, e inventamos lo que llamamos *En(llaç) en moviment*.

Axel era uno de ellos. Un joven de 16 años, que a los 4 había pasado de hablar ecolálicamente al silencio más radical, cuando murió Kitsch la perrita de la casa, según nos cuentan los padres en la visita que hicimos en su domicilio. Pasados unos 5 años de silencio traen a casa una nueva perra: Tasch, y Axel vuelve a decir algo cuando la ve: "Kitsch" –el nombre de la primera perra, para replegarse completamente de la palabra hablada. Nos descubren, en esa entrevista, que le gusta ver o escuchar películas como la Dama y el Vagabundo, Todd y Toby, o los 101 dálmatas.

El primer día del taller tomó relevancia el significante que habíamos pensado para este espacio: *Moviment*. El padre trae a Axel, le lleva a nuestro encuentro y se despide. Pasan unos segundos y Axel sale, camina rápidamente cuesta abajo por una de las empinadas calles del barrio en el que nos encontramos, siguiendo la estela dejada por el coche del padre. Voy detrás de él sin poder detenerle. No lo intento demasiado, es verdad. Entonces le ofrezco ver en mi móvil "La dama y el vagabundo". Y después de un circuito alrededor del edificio –quiero decir alrededor del parque, de unas cuantas manzanas, la ida y vuelta de otro de los intervinientes, y unos treinta minutos- puede entrar. ¿Qué significa entrar? ¿A dónde entra? ¿Por qué tiene que entrar?

En los siguientes encuentros Axel establece una condición: estar allí, a cambio de sustraer mi móvil, usufructuar mi batería, hacer desaparecer para siempre mis megas. Es cierto que esa división que produce en mí, y en el resto de intervinientes que se preocupan por la supervivencia de mi dispositivo personal de hiperconexión, se puede entender como una operación de extracción, que poco a poco le va permitiendo a Axel entrar con más soltura, estar con menos agitación, salir por decisión propia. También es cierto que lo que se va reeditando cada vez, es algo que leemos después como la instauración de una cierta transferencia, por así decir. Y también de una transferencia literal, de datos. Comenzamos a pensar en este sentido, y a fragmentar esa especie de captura, para destituir de alguna manera esa relación unívoca para poder pluralizarla, estirarla, redoblarla, en el entre varios.

Entonces una de las intervinientes empieza a verse llevada por la música repetida interminablemente por Axel, de los créditos de la dama y el vagabundo. Y bailar. Otro dibuja algunas escenas de la película. Otro dispone en uno de los ordenadores, tras su llegada, una nueva película sobre perros, que se deja allí casi de fondo, como un ruido blanco. A la par de todo eso, y de la circulación de nuestra colaboración por el trabajo, que van haciendo los otros chicos, tomamos muy en serio la hora de la merienda. Salir al súper a comprar lo que falte. Hacernos café. Poner también canciones que nos gusten. A partir del gusto, tratar la extrañeza que genera la fijeza decidida de repetir mil veces el mismo fragmento de video. De la posible hostilidad a la "hospitalidad".

Yo creo que Axel, quien ahora ya no me sustrae el móvil, entre otras cosas a lo que se dedica es a convertirme en anfitrión, al mismo tiempo que nosotros nos hacemos huéspedes en un lugar que de entrada parece inhóspito, y del que él parece no querer o no poder salir. Eso no lo sabemos.

En un taller reciente, se instaló otro movimiento. "Dentro de diez minutos iremos algunos al súper, a comprar algo para la merienda", como siempre anunciamos. En el tiempo previsto para salir, una contingencia con otro de los chicos en el patio, nos distrae. Axel se pone la chaqueta, sale hasta el umbral que lleva a la calle, haciéndonos cumplir con la salida anunciada. Parece una simpleza, pero no es cualquier cosa, eso de ir y volver. Se ve claro en la película de Buñuel.

El vacío y la angustia.

El vacío es una forma de tratamiento del Otro que toma tiempo de producir.

En el caso de Axel se puede ver claramente que la inauguración de nuestro encuentro no pudo ser posible sin el conocimiento de su interés por *La Dama y el Vagabundo* y otras películas. La orientación aquí para nosotros fue la de trabajar con la hipótesis de que había algo allí que tenía que ver con la lengua privada del chico. Y que nuestros esfuerzos tendrían que apuntar a sumergirnos en esa lengua.

Antes de iniciar ese primer encuentro, en el momento de recibir a Axel y a su padre, este último se dirigió a mí, pidiéndome que hiciese fotos durante el encuentro: las piden en la escuela para hacer un recuento de lo hecho durante el fin de semana. No es casual que este chico me haya sustraído el móvil con el que pretendía responder a la demanda del padre, y por ende de la tutora.

Después del primer encuentro como coordinador del espacio tuve una corta conversación con el padre de Axel. Le comenté lo que había ocurrido al principio. Le pregunté por su tablet, objeto del que en aquel momento el sujeto hacía un uso continuo, y el padre respondió que estaba en el coche, que no se la había dejado para que hiciera otras cosas. Se puede leer ahí un sutil trazo del imperativo, que por la vía de este padre nos es transmitido sutilmente, de la manera en que hemos aprendido en nuestro propio análisis en que operan ciertas sutilezas, que no se pueden explicar ni tan siquiera como los designios de una maldad, pero que no dejan de incidir como un empuje a gobernar al otro. Se trata simplemente de la encarnación del discurso imperante, en este caso algo con tintes de lo cognitivista. Le respondí al padre que la siguiente vez, Axel podría venir con su tablet -tal vez yo secretamente pensaba que así recuperaría mi móvil-.

El vacío también lo podemos proponer como la operación de suposición de un sujeto allí, donde todo puede apuntar a un puro lugar congelado de la cadena significante.

Previamente al iniciar este espacio, esta segunda versión de En(llaç), también tuve un encuentro con la psicoanalista que forma parte del equipo clínico y la tutora, en la institución en la que está escolarizado Axel. Allí me explican el trabajo que han venido haciendo con él. El problema con el que se encontraban desde hace dos o tres años, coinciendo con la mudanza de la escuela a otro edificio y con el nacimiento de su hermana, es que Axel se dedicaba a recoger todos los libros y todos los documentos que había en el edificio, para apilarlos y mantenerlos muy cerca de él. Esto evidentemente le impedía moverse, por lo que le era muy difícil entrar y salir de los espacios. Me explican que la operación que han ido haciendo es la de proponerle separar algunos libros de la pila, ponerlos en cajas diferenciadas, y permitirle llevar consigo sólo algunos.

Nada de esto lo vimos suceder en En(llaç) a la entrada. El circuito se cerraba en la pantalla del móvil. Sin embargo, en el intermedio veraniego, que implicó parte del mes de julio y agosto, Axel vino con TEAdir a las colonias de verano, un dispositivo ampliado, con mayor número de chicos, y que tanto para él como para su familia contaba como la primera vez en que dormiría fuera de casa sin sus padres. Sin otras referencias más que la de algunos intervinientes que conocía y mi presencia, respondió ante su desbordante angustia haciendo acopio de casi toda la ropa que encontraba, formando con ella una pirámide sobre su propia maleta. El caos que esto generó, en un espacio que al inicio habíamos concebido como de circulación abierta, se detuvo al cerrar todas las habitaciones con llave salvo aquella en la que él se encontraba y de la que no quería salir. Después de un acompañamiento decidido, que se pluralizaba entre los diferentes intervinientes y momentos en que leíamos que convenía dejarle solo, y con la condición de encontrarse el acceso a la ropa de los otros bloqueado, Axel pudo comenzar a circular por la casa: bajar a comer, ir a la piscina.

Un día en el que se dio una larga sobremesa, la tablet de Axel sirvió de punto de encuentro para cuatro de los chicos, entre ellos él, que miraban atentos al dibujo animado de los tres cerditos y el lobo. Yo estaba allí con ellos y se me ocurrió hacer una foto de la tablet. En la noche Axel había impuesto la condición de que solo se iría a dormir si tenía mi móvil. El día siguiente a media mañana advierto que hay una serie de notificaciones en mi facebook. Lo abro, y se trata de los "me gusta" a una foto precedida por la letra "Y": El lobo de los tres cerditos convocando al silencio con el clásico gesto del dedo delante de los labios. Otra indicación transferencial para nosotros. "Y Shhh". Algo de esto podía estar referido a la dimensión sono-

ra, pero tal vez apuntaba a otra cosa, quizá más en la línea del *Entonces Shh* de Jacques-Alain Miller [8], en relación al sentido.
Lo que quiero remarcar en este punto es que la operación en relación al encadenamiento del relato sobre este sujeto versus el congelamiento de la cadena significante parecía abrir un mundo en el que al mismo tiempo se podía alojar algo nuevo, pero no sin efectos de angustia desbordante.

Dar la falta.
Al inicio de un nuevo año escolar –pasado el verano- en coordinación con su Escuela nos comentan que Axel vomita compulsivamente. Todo lo que come lo vomita. Durante las colonias algo de esto se puso en juego. Específicamente en el momento de darle la medicación, cuando al apenas tomarla aparecía el rechazo en forma de náuseas, que sin embargo no llegaban al vómito.
Nos preguntamos en reunión de equipo, ¿Qué es lo que hacemos cuando introducimos en la boca de Axel un tubo y dispensamos un líquido? ¿Desde qué lugar viene eso? La propuesta de mostrarle la medicación, ofrecer la espera, hasta que Axel consintiera, tomando él mismo el tubo y llevándolo a su boca, formó parte de una posibilidad de tratamiento de ese rechazo.
En ese momento, el comer se constituyó en el tercer elemento de lo que Axel despliega en En(llaç). Ver-escuchar películas de dibujos animados sobre perros, entrar al lavabo, abrir el grifo y hacer una fuente con sus manos con una inmensa habilidad, y salir al supermercado, escoger siempre las mismas patatas, volver y comer hasta que no quede nada, sin vomitar.

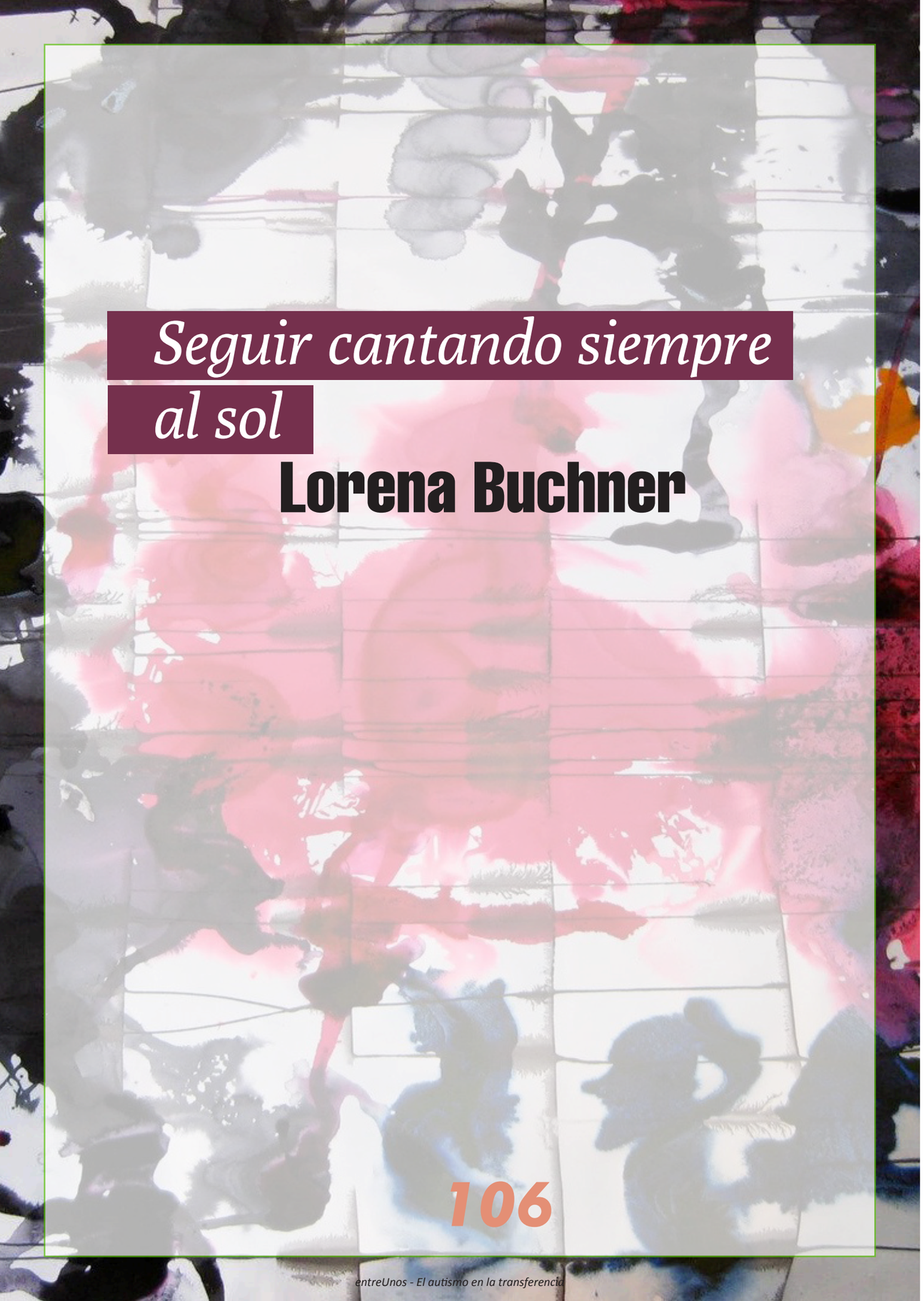
Semblante de anfitrión.
Intuyo que el relato que he ido desplegando apunta a cómo la operación deseante en relación a ser tomado por *lalangue* del sujeto llamado autista, reincide en esa transformación con la que he intentado organizar este texto. Ese pasaje de la hostilidad a la hospitalidad. Con el circuito de ir a hablar sobre el sujeto Axel en su casa, en su escuela, entre varios dispositivos, se ha permitido tejer un entramado que apostamos, produce una posibilidad de acogida del sujeto. Un refugio al menos, en En(llaç).
Sin embargo, hemos visto cómo es necesario además de eso, que se produzca una especie de vaciamiento en el lugar en el que se dispone ese refugio. Y ese vaciamiento me parece que es posible convirtiendo a cada sujeto en anfitrión de un espacio en el que este pueda alojarnos. En una conferencia en Madrid Bernard Seynhaeve señala una inversión lógica que nos concierne en relación al discurso:
"La función de director de la institución lleva, a quien consiente en serlo, a inscribirse en el discurso del amo. Hay que consentir en inscribirse en este discurso, pero a condición de saber que es de semblante. El discurso del amo es el envés del discurso analítico. Pero ¿en qué condiciones? Como respuesta a esta interrogación, propongo la fórmula de Éric Laurent: "En *Courtil,* ustedes son analizantes civilizados". Analizante civilizado es una manera de definir lo que sería la posición de todos los que intervienen en una institución como *Courtil,* que propone este estilo original que Lacan definió como "psicoanálisis aplicado a la terapéutica", y que Jacques-Alain Miller denomina práctica entre varios. En tanto analizante civilizado, ejerzo la función de semblante del S1".
Y más adelante, hablando de la posible incompatibilidad entre una posición analítica *per se*, y el trabajo en institución, dice lo siguiente: "No veo oposición en ello. Ya no vivo en esa paradoja a la que me referí anteriormente, en la medida en que tomo este semblante. Tomo ese semblante y me lo tomo en serio"[9].
Leemos que toma ese semblante, el de hacerse con el anfitrionazgo, sin renunciar a constituir ahí un lugar mordido por su propia experiencia analizante, es decir, recordar que se verá llevado a olvidar continuamente, que el anfitrionazgo –pensado siguiendo la lógica de Seynhaeve- es una operación ejercida por uno que está dividido, y que no deja él mismo de ser un huésped.

Adenda: Eso fracasa
He querido desplegar el recorrido de Axel desde su entrada, para llevarles al cierre en este texto por la vía de un contrapunto. La compulsión al vómito tardó en llegar a nuestros dispositivos, pero llegó. Se trataba de una práctica verdaderamente angustiante para quienes le rodeaban. Si nuestra orientación apuntaba a hacer algo con lo inhóspito en el sujeto, de alguna manera leímos como necesario esta inclusión del síntoma en el funcionamiento del taller, claramente sin apuntar a quererlo producir. En el tiempo de comprender que se enmarcaba bajo la pregunta de "Cómo insertarnos en el síntoma del sujeto", se produjo la interrupción de nuestro trabajo con él. No fue posible en ese lapso, en esa ventana temporal hacer el tratamiento del Otro. Fuimos sordos a lo que sucedía en el umbral de la institución, la talla de la puerta contenía las trazas inventivas de Axel, eso estaba en curso, sin embargo afuera, como en la película de Buñuel quedaban los padres mirando el cartel de "Calle de la concordia" [10] sin saber lo que pasaba dentro.

Notas
[1] Erick González es psicólogo, socio de la sede de Barcelona de la ELP, co-responsable del Grupo de investigación sobre psicosis y autismo y del Taller de estudios sobre práctica entre varios de la Sección Clínica de Barcelona, entre los años 2013-2018, Coordinador de varios dispositivos de la Associació TEAdir. La Associació TEAdir está conformada por familiares y amigos de personas con dificultades en el vínculo con los otros, y al mismo tiempo bajo este paraguas legal se crean y sostienen dispositivos de uso del tiempo libre, insertados en la vida cotidiana de los sujetos, con una orientación psicoanalítica, específicamente una modalidad transferencial que Jacques-Alain Miller propuso a Antonio Di Ciaccia llamar: práctica entre varios (*pratique à plusieurs*).
[2] El ángel exterminador. Dir. Luis Buñuel. Producciones Gustavo Alatriste, 1962. Fílmico.
[3] Alusión a un pasaje sobre lo *Unheimlich*, el huésped, la angustia y el presentimiento en: Lacan, Jacques. *El seminario, libro 10, la angustia.* Paidós, Buenos Aires, 2006, pp. 86-87.
[4] Lacan, J. *El Seminario, libro 11, El reverso del psicoanálisis.* Paidós, Buenos Aires, 2017.
[5] "¿Qué alegría encontramos en eso que constituye nuestro trabajo?". Lacan, Jacques. "Alocución sobre las psicosis del niño. *Otros escritos*. Paidós, Buenos Aires, 2012, p. 389.
[6] Lacan, Jacques. "Homenaje a Lewis Carroll". *Radio Lacan.* Radiofónico (Disponible en internet).
[7] NdA: En catalán Enlace. En la escritura con paréntesis se convierte en En(lazo) y puede resonar con Un(lazo)
[8] Seynhaeve, Bernard. "El padre del cual uno se sirve". *La práctica lacaniana en instituciones*. Grama, Buenos Aires, 2014, pp. 158-159.
[9] Seynhaeve, Bernard. "Conversación con Bernard Seynhaeve". *La práctica lacaniana en instituciones. Op. Cit.,* p. 180.
[10] Concordia: De común acuerdo y consentimiento entre dos o más individuos o entidades. También puede referirse a un pacto en un litigio o disputa. *Diccionario de la RAE.* (Disponible en internet).

HUELLAS

TERRAZA - MARTIN REYNA - 2011



Seguir cantando siempre al sol

Lorena Buchner

Una propuesta que no podrás rechazar. Es eso una invitación a escribir si viene de mis entrañables amigos del Centro Uno, aquel lugar en el que di mis primeros pasos en esta aventura vertiginosa que es la clínica en institución. Primer encuentro con ese real que ha tomado para mí la forma de un incendio garrafal de toda biblioteca posible en la que pretender erigir un saber hacer de antemano. Fue el sitio, entonces, en el que descubrí que ese tipo de saber solo se construye en acto, en pequeños grandes actos, cada vez, y jamás de una vez y para siempre. Y que la episteme sólo se justifica a la luz de una práctica. Que la generalidad de la teoría se vuelve banal si no se articula a la singularidad del caso. Y que, sobre el caso, quien nos enseña primero es el paciente, con sus impases, con sus tentativas de responder a ellos.

Lanzarse a la clínica por la vía de la psicosis (tal como lo hizo Lacan, por otra parte) es la experiencia que nos sumerge de lleno en la más imposible comprensión, esa con la que el analista nunca debería tentarse, pero que el psicótico la impone de un modo irrebatible. Imposible identificarse a la grandiosidad del delirio, al cuerpo que se despedaza a cada instante, a la extranjería con la que puede vivenciarse el lenguaje, cuando la neurosis que nos habita se regocija más bien de la ordinaria solidez de su fantasma, de la ilusión de tener un cuerpo, de la quimera de morar el lenguaje que se habla y en el que creemos entendernos armoniosamente con el otro. La psicosis nos enseña sobre algo que es el estado más primario de todo sujeto, antes de embrollarse en sus trampas con el otro. Es así como entiendo la generalización de la forclusión que propone Lacan hacia el final de su enseñanza, esa enfermedad sin curación alguna que nos inyecta el virus del lenguaje, a todos, sin excepción. La paradoja es que el psicoanálisis venga a proponernos curarnos de esta enfermedad de la palabra *vía la palabra*. Mas no sin una advertencia que la distancia de toda otra práctica: *hay algo de lo que nunca podrás curarte. Hay algo con lo que indefectiblemente tendrás que vivir, y lo mejor que puedes hacer, es encontrar la buena manera de arreglártelas con eso.*

Mientras el neurótico puede, si gusta, dormir muy tranquilo en los laureles del discurso común, el psicótico viene a contarnos los esfuerzos desconmensurados que realiza por inscribirse en el mundo bajo otra lógica que la del lenguaje corriente, del que se ha quedado radicalmente afuera. Y eso exige forzosamente una invención. El psicoanalista puede entonces volverse partenaire de la invención del sujeto, de sus tentativas por habitar el mundo, advertido de los límites que esas aventuras encuentran cada vez. Y eso porque, si no desconoce lo insuprimible del sufrimiento, tampoco desconoce lo imposible.

Creo que *la cigarra* se inscribe exactamente en este punto de un modo crucial. Porque *la cigarra* misma se soporta en la invención permanente. No es solo el desafío de inventarse cada vez como analista frente a un sujeto que se presenta excluido del lenguaje de un modo radical, sino es también la apuesta de inventar dispositivos colectivos a la medida de la singularidad de cada participante. No se trata del reforzamiento imaginario de la lógica del grupo, ni de pretensión alguna de normalización, sino de la intervención "a medida" que permita a ese niño sintomatizar su malestar en el lazo con otros. Es la apuesta por alojar la diferencia absoluta en la que él podría inscribirse en el mundo como sujeto, como el sujeto de pleno derecho que suponemos en él.

Para mi, que he sido parte de *la cigarra* de un modo que solo podría calificar de *éxtimo*, lo que me ha enseñado, las huellas que conservo conmigo y a las que me aferro, atañen al valor de esa apuesta. Algo que solo me atrevo a enunciar así: *saber hacer con lo que hay*. Una suerte de elogio de *lo que hay*, de las piezas sueltas con las que se vio confrontado cada sujeto al aterrizar en el mundo de la palabra. Piezas sueltas con las que naufragar en ella. Piezas sueltas que podrían dejarlo hundirse bajo el peso de significantes mortíferos también. *Saber hacer con lo que hay*, del modo en que lo entiendo, es entonces una apuesta por la vida, por lo que vuelve para cada quien vivible su propia vida.

Saber hacer con lo que hay, del lado los analistas que se hacen cada vez partenaires de esos sujetos, se traduce también como saber hacer con lo que hay de un deseo. Del deseo que habita e interroga a cada quien y que pone en juego en su práctica clínica. Y, en eso, *la cigarra* es una maquina de empujar deseos, de contagiar deseos, de acompañar deseos. La suerte que acompaña al mío es la de haber *can-*

tado al sol, como – y con – *la cigarra*. Con la fuerza de nuestros deseos, seguimos cantando, amigos míos, en cualquier rincón del mundo.

lorebuchner@gmail.com

109



entreUnos - El autismo en la transferencia

La transmisión en la cigarra

Romina Recalde,
Julia Stepanenko
&
María Luz Zaffino

A lo largo del presente trabajo compartiremos ciertas preguntas e ideas que nos dejó nuestro corto recorrido por *la cigarra*, así como nuestros primeros acercamientos con la clínica del autismo y la psicosis en la infancia enmarcada en el dispositivo que propone la institución, intentando traslucir ciertas particularidades de la misma.

Nuestra rotación por la institución se realiza en el primer año de residencia de Psicología del PRIM Moreno, cuya temática es la clínica con niños y adolescentes. Previamente a comenzarla, nos encontrábamos expectantes e imaginando cómo sería este lugar y qué funciones ejerceríamos. Le pedimos a nuestros compañeros que nos cuenten sobre su experiencia pero ellos optaron por apenas contestar, mencionando alguna que otra anécdota, refiriendo que era mejor que nos sorprendieramos. Esto nos generaba una sensación de ansiedad, queríamos que nos *digan algo* pero no había manera de extraer información alguna. El ingreso a *la cigarra* fue algo caótico, no encontrábamos el lugar dentro de la institución donde estaría un tal Gustavo Slatopolsky, una trabajadora nos pedía papeles que no sabíamos que teníamos que llevar y terminamos sentadas escuchando un seminario sobre la transferencia perteneciente al Centro 1. Cuando logramos ingresar a la primera reunión de *la cigarra* saludamos a los allí presentes, quienes nos devolvieron el saludo y continuaron dialogando. Este efecto de sorpresa e incertidumbre se redobló al asistir por primera vez a los talleres. Nos introdujimos en un mundo nuevo, totalmente desconocido, en el que empezamos a percibir maneras insólitas de intervenir y conocer a personas con ciertas presentaciones inéditas para nosotras. Ante esto lo único que pensábamos era si en cada intervención que realizábamos estábamos *metiendo la pata*, si decíamos algo que no correspondía.

En *la cigarra,* el protagonismo está lejos de ser de los rotantes, los concurrentes, los analistas aunque desde un principio se siente la apertura y el alojamiento. Existe desinterés en si somos de 1er o 4to año, concurrentes, residentes, o pasantes, y esto creemos que ocurre por la experiencia de oportunidad que brinda *la cigarra*. Oportunidad de aprendizaje, de acercamiento a la clínica, a una institución sin estructura jerárquica cerrada ni hermética. Oportunidad que supone una confianza que tiñe el cotidiano del clima de trabajo en la institución.

En un principio, para nosotras rotantes, no hay diagnósticos, no hay historias clínicas, no hay una descripción de cada sujeto que concurre a la institución. Esto, claramente por un lado nos generó una suerte de incomodidad a la hora de pensar qué sucedía allí. A lo largo de nuestro recorrido, nos acercamos a cierto conocimiento de la posición de los sujetos frente al goce, a tener un atisbo de idea de por dónde intervenir, cómo actuar respecto de dichos sujetos. Esto no fue brindado por un diagnóstico dado, por un papel escrito, por una charla previa a comenzar en el dispositivo. *La cigarra* es eso, la trasmisión en acto.

Fuimos entendiendo que el diagnóstico que brinda comodidad, que guía, que organiza la desesperación, que intenta nombrar un real, también es el diagnóstico que obtura la escucha y el acto, que sesga, que rotula. Igualmente, *la cigarra* deja, en cierto momento, entrever un diagnóstico que no es más que un aviso de por dónde no ir, de qué tener en cuenta y de cómo poder pensar el dispositivo clínico de talleres en pos de los sujetos que concurren a la institución.

Miller nos recuerda en su texto “La era del hombre de cantidad” [1], que el sujeto no es una categoría, que es inclasificable, incomparable y que esa resulta ser la promesa del psicoanálisis. Promesa que implica una valorización del sujeto. ¿Que más que dicha promesa para entender la incomodidad que nos generó nuestro primer encuentro con *la cigarra*?

Nuestro ingreso a *la cigarra* nos remite a una referencia de Lacan al maestro Zen: “el maestro interrumpe el silencio con cualquier cosa, un sarcasmo, una patada” (Laurent, 1999, p.17). Al comenzar a habitar *la cigarra* empieza a romperse el silencio producido por el conformismo y la homogeneidad universitaria. Empieza, en nosotras, a tambalear la conformidad introducida por los intereses del significante amo y por la comodidad de la oreja.

Con el transcurso de los días fuimos entendiendo un poco la lógica de *la cigarra*. Notamos que muchos

niños y adolescentes llegaban expulsados de otras instituciones, pero acá se les brinda un espacio en el que se lee lo que aparece complicado en la relación con el otro y a partir de allí se interviene para llevar adelante un trabajo, para *descomplicar* al sujeto, "no se trata de salir del autismo sino de la fijeza del mundo en la que viven para poder acceder a una vida social. No se cura el autismo, sino que se desplaza el funcionamiento subjetivo singular para lograr una inserción en el mundo" (Tendlarz, 2016, p. 121).

A diferencia del funcionamiento de un Hospital de día tradicional, con el que esperábamos encontrarnos, en el que todos sus miembros deben adaptarse a un cronograma y responder a actividades uniformes con una misma finalidad, *la cigarra* se adapta a cada uno; se los invita a participar considerando sus singularidades.

Se presenta así, como un dispositivo clínico, un aparato que hace un lugar a los sujetos, que instaura determinados lazos y busca acotar el goce; pero uno de los puntos en cuestión es si se basa en la denominada "práctica entre varios". Ésta es una práctica sostenida en la intercambiabilidad del partenaire analista como necesidad de la clínica y por otro lado por la inclusión de operadores que no responden a jerarquías. Sin embargo, estas no son las características principales de *la cigarra*. El paso de los niños o adolescentes por los talleres es luego de comenzar un análisis, el cual no es reemplazado por el taller, es decir que por el contrario a la práctica entre varios, el analista no es intercambiable, incluso a veces participa de los talleres junto con el paciente. El armado de talleres surge como una apuesta clínica, no para *normalizar* ni buscando que los niños o adolescentes se *adapten* sino que se busca hacer de cada espacio, un espacio de transferencia tanto con el analista, con el coordinador del taller y con los otros. Este armado se piensa a partir del deseo de un coordinador en la invención de tal artefacto, y también es ese deseo el que lo sostendrá y mantendrá en el tiempo. El coordinador se ubica más cercano al lugar de un analista, que al de un operador.

En el intento de tratar lo real en la clínica, las intervenciones son en acto: los talleres se ubican como una escena orientada por una consigna, con un coordinador y una serie de participantes que constituyen y construyen un entramado ficcional, que si bien siempre es elaborado y planificado en función de las particularidades de uno de los sujetos, cada niño puede servirse de ella a su modo. Se persigue el acotamiento y localización del goce que excede a los sujetos, haciendo uso del objeto autista o un interés específico, y un instrumento que tironea de eso, que lo invita a tomar una posición menos limitante. Se respeta el consentimiento a ceder el goce y las soluciones de cada niño, "esas invenciones le permiten al niño una interacción que hace que el Otro se vuelva menos intrusivo y experimente menos angustia". *(*Tendlarz, 2016, p. 159)

Así es como entre sombras, disfraces y preguntas tales como *¿Se dice o queda en secreto?, ¿Música o silencio? ¿El personaje del que te disfrazaste ayuda a la gente?* Y de comentarios como *qué lindas tenés las uñas, Su nombre es…¿Cómo es tu nombre?*, surgen efectos singulares, incalculables. Que aparezcan pequeños grandes detalles, lo imprevisto, dan cuenta de la eficacia del dispositivo, tanto en ellos como en nosotras, convirtiendo a cada apuesta en una travesía imprevisible, irrepetible.

Nos sorprendió también que en las reuniones de equipo que presenciamos, se trataron temas de la coyuntura política actual como la CUS, la desaparición forzada de Santiago Maldonado, la reforma laboral, así como diversos temas que atraviesan la realidad institucional y modifican nuestra práctica. A lo largo de nuestro recorrido, percibimos que es una característica del espacio debatir sobre estos temas y articularlos con la teoría psicoanalítica. Consideramos de suma importancia el ponerle nombre al malestar de la época, malestar que atraviesa nuestra clínica y que no debemos dejar por fuera de nuestra práctica. Bien dijo Lacan que es "mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época"(Lacan, 2013, p. 309.). Así, lejos de ocupar un lugar extraterritorial, como analistas nos guía la ética de saber atrapar los efectos de la subjetividad de la época y estar a la altura de ellos. Resulta necesario entonces, no olvidar que la clínica y la civilización no son compartimentos estancos sino que una modifica a la otra.

Nuestro paso por *la cigarra* dio lugar a nuevas enseñanzas y también a nuevas preguntas. El dispositivo tiene como objetivo principal el tratamiento a personas con autismo y psicosis en la infancia, sin embargo se abre espacio a la enseñanza y la transmisión, por tanto, ¿cómo pensar estas últimas en *la cigarra*? Cuando hablamos de enseñanza en la orientación lacaniana, es necesario diferenciar dos registros distintos. Por un lado, la transmisión de la disciplina precisa del saber del psicoanalista y, por el otro, la transmisión de la manera en que hay que leer el inconciente: no como cosa muerta, no como una significación ya establecida. Ambos registros forman parte de la enseñanza en *la cigarra*, el primero en las reuniones y seminarios, mientras que al segundo se le suman, además, los talleres, enseñanza de los saberes de manera viva.

Tal como lo plantea Eric Laurent, el psicoanalista no tiene como vocación enseñar, aún cuando lo haga, ya que su formación no está centrada en la enseñanza sino que se forma para practicar el psicoanálisis. Los analistas no son enseñantes de formación aunque algunos pueden funcionar como tales, los cuales no dejan de ser analistas. Es con estos analistas con quienes nos encontramos en *la cigarra*, gracias a sus enseñanzas ampliaron nuestro saber sobre el psicoanálisis tanto a nivel teórico como práctico. Como dice Laurent "cuando el psicoanalista trata de enseñar lo que el psicoanálisis le enseña, altera los modos admitidos de enseñar, tanto en las agrupaciones de saberes como en la manera en que lo hace" (Laurent, 1999, p.16) en *la cigarra* renunciamos a la certidumbre de aliviarnos de la angustia de pensar con la ciencia. "Hay que examinar con el psicoanálisis o con psicoanalistas los resultados producidos por un psicoanálisis"(Laurent, 1999. p.17).

Para finalizar:

Llegamos expectantes, necesitadas de alguna explicación, guía, capitón de ansiedad. Día a día nos fuimos acercando a lo que constituye una particularidad del dispositivo y descubrimos que no tenía más que ver que con la promesa del psicoanálisis: la institución del sujeto. Institución que va más allá de un diagnóstico, de una categorización o de una única manera de hacer con eso.

Comenzamos a participar, gradualmente, desde una nueva posición habilitada por la lógica del dispositivo y la actitud de sus integrantes hacia nosotras: nos permitimos intervenir como analistas y construir una nueva relación tanto con el saber cómo con el no saber, ya que como lo plantea Eric Laurent, podemos ser contemporáneos, eficaces y empujar a una no conformidad, no solamente repetir lo bien sabido, sino dirigirse cada vez al punto candente de no saber.

"Mantener el deseo despierto, con formas de lo actual, lo contemporáneo; comentar lo que no está muerto, lo que no se sabe; inventar formas" (Laurent, 1999. Pág.26).

Notas

[1] Miller, J. A. *La era del hombre de cantidad*. En: Todo el mundo es loco. Buenos Aires; Paidós; 2015.

Bibliografía

- Álvarez, P. y Tendlarz, S.[2013] ¿Qué es el autismo?, Colección Diva, Buenos Aires, 2013.
- Bassols, Miquel [2015] *El psicoanálisis y la subjetividad de la época*. Consultado en: http://miquelbassols.blogspot.com.ar/2015/02/el--psicoanalisis-y-la-subjetividad-de.html
- Lacan J. [2013] Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: Escritos I. Buenos Aires; Siglo XXI; 2013.
- Laurent, E.[1999] ¿Cómo se enseña la clínica?, 1999, Rolta, Buenos Aires.
-Miller, J.A. [2015] La era del hombre de cantidad. En: Todo el mundo es loco. Buenos Aires; Paidós; 2015.
- Tendlarz, S.E [2016] Clínica del autismo y la psicosis en la infancia. Buenos Aires; Colección Diva; 2016.
- "Dispositivos Clínicos. Autismo y Psicosis" [2014]. Entreunos. Consultado en: https://issuu.com/entreunos/docs/revista_entreunos

HUELLAS

El color como objeto

conversación con Martin Reyna por Aracelli Marcheshotti

Martín Reyna (Buenos Aires, 1964) es artista plástico, argentino, residente en París desde hace más de 25 años. Su pintura, de tono expresionista, se ha desplegado en la búsqueda de trazos sutiles, inspirados en la naturaleza. Sus trabajos actuales se componen de mínimos elementos que fluyen buscando caminos autónomos en su recorrido por la superficie.

El color, la ambigüedad entre el orden y el caos, el accidente y el uso de la perspectiva se encuentran en sus obras y en el ejercicio de su singular saber hacer allí.

Su familiaridad con el discurso psicoanalítico y una fecunda experiencia analítica personal lo acerca a nuestra *entreUnos* con particular afinidad. Quizás justamente por ello está advertido, por ascendencia artística, de la inconveniencia de leer el hecho artístico en clave psicoanalítica. "El arte nos lleva la delantera" es un axioma que Reyna encarna y asume jubilosamente en sus consecuencias.

Dice *"es problemático llevar tu experiencia analítica como un argumento de tu experiencia artística. Sin dudas puedo contarles a ustedes en tanto son psicoanalistas, que tengo un trayecto a través del psicoanálisis y eso tiene relación con mi trabajo, pero en definitiva tampoco sabría decir bien de qué se trató. Para quienes vienen a ver la obra, no importa escuchar ni conocer qué le pasó al artista.*

Me doy cuenta, no obstante, que lo que pienso *sobre la pintura está teñido de mi experiencia psicoanalítica, de una manera mezclada con el modo de hablar del lenguaje de la pintura. Para mí la pintura es un lenguaje al que hay que conocer. En esa relación entre el objeto de conocimiento que es la pintura y la posibilidad de ese lenguaje, mi experiencia analítica ha nutrido esa relación, pero evidentemente voy a hablar de la relación con ese objeto y con el lenguaje de la pintura, y no de mí. Cada vez tiendo más a buscar una pintura donde mi subjetividad esté lo más anulada posible. Lo que busco es una relación con los objetos de ese lenguaje y no conmigo. El psicoanálisis me ayudó en todo caso, a dejar a ese sujeto por fuera de esa relación, quizás porque la experiencia analítica se lo lleva y quedo libre de hacerlo en términos de lenguaje.*

A: ¿Y qué va quedando?

Y queda ahí el lenguaje plástico, la relación con el color, la percepción de la naturaleza, la relación con esos objetos del lenguaje plástico, donde cuanto más consigo dejar al mínimo mi subjetividad, más conexión tengo con eso. Se trata de lograr que esos objetos cuenten más, que sean más *importantes. Y eso fue todo un camino.*

A: ¿Y pensás que eso puede separarse?

Creo que definitivamente, al final, no. Pero me parece muy interesante la tentativa. Mi lenguaje aparece en esa tentativa, no en el logro de separarlo. Al intentarlo, logro decir plásticamente. Yo busco que el agua en su relación con el color y con el papel, pinte.

El árbol

Reyna ha atravesado varios períodos, con más de tres décadas de experimentación. Entre los temas en los que se reconoce inspirado, como lo es su relación con la naturaleza, en sus estancias entre los bosques patagónicos en El Bolsón y el bosque de Boulogne en París, una forma no cesa de aparecer en sus trabajos y de distintas maneras: el árbol. En sus inicios especialmente pero salpicando todo su recorrido, el árbol es signo de una marca.

Fue en respuesta a la curiosidad infantil (de mis pequeños hijos!) acerca de cómo se le ocurrió pintar árboles, que Reyna relata un episodio de infancia, donde le pidió al padre que le enseñe a dibujar. Y éste responde, algo así como *pues bien, de acuerdo, pero yo solo puedo enseñarte a dibujar un árbol.*

A: ¿Qué hay de la relación con los árboles?

Es complicada… allí hay una relación más ambivalente, hay una carga simbólica muy fuerte. Para mí, justamente, lograr lo que decía recién fue precisamente sacarme al árbol de encima. Mientras pintaba los árboles, no podía hacer eso. Eso no impide que yo quiera pintar árboles siempre, que siempre quiera volver a esa otra relación con el símbolo.

Reyna relata el encuentro con un personaje calificado y significativo quien una vez sancionó *tenés que dejar de pintar árboles*. Y reconoce que es a partir de allí, en esa cesión del árbol, que se abrió para él todo un caudal de trabajo, de exploración y una expansión de la experiencia artística que hoy se halla en sus obras más significativas.

El plan y el accidente. La contingencia del color

Sobre el punto en que se encuentra en la actualidad en cuanto a sus modos de operar y producir sus pinturas, dice *"se trata de proponer un plan para que el accidente aparezca. La idea es planificar algo*

y en ese plan, provocar un accidente. Lo que tampoco es una intención controlada, sino que los elementos desencadenen un accidente. Utilizo el agua y el color de tal manera que supuestamente lo que pasará será algo sistemático, pero en verdad va a ocurrir un accidente que no podré prever.

A: ¿Cómo te llevás con eso?

Ah! Hay accidentes felices y accidentes no felices. A veces sucede un accidente feliz, que capto en el instante que es capaz de producir una emoción estética, pero como no puedo controlarlo, en tanto se trata de la relación del agua y el color, y veo que empieza a deshacerse y sufro muchísimo! Ya no puedo volver atrás porque ya están lanzados los elementos. Pero también puede pasar que me quede mirando el accidente que se pierde y al mismo tiempo se está desarrollando otro en otra parte que me salva del que perdí. Tengo que someterme al accidente. Aunque hay cierta trampa, porque con la experiencia uno aprende a provocar el accidente. Pero en definitiva se trata siempre del resultado de una tentativa.

Se trata siempre de eso *que sucede* ahí, *como un escuchar lo que le pasa a la pintura. Cuando estas en el registro del color, dado que ya no estás en la zona de la palabra, se me ocurre que tal vez es más fácil el intento de desprenderse de la representación. Formo parte de un discurso algo radicalizado que viene después de un siglo de Modernismo, que dice basta de mundos interiores, personales y subjetivos, todo puesto en la pintura.*

Reyna destaca una dimensión de la temporalidad la búsqueda del goce estético que desencadena la pintura y en lo que llama algo así como *la entrada* del espectador en ella, por encima de la valoración de la obra. Se trata de buscar una mirada que no concluya de inmediato, que *entre* en la obra y se tome tiempo sin decidir sobre ella.

El color es el faro

A: Entonces quedarían en primer plano los elementos de ese lenguaje como objetos.

Claro, el color como objeto y el agua como objeto.

A: En cualquier caso, el objeto y no el sujeto.

Exacto, ese es el punto de partida. Me tomó tiempo darle al color la dimensión de objeto. Yo usaba el color para colorear los sentimientos, desde un lugar totalmente subjetivo. La investigación en torno del color me llevó un gran recorrido, asumí con el tiempo que el color es algo máximo en el arte. Fue darme cuenta que ahí había un enorme valor, que trascendió los siglos y tenía que seguir siendo tratado de manera máxima. El color fue un faro para mí. Esa es una conclusión en la que me interesa trabajar.

